

C U P O L

C U P O L
Jorge Luis Fernández

milena caserola

JORGE LUIS FERNÁNDEZ

Cupol

1ª ed. Argentina: milena caserola, 2012

160 p.; 20,5 x 14,5

1. Narrativa Novel. I. Título

ISBN:

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Página de escritores independientes / www.elasunto.com.ar

Contacto con el autor / jorgeluisfernandez2012@gmail.com

Todos los izquierdos están reservados, sino remítanse a la lista de los libros censurados en las distintas dictaduras y democracias. Por lo que privar a alguien de *quemar* un libro a la luz de una fotocopiadora, es promover la *desaparición* de lectores.

Ilustración de tapa: Lucas Accardo

Fotografía: Andrea Spirito

Edición: Sofía Balbu / balbuenasofia@gmail.com

Editor y responsable: Matías Reck / losreck@gmail.com

A la memoria de Carlos Della Nave

Un especial agradecimiento a Fabián Casas, Alfredo Grieco y Bavio, Sofía Balbuena, Andrea Spirito, Lucas Accardo, Matías Reck, Guillermo Ueno y Lucas Distéfano. Muchas sugerencias e ideas las debo a Damían Damore, Marcela Belaunzarán, Diego Perri, Mariana Garfinkel y Xavier Zaballa. Por el recuerdo de la familia Salas, gracias eternas a Celia Fernández y Norma Nicora. Y mi recuerdo a Fernando Nuevo, Roberto Vinnitchenko y Bruce Gilbert, corsarios espectrales.

El texto en inglés de las páginas 145 y 146 pertenece a *Doctor Copernicus*, de John Banville.

Í N D I C E

1. Mesías leproso	/ 13
2. Diario de Esteban I	/ 25
3. Diario de Florián I	/ 39
4. Diario de Florián II	/ 47
5. Carta de Esteban	/ 57
6. Carta de Estela	/ 59
7. Diario de Florián III	/ 65
8. El terror de Marchetti	/ 73
9. Una visión	/ 101
10. Diario de Esteban II: Una visión	/ 107
11. <i>Yo, Cupolnikus</i>	/ 137
12. Cuentos de la Alhambra	/ 155
13. Diario de Esteban III	/ 163
14. El visitante	/ 175
15. Diario de Esteban IV	/ 191
16. Epílogo	/ 193

“Evanescere quaecumque de modo in humanitate mirabile est, ars nobilis, praestans inter terrigenarum species, una de pluribus rebus illarum creaturarum paucè evolutarum quam, honeste dico, invidere sentio.”

(La desaparición, en cualquiera de sus formas, es un maravilloso fenómeno humano, un arte noble, exclusivo de las especies terrestres. Es, en suma, una de las pocas cosas que honestamente envidio acerca de esas criaturas escasamente desarrolladas.)

Fragmento de un antiguo reporte enviado a Cupol

1. MESÍAS LEPROSO

Esta es la historia de un hombre al que llamaré Orquiard.

Orquiard vivía obsesionado con el presente. Tenía la convicción de vivir, junto a los demás hombres, un tiempo que no se desvanece. *Seguiré siendo como fui, ahora y siempre*, repetía. Y esa certeza la comprobaba cada septiembre, con el aroma que despiden las flores del paraíso. Entonces, volvía a sentirse como aquel día en el jardín de la casa paterna, cuando a los seis o siete años descubrió la llegada de la primavera.

En aquel mundo de certezas, un presente que todos repetían hasta el hastío, sobresalía la figura de Esteban. Agradable y desinhibido era Esteban; irradiaba un magnetismo al que pocos rehusaban. Era la contracara de Orquiard, que nada tenía de peculiar salvo el nombre.

Sus recuerdos más vívidos eran los de la niñez, cuando ambos trepaban al muro del colegio para escaparse; o las tardes que corrían carreras de bicicleta, para terminar tomando café con leche en la vieja casona de Este-

ban. Con su gran fondo arbolado, aquella morada forjó el gusto de Orquiard por los jardines nocturnos.

Cuando crecieron, a Esteban se le dio por militar en una organización que Orquiard casi desconocía, y por alguna íntima razón evitaba mencionar durante las conversaciones.

La existencia de dicha organización se debió a un objetivo dantesco: resistir la invasión de seres de la cuarta dimensión. Como si los humanos no tuvieran bastante con ellos mismos, pensaba Orquiard. Lo pensaba y se encogía de hombros. Hasta que un día, sin darse cuenta, se vio involucrado en la historia.

Todo empezó un domingo, una tarde, en principio, nada distinta a otras en que se reunían. Esteban había estado varias veces preso a causa de la militancia. Y aquel día, cuando lo vio de espaldas en el bar, advirtió que algo raro le pasaba.

–Me diagnosticaron acromegalia –explicó Esteban.

Estuvieron bastante callados, sorbiendo café de a ratos. Orquiard no se atrevió a preguntar nada; lo más atinado, probablemente, era cambiar de tema.

–Pero hay otra cosa, algo que me preocupa más –agregó, de improviso–. Porque desde hace días me siento perseguido por imágenes.

Mientras hablaba, su mano, huesuda y pálida, hacía girar la taza en el platillo. Orquiard miró la mano y pensó que Esteban (¡quién lo hubiera dicho!) había perdido su encanto.

Esa vez Orquiard regresó a su casa abatido, como alcanzado por la dilación de Esteban. Subió a la buhardilla y contempló, como todas las noches, los colores de la luz sobre la copa de los árboles. La vereda de enfrente se veía ausente; la acera, eventualmente surcada por algún automovilista apurado. Por fuera, reflexionó, el efecto no es inversamente proporcional: su buhardilla era la única luz de la cuadra a esas horas.

Fue hacia la biblioteca a buscar información sobre la enfermedad de Esteban. En un manual de medicina descubrió con pesar que todo coincidía. Impotente, fumó el último cigarrillo de la noche. Estaba inquieto. Creyó que no iba a conciliar el sueño. Al acostarse, sintió el miedo ancestral a la oscuridad. Percibía sombras, sonidos discretos, hasta que el cansancio lo acarreó como suele hacerlo, entre chispas oníricas y fragmentos de irrealidad.

El domingo siguiente, al reencontrarse con Esteban vio que su aspecto había empeorado. Se movía aletargado, con la mirada perdida. Aquella tarde no había nadie en el bar. El amigo miró a Orquiard con expresión culposa. Se paró, sin aviso y no sin esfuerzo, y una vez en pie recuperó la energía que le venía faltando. Entonces, salió a la calle para sermonear a viva voz, alzando las manos como un profeta:

*“He visto al volcán eructar la lava de los tiempos,
Sobre majestuosos paisajes de lauráceas y rojos cielos,
También vi animales trenzados en titánicas batallas,*

*La bestia que todo domina,
Vi a la criatura incorporarse, el destello de felonía en sus ojos,
Tantas lunas, soles errabundos,
He visto a Marción y a los masones, huyendo con el botín,
Millones de bocas abiertas, pidiendo la ayuda de Dios."*

Cuando la posesión terminó, Esteban cayó de bruces: un clavadista tocado por un rayo fatal. Orquiard fue hacia él pero Esteban yacía desfigurado, como el apóstol que llevó su nombre. El abigarrado cielo se oscureció y cayó una fina agua nieve. Pero pronto paró; la nieve se derritió. Y Esteban ya no estaba.

La calle quedó desierta hasta que salieron los mozos del bar. Pareció que no habían visto nada, pero la marcha circunstancialmente se detuvo y uno de ellos se dio vuelta; luego, siguió caminando.

Durante esos instantes, Orquiard creyó que el hombre había esbozado una sonrisa.



¿Por qué no recordar a Esteban de la mejor manera?, reflexionaba Orquiard. Por ejemplo, a través del tierno vínculo que había entablado con su hijo Gabriel. Cuando nació, él y su esposa decidieron que Esteban sería su padrino, y mientras permanecía en la cárcel les parecía bueno que se conocieran de modo epistolar.

Esteban había ideado un plan que consistía en lo siguiente: su padre visitaría al chico para narrarle historias de un primo distante, alguien que vivía en otro país y tenía intenciones de conocerlo. Le diría que Esteban estaba al tanto de las buenas dotes de Gabriel para el dibujo; le pediría dibujos de sus personajes favoritos, asegurándole que este primo retribuiría con sus propios dibujos.

El padre de Esteban era el cartero que hacía el periplo entre la cárcel y la casa de Orquiard. Al poco tiempo, viendo que el plan daba buenos resultados, Esteban se motivó y envió un barco y un avión hechos con madera balsa, meticulosamente fabricados con ayuda de otros presos.

Tras su última salida de prisión, Esteban visitó la casa de Orquiard y pudo conocer a su hijo. Fue algo emotivo, ver a Gabriel aupado en brazos del amigo. Cuando éste se despidió, dijo que volvería a la clandestinidad y que posiblemente no volverían a verlo. Orquiard no le creyó. Siguió esperando su llamado, en aquel presente.



A la semana de la desaparición, cuando se levantó el allanamiento, Orquiard fue a ver lo que quedaba del departamento de Esteban. En ese lugar, él y sus compañeros habían escrito una gran cantidad de estudios sobre el potencial del cerebro, que habría de ser usado como arma contra los invasores y sus aliados en el poder. Desde

luego, la mayoría de los escritos fue confiscada, aunque los militantes se las ingeniaron para ocultar el material mediante ardides que eludan al allanamiento.

Primero desconcertado, luego Orquiard se preguntó: ¿dónde ocultaría algo si yo fuera Esteban? Y así fueron apareciendo cosas.

En una botella de whisky vacía descubrió cápsulas de Prophet 5, la droga que los guerrilleros sintetizaban para la estimulación cerebral. También, en varios mazos de cartas, valiéndose del código Morse, habían cifrado un método para reducir a los invasores a una estructura tridimensional. Pero como el método estaba incompleto, Orquiard dedujo que algunos policías estuvieron jugando al truco con esos mazos.

Aquella guarida fue un mito urbano del under más radicalizado, al igual que la figura de Esteban. Durante su primera temporada en la cárcel, circuló el rumor de que había redactado una *Enciclopedia de la Lucha Armada* que se remontaba a los hoplitas y a las luchas intestinas (al parecer, bastante encarnizadas) de los pictos. Esta enciclopedia habría sido escrita al dorso de pequeñas hojas de calendario, ocultas en un castillo de fósforos. Pero un barrendero tiró el castillo mientras limpiaba la celda y los presos recibieron una buena tunda como castigo. Desde entonces, a Esteban le habría entrado un miedo atávico hacia el personal de limpieza, una paranoia extendida a enfermeros, basureros, mozos y vendedores ambulantes, a los que identificaba como servicios de inteligencia encubiertos.

En un rincón del dormitorio, negro de humedad, Orquiard encontró poemas políticamente inocuos y –sería el primero en admitirlo– bastante mediocres. Otros escritos, como el que sigue, titulado *La historia del mundo en diez líneas*, encubren un pretencioso intento por explicar la historia occidental.

“Después de vagar por milenios, los humanos encontraron lo más parecido a la paz en una región que bautizaron Europa. Combatieron enfermedades con higiene y pergeñaron un sistema de producción y consumo que, a la larga, se transformó en capitalismo.

“La calma se alteró cuando Marco Polo llegó con noticias del lejano oriente, despertando el interés por lo ajeno. Otro italiano, pero genovés, creyó descubrir un continente al que un tercer italiano puso su nombre. A esta altura, los humanos subían a grandes embarcaciones con rumbo a tierras desconocidas, en busca de productos para mantener su sistema.

“Adictos a los eufemismos, le dieron al capitalismo el nombre de civilización y a los salvajes trocaron civilización por piedras preciosas. Enseguida vino un exterminio. Poco más de un siglo después hubo otro, pero en Europa. Vivieron aquellos episodios como el Apocalipsis y los llamaron ‘guerras mundiales’. Los menos favorecidos debieron emigrar *en masse* al Nuevo (pero ya bastante devastado) Continente.

“Se decía que había oportunidades. Se decía que ahí estaba el futuro. En realidad, al cabo de un tiempo no quedaba gran cosa.

“Así fue como en cuestión de otro siglo, años más, años menos, los nietos y bisnietos de aquellos colonos armaron las valijas para volverse. Pero los humanos encontraron a estos seres demasiado elementales para su gusto. Algunos fueron deportados, otros no. Y así andan ahora los nuevos humanos, viendo la paz amenazada por bárbaros de las colonias.

“Todo lo que va, vuelve.”

Hurgando descubrió más cosas. En la jaula del jilguero, enrollado en la tapita de jarabe que oficiaba de bebedero, había un microfilme que al expandirse revelaba una (al menos para Orquiard) poco satisfactoria descripción de la inteligencia invasora:

“Los seres cuadridimensionales de Cupol pueden recorrer la historia del universo de punta a punta; pueden contemplar desde el *big bang* hasta la implosión cósmica, pasando por las invasiones bárbaras y la Revolución Francesa, así como nosotros contemplamos un atardecer.

“Dicho de otra forma, ellos resolvieron nuestro dilema temporal. Pero temen al ilimitado poder de nuestro cerebro, cuya capacidad usamos en un escaso diez por ciento.

“Nuestro actual conocimiento es bien escaso: el cerebro almacena mil millones de veces más información que la del propio genoma que describe cómo funciona.

Los seres de Cupol saben que si superáramos tal limitación podríamos dominar el cosmos; llegaríamos a la estrella más lejana en un abrir y cerrar de ojos. Por esa razón nos invaden.”

El microfilme terminaba abruptamente. Junto a éste había otro más largo y de fecha reciente. Había sido impreso el día del último encuentro en el bar. En este microfilme, Esteban se explaya algo más sobre la amenaza extraterrestre. Su tono es taciturno, menos combativo; incluso se contradice con afirmaciones previas:

“Algunos seres cuadridimensionales pueden entrar a nuestro mundo así como nosotros pasamos a la segunda dimensión mediante una fotografía. Cuando lo hacen, es para cumplir sus objetivos más abyectos con la complicidad de las corporaciones y sus gendarmes.

“Aprehender la cuadridimensionalidad no es fácil, pero la novela *Flatland*, de Edwin Abbott Abbott, resulta extremadamente didáctica para tener una noción. El universo de la novela son figuras geométricas bidimensionales, como triángulos, círculos imperfectos y líneas; estas últimas representan a las mujeres y la novela es en algún punto una crítica a la sociedad victoriana de la época en que fue escrita, ya que cada figura representa a una escala social.

“Para mí, lo importante es el modo en que las figuras reconocen su entorno a partir de las diferencias. Por ejemplo, el protagonista, un cuadrado, reconoce la presen-

cia de un triángulo por sus tres vértices y tres lados. Su percepción del mundo se desmorona con la aparición de una esfera, un ente tridimensional. El cuadrado no entiende cómo la esfera puede desvanecerse y reaparecer desde otra perspectiva. Ahora le habla de frente; ahora desde atrás.

“Asimismo, la esfera puede relatar lo que ocurre en cualquier vector de Flatland, lo cual, para el cuadrado, que sólo puede ver líneas y puntos, resulta inverosímil.

“El cuadrado entiende la tridimensionalidad cuando la esfera lo traslada a Spaceland. En el espacio comprende que la tercera dimensión estiliza a las figuras geométricas: hace esferas de círculos, cubos de cuadrados. Podrá reconocerse a sí mismo en un espejo, aunque al principio desconocerá la diferencia entre ser y reconocer.

“El cuadrado, que se creía superior a las simples líneas de Lineland, ve en la esfera a un ser divino y cree haber descubierto el sentido de la vida. Se pregunta si la muerte no será este estadio, pero también se pregunta si no habrá otras dimensiones; una posibilidad que la esfera juzga ridícula.

“Para la esfera, el cuadrado es un ser dispensable; las criaturas bidimensionales son su objeto de estudio. El cuadrado padece entonces su desadaptación a la ley gravitatoria y, contra su voluntad, es devuelto a la Tierra Plana. A su regreso, se propone actuar como apóstol de la esfera, pero nadie le cree. La autoridad, pese a conocer la existencia del espacio, castiga a los profetas con la muerte.

“Yo me siento hermanado con el cuadrado de *Flatland*. Nadie regresa intacto de una dimensión superior. Si dobláramos una hoja de papel para armar un barquito, al desdoblarla la hoja quedará arrugada, dañada en su bidimensionalidad.

“También pienso que todo esto se relaciona con la muerte. Las opiniones más extremas, que bien podrían provenir de las mismas personas en distintos momentos emocionales, dicen que:

- a) Somos demasiado evolucionados para desaparecer en la muerte carnal, o bien que
- b) Nuestro antropocentrismo no nos permite aceptar la posibilidad de una simple, aburrida, finita existencia corporal.

“Yo albergo pocas dudas de que morir es reinventarse. Así como la madera se vuelve mueble, o libro, todo se transforma. Pero la destrucción es otra cosa.

“Como el cuadrado de *Flatland*, como el barquito de papel, los que volvemos de otra dimensión quedamos perturbados, porque se nos negó el derecho a morir.

El rollo termina ahí, pero la historia continúa en otros rollos, concéntricos, discontinuos. Son historias que se entretajan y ramifican en diarios de otros, narraciones de diversa índole; una maraña de escritos que revela el último derrotero de Esteban.

Tras releer veces las anotaciones, Orquiard concluyó que su amigo no fue un guerrero ni un mártir, sino al-

guien que intentó ser justo en el escaso margen de su destino. Aquellas vivencias, reflexionó, muestran la vanidad de aferrarse a creencias, ya que la realidad es incompatible con cualquier presupuesto. Porque es caprichosa, mutable. Y sin embargo, bien vale el intento.

“Al igual que el cuadrado frente a la esfera”, finaliza Esteban, “yo tuve el valor de enfrentar al hombre de Cupol.”

2. DIARIO DE ESTEBAN I

Últimamente tengo sueños como películas. Ya voy a acostarme ansioso por lo que voy a soñar. ¿De qué género será? Y los actores, ¿podré reconocerlos? Leo un libro recostado en la cama y en cuanto empiezo a bostezar apago el velador. Es como si apagaran las luces del cine. Me estiro en el colchón, entusiasta. Sólo faltaría una bolsa de pochoclo.

Ayer soñé con dos amigos que no veo hace mucho. Cada uno filmaba su propia película en los bosques de un país lejano. Era de noche. Ignoro de qué rincón de mi cabeza salió aquel guión, pero lo curioso es lo vívido que resultó. A la mañana siguiente, desayuné y al salir a la calle me acordé del sueño. No recordaba la trama, pero sí algunos aspectos visuales, monocromos y oscuros, como ver la televisión con poco brillo.

Mi ensoñación desapareció al llegar al trabajo. La redacción estaba alterada por un despacho inusual, recibido la noche anterior. Éste decía que en las colonias del desierto había aparecido una nave extraordinaria, con forma de avioneta pero muy grande. Los colonos la encontraron

clavada de punta a noventa grados del suelo, como si hubiese caído en picada. No tenía señales de haber sido ocupada, ni había daños en la carrocería.

Al mediodía llegaron más noticias. La torre de control había dado parte de esta aeronave; habían estado rastreándola, perdiéndola y relocalizándola de a ratos. La cuestión es que el caso cobró relevancia internacional e Interpol tomó cartas en el asunto. La agencia telefoneó para avisar que enviaría a uno de sus hombres y yo iba a viajar con él al lugar de los hechos. Fue así como conocí a Florián, a quien conocí bastante poco, por cierto.

Florián era más alto que yo; alguien que no pasaba desapercibido. Mediría un metro noventa y tenía el pelo rojizo, ojos verdes y pecas. Vestía zapatos marrones de nobuk y un grueso impermeable de cuero con botones de madera, que le llegaba hasta las rodillas. Tras presentarse y estrecharme la mano, me invitó a subir a su auto y partimos hacia la colonia.

Serían las dos de la tarde cuando pasamos por la plaza municipal y vimos a un grupo de empleados saliendo del trabajo. Era una tarde fría y desapacible. Un par de tipos se habían animado a trotar alrededor de la plaza. Nos fuimos alejando del centro y a Florián se le ocurrió parar a comprar cigarrillos. Nos detuvimos en el primer kiosco y cuando volvió al auto empezó a hablarme. Desde ese instante no paró. Me dijo que estaba casado y tenía cuatro hijos, pero llevaba una vida disipada y no le importaba ventilar sus amoríos. Era un conversador de la clase

monologuista. Para colmo, su destartalado Rambler contaba con un guía robótico que pasaba las noticias, cantaba y hasta daba órdenes al conductor.

–A veces suceden cosas... no sé cómo explicarlo –dijo tras un breve aunque bienvenido silencio–. El otro día estaba con mi hijo más grande en un bar y se armó una situación bastante densa. Resulta que en el televisor pasaban un hecho policial. Habían matado a dos pibes chorros y a algunos se les dio por celebrar la masacre. Entonces saltó un muchacho que los increpó; les dijo que eran fascistas...

Al terminar cada frase me miraba aguardando un comentario, pero mucho más que un *ajá* no obtenía. Afuera, el clima era espantoso. Llovía de a ratos.

–¿Y si a ese muchacho le matan a un hijo? ¡Eh! ¿O al padre? ¿¿Qué me dice?? –me asustó subiendo el tono de voz–. Yo no creo que vaya a morir en su ley. Buscaría venganza, porque la llevamos en la sangre.

Mientras filosofaba, Florián fumaba compulsivamente y se relamía los labios, como si tuvieran restos de chocolate. Se negaba a bajar las ventanillas del auto debido al frío, así que gracias al humo de cigarrillo pronto iba a dejar de verlo. Me entraron ganas de estrujarle el paquete, pero en cambio le pregunté si faltaba mucho.

–Quedáte tranquilo, ya llegamos –respondió con sorna, esta vez sin mirarme. Después, pegó un volantazo y dirigió al auto por una ruta angosta, con el cemento resquebrajado. La lluvia amainaba.

–Lo que quiero decirte es que buscamos protección y para eso recurrimos a un manojito de ideas. Pero en realidad, la sociedad es algo ficticio, arbitrario. Somos animales de jungla.

Ni bien entramos en confianza, Florián me habló de su jungla. Era doble agente y me sorprendió que confesara eso a un desconocido. Su trabajo en Interpol, explicó, era una tapadera que le permitía hacer negocios paralelos, como la venta de información estratégica a miembros de la resistencia.

En su carácter de doble agente atravesó por todo. Participó de interrogatorios y entrenó a algunos militantes; a otros, dijo, debió entregarlos a su pesar. En una oportunidad, hizo la vista gorda a una tarea que consistió en adulterar agua de un destacamento con Prophet 5. Aquella maniobra afectó a dos batallones de soldados, a los que diagnosticaron esquizofrenia aguda.

Cuando terminó, le pregunté por qué me contaba todo esto. Florián respondió que ésta iba a ser su última misión. Después planeaba retirarse para vivir en algún lugar alejado.

–¿Está por jubilarse? –dije.

–No –respondió con parquedad–. Si todo sale bien, no habrá sitio suficientemente seguro para ocultarme.



Cuando llegamos a la colonia, el encapotado cielo se estaba abriendo y por un resquicio entraron los primeros rayos de sol. En cuestión de segundos, la humedad había levantado un calor asfixiante.

Bajamos del auto y nos dirigimos a una cabaña. Florián se quitó el impermeable, golpeó la puerta y una voz nos invitó a entrar. Su contacto era un viejo de aspecto desgredado, que se presentó como don Tito. Estaba en el sofá sentado junto a su mujer y su hija, mirando por televisión el obituario de un actor recientemente fallecido. Ahí decían que el actor había tenido una versatilidad camaleónica; se veían fotos de los distintos roles que interpretó y los locutores lo definían como transgresor. La última foto era un plano picado de su cuero cabelludo, pelado y cubierto de tatuajes.

—Sólo el Creador sabe qué pudo pasarle a un tipo para hacerse esas cosas —exclamó el viejo sin disimular su repulsión—. Esperen que ya me cambio y salimos. De mientras siéntanse cómodos y piquen algo; después de tanto viaje deben tener hambre...

Los colonos tienen fama de ser hoscos y rudimentarios, y aquella familia no era la excepción. Vivían con lo justo en su cabaña de adobe, vestidos con ropas descoloridas que parecían tener al menos cien años. Doña María, la esposa, era una gorda medio antipática, encastrada en un vestido de gabardina con volados. Se había retirado a la cocina para preparar un té con masas mientras Magdalena, la hija, iba poniendo la mesa. La delgada chica tenía un

jardinero de jeans que le daba cierta candidez. Cantaba por lo bajo, haciéndose la distraída, cuando en realidad estaba pendiente de lo que conversábamos. Un rato más tarde, Florián retomó el hilo de sus historias amorosas y ella no pudo contenerse. Exclamó:

–Cupol dijo, no desearás la mujer de tu prójimo.

–Qué graciosa –la reprendió doña María, volviendo de la cocina. La chica agachó la cabeza.

–¿Qué dijo? –preguntó Florián sorprendido.

–Magdalena es una conversa al Nuevo Evangelio –dijo doña María por toda explicación.

Cuando empezaba a sentirme incómodo reapareció el viejo, listo para guiarnos adonde había caído la nave. Se lo veía excitado, y mientras salíamos noté que Magdalena se persignaba de un modo extraño.



–¡Ahí está! –exclamó el viejo, y sacó el brazo por la ventanilla para señalarnos a la nave incrustada en una loma. Por delante, veíamos a las ruinas del barrio lindero al Destacamento 154, donde, según el viejo, funcionaba una de las colonias más grandes.

Un par de años atrás, en el barrio había un depósito de armas que terminó siendo dinamitado, seguramente por la guerrilla. Ahora, aquello era una ciudad fantasma;

una Pompeya rendida a los pies del avión, como el final de un vía crucis.

–Entonces, ¿no viene? –le preguntó Florián a don Tito, quien durante el viaje se había regodeado en detalles sobre los muertos que dejó la explosión.

–No, prefiero esperar en el auto –respondió indiferente. Tragó en seco un par de pastillas azules y se secó con la remera la transpiración de la cara.

–Tal vez vean volar al alicanto –dijo mirando al cielo–. El pibe va a guiarlos. Vayan tranquilos que él conoce el camino.

Bajamos del auto y al otro lado de la ruta, con la mirada perdida, nos aguardaba un chico que llevaba una bolsa de papel en la mano. Mientras lo seguíamos, como si fuera nuestro instructor, clavaba la vista en cuanto escombros hallaba a su paso, obscuramente maravillado por esa pseudo arquitectura. El muchacho caminaba unos pasos, temblaba leves espasmos y se detenía a aspirar pegamento. Aspiraba y se quedaba un rato con la bolsa pegada a la boca, ausente, mirando al horizonte. Luego se ponía en puntas de pie y extendía el otro brazo, como queriendo señalar algo. Caminamos como medio kilómetro y él reiteraba la coreografía. A veces tomaba demasiado en serio su rol y nos pasaba informes macabros.

–Aquí hubo muertos –señalaba con voz gutural.

Percibí la inquietud de Florián. Decía que el viaje, con tantas vueltas, le parecía un *dèja vu*. Cuando volvimos a divisar la nave, por momentos oculta tras el esqueleto de

viviendas dispuestas como una muralla, me confesó que tenía la impresión de haber estado ahí antes. No podía precisar qué había estado haciendo, pero entonces los espasmos del muchacho aumentaron. Cada tres o cuatro pasos daba fuertes inhalaciones y estiraba la mano en dirección a la nave. Después empezó a balbucear incoherencias.

–¿Qué te pasa pibe? –le preguntó Florián, saliendo de su aislamiento.

–Bendito es el fruto de tu vientre.

–¿Qué?

–Bendito es el fruto...

No pudimos seguir interrogándolo. Antes de darnos cuenta teníamos a la nave frente a nosotros, y me pareció un espectáculo dantesco. Era de un cromo blancuzco, iridiscente, y más grande de lo que había pensado. Repentinamente oí un ruido seco y el suelo se sacudió como si brotara un sismo. La estructura estaba partiéndose al medio; se abría y bramaba como un gigante a punto de parir. Las partes escindidas cayeron pesadamente a cada lado y corrimos a protegernos. Transcurrió un rato durante el cual no vi nada. Después, entreví destellos que iban extinguiéndose hasta dejar flotando una nube de polvo. Y cuando la nube se disipó, descubrí en el lugar a un huevo enorme, de metro y medio. Apenas lo vio, el muchacho enloqueció y se abalanzó llorando sobre el huevo. Había entrado en trance y balbuceaba como en un rapto de glosolalia. Florián lo siguió, visiblemente irritado, y le dio un cachetazo. Pero entonces oímos una voz.

–¡Florián! Deje tranquilo al muchacho.

Apareció mostrando urgencia, pero ni la más leve señal de preocupación. Era un hombre de edad indefinida, tez morena y ojos azules. Su nariz era aguileña, algo achatada, como la de los boxeadores. Llevaba en la cabeza un sombrero de paja de alas grandes, estilo mexicano, y vestía una guayabera. Tenía el aspecto apacible de los asesinos seriales.

El hombre inclinó el sombrero para filtrar los rayos de sol y nos miró detenidamente. Luego, llamó al chico a su lado. A Florián le dirigió un gesto severo. Parecían conocerse.

–Ángel de la muerte, volvemos a encontrarnos –le dijo Florián, enfrentándolo con una mueca que pretendió demostrar valentía–. No me extraña que estés atrás de todo esto. Ahora me cierran muchas cosas...

–Sos un hombre violento, Florián. Y además tramposo –le respondió el extraño. Los ojos le brillaron con malicia y las comisuras de los labios se arquearon levemente, como una Mona Lisa inflamada de perversión–. Les pido que no interfieran –ordenó alejándose de nosotros. Entonces, el pequeño zombi regresó adonde estaba el huevo, cerró los ojos, juntó las palmas de las manos y rezó en voz alta:

“No teman, terrícolas, porque han encontrado el favor de El Creador. Ha de concebir en este seno y dará a luz un hijo.”

“El Espíritu Santo descenderá sobre él, y la virtud del Altísimo lo cubrirá con su sombra, por lo cual el santo que de él nacerá será llamado Hijo del Creador.”

“Ave María, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus et benedictus fructus ventris tu.”

“El Señor está contigo. Antes incluso de la Encarnación, ésta es la fórmula de la Encarnación.”

“Y bendito es el fruto de tu vientre, bendito es el fruto de Cupol.”

La última frase retumbó dentro de mí como un coro de gárgolas. El huevo era un capullo, y fue encogiéndose hasta adoptar la forma de un humanoide alado y blanquecino. Parecía un ejemplar de criptozoología. Era albino; blanco hasta las pupilas. Me miró y vino hacia mí, gateando, profiriendo quejidos, pero inmediatamente, para mi alivio, perdió el interés. Luego, el monstruo se dirigió a Florián, observándolo con curiosidad, cuando éste sacó un revólver del impermeable y apuntó a su cabeza. El extraño hombre de sombrero vociferó algo a Florián, con el rostro desfigurado por la ira. Fue una advertencia que sin duda debió amedrentarlo, pero no alcanzó a evitar el disparo.

Consumado el magnicidio, el extraño lanzó un grito atronador; abrió los brazos al cielo, acusándolo con despecho, y saltó sobre Florián como una bestia de la jungla, la misma de la que aquél me había hablado. Tapé mis ojos; no quise ver cómo la bestia descuartizaba a Florián, pero cuando terminaron los gruñidos escuché sollozos y vi al hombre teñido en sangre, con el neonato alado en sus bra-

zos. Estuvo así un tiempo, enajenado, hasta que dejó al cuerpo sin vida en el suelo y vino hacia mí.

En su mirada no había rasgos de humanidad. El extraño, este monstruo crecido, sólo podía aplacarse con más sangre.

El miedo me llevó a alejarme segundos del lugar. Al volver, fue una de esas raras ocasiones de entendimiento con alguien más poderoso, inescrupuloso; esos tenues acuerdos que permiten la supervivencia. Y me dijo (sé que lo dijo, aunque no estoy seguro):

—Algún día va a darme una lista de nombres, Esteban. Pero los nombres serán todos falsos.



La fiesta se celebraba en el fondo de la casa y noté la presencia de un par de compañeras nuevas, muy bonitas, aunque no estaba Julia. Ya era de madrugada cuando empezó a caer rocío. Extrañamente, el jardín no daba a una casa lindante sino a la calle, y me arrimé a curiosear. Ahí nomás estaban las vías muertas del ferrocarril, las crucé y seguí caminando. El cielo se había puesto azul opaco, tizado de nubes grises y chatitas que se disipaban al surcarlo. El frío le daba al paisaje un aspecto invernal, sobrecogedor.

Yo iba tranquilo, con una copa de champán en la mano, cuando la crucé a Julia. Estaba preciosa como siem-

pre, con sus ojitos chispeantes y su corte de pelo estilo *flapper*. Llevaba puestos un tapado y una corbata negra que flotaba al viento. Y como siempre, enmudecí, atinando a un estúpido “hola, qué tal.”

Seguí de largo y me topé con un grupo de personas que ensayaba una obra. Había un pequeño que corría hacia mí y detrás aparecían los extras, que me lo disputaban. Uno de ellos me sorprendió y tomó al chico en sus brazos. Era muy alto y parecía perfecto para el rol. Después vi a otro extra bastante parecido. Debían ser hermanos. Yo reclamaba al muchacho y al final se fue con un tercero. Me pareció que la toma había quedado perfecta.

Al llegar a la esquina (una especie de ligustrina donde todo se me confundía), sentí alivio al encontrar a Florián. Estaba recostado de espaldas contra una pared, con las manos en los bolsillos del impermeable.

—¿Qué opinás de la toma? —le pregunté, ansioso—. ¿Les habrá gustado?

Él me miró con su sonrisa de gato de Cheeshire.

—Puede ser —dijo—. Preguntáles.

Cuando regresé a la esquina, los hermanos estaban en la vereda, tirados en reposeras y bebiendo cerveza. Se los veía contentos, como de festejo. Los faroles de la calle iluminaban sus rostros. Eran los tres morochos y narigones, medio italianos; vestían jeans y camisas arremangadas. El más simpático me convidó un trago, pero decliné, porque todavía andaba con la copita en la mano.

Después, bastante después, regresé, pero tardé en darme cuenta de que estaba dentro del auto, con la llave incrustada en el tablero, aguardándome. No arranqué de inmediato. Me quedé contemplando la noche que se desplomaba letárgica, y los faroles amarillos, titilando no muy lejos. Enfrente, desde luego, estaba la casa del viejo Tito. No iba a golpear a su puerta. No me importaba lo que llevaría a la redacción.

Cuando abrí la guantera encontré un montón de papeles. Era el diario de Florián. Leí algo, muy poco, pero me bastó para tomar una decisión. Los papeles están aquí, adjuntos a mi diario.

3. DIARIO DE FLORIÁN I

—**D**erecha, izquierda. Suba el desfiladero. Ahora doble. Siga derecho hacia el peñón. Estaba mareado. La voz metálica del robot estuvo dirigiéndome por horas y al compás de su seseo, que resonaba latoso en mi cabeza, me sentía un títere a punto de rebelarse. El robot fue mi guía y llegué a sentirlo como un compañero de ruta, pero las veces que intenté conversar con él resulté ignorado.

—Continúe manejando; por favor, no se distraiga —decía la voz.

Después de manejar bastante por ese terreno árido y pedregoso, encontré un claro y bajé a estirar el cuerpo. El viento soplaba fuerte, sacudiéndome con violencia. Me despecé y volví a encorvarme, para menguar el dolor lumbar. Venía experimentando malestares desde varios días atrás; era un cansancio inmotivado, seguido por algunos dolores. Después, todo volvía a la normalidad y el ciclo volvía a repetirse. Se me ocurrió pensar si no estaba viejo para el trabajo.

A lo lejos divisé al peñón. Cuando estuve cerca, bajé del auto y me quedé contemplando el paisaje mientras fumaba. Después, volví al auto y me asomé por la ventanilla. El robot estaba en silencio; despedía luces intermitentes, como si pensara en algo. El viento sopló con fuerza, me arrojó puñados de tierra que entraron en los ojos. Entonces sonó el teléfono y al tercer tono atendí.

–Ya estoy en el cañón –dije–, pero no voy permanecer mucho tiempo aquí.

–El contacto está por llegar –me respondieron.

–No es un sitio seguro. Soy blanco fácil.

Silencio.

–Espero cinco minutos más y me largo –dije. Y si el robot intenta delatarme, pensé, lo parto a zapatazos. Al instante volvió a sonar el teléfono. La voz me sorprendió en tono resignado.

–Perdonáme –dijo–. Pero la agencia dio la orden de que esperes. Quieren el trabajo terminado.

Sentí impotencia. En el lugar, pese a la furia del viento había un silencio inquietante.

Encendí otro cigarrillo y caminé sin rumbo, ansioso. El robot emitió un zumbido festivo, nada habitual. Cuando volví a asomar la cabeza encontré algo de sosiego ahí, con los brazos acodados en la ventanilla. Me quedé un rato y al mirar el reloj habían transcurrido mis cinco minutos de mora. Estaba por volverme cuando sonó un disparo. Luego dos, tres. Una bala acertó al teléfono móvil y lo voló en pedazos. Salté dentro del auto y puse el motor en

marcha, tirado al suelo. Retrocedí arando, mientras otra ráfaga de balas rociaba la carrocería. Entonces sentí la pierna derecha entumecida, pero con la otra aceleré a fondo hasta alejarme del peñón.

El robot berreó:

–La misión no ha concluido, la misión no ha...

Lo reventé de un balazo, pero al instante caí en la cuenta de que había cometido un error. El aparato era lo único que podía ayudarme a volver, aunque estaba programado para torturarme mientras no concretara la misión. En algún momento iba a delatarme.

Minutos después frené el coche para mirar la pierna. La bala apenas la había rozado, pero sangraba bastante. Alcancé a hacerme un torniquete y mientras buscaba gasa descubrí un mapa, que desplegué en el asiento de atrás. El mapa demarcaba la costa y el peñón, tenía anotaciones en fibra, pero con eso no podía orientarme.

Volví a poner el auto en marcha, con la esperanza de que el sendero desemboque en una ruta. Manejé un buen trecho. De golpe, me sorprendió ver a un par de cuerpos mutilados a orillas del mar. Acerqué el auto al acantilado y volví a divisar, a lo lejos, al peñón. Se me ocurrió que estaba manejando en círculos. Para mí, estaba padeciendo eso que llaman *déjà vu*, primero porque no podía alejarme del peñón, y después por lo de la pierna. No hacía dos meses que había sentido una punzada allí mientras dormía; fue como si me la hubieran tajeado.

...con el justo derecho que le confiere la cuota de sangre generosamente derramada por sus hijos héroes y mártires, reclama con angustia, pero también...

Por un instante lo perdí de vista. Cuando volví a divisarlo, ya no tenía a la mujer en sus garras. Suspiré aliviado. Qué linda era, pensé. Ojalá haya podido escaparse. Iba pensando en ella, medio somnoliento, y cada tanto me despertaba un sacudón a causa del camino pedregoso. El ave continuó batiendo sus alas, consagrando un espectáculo a gran escala. Era algo cósmico. Una empresa heroica.

... con firmeza una inmediata toma de conciencia para definir posiciones. La inmoralidad y la corrupción deben ser adecuadamente sancionadas. La especulación política, económica e ideológica deben dejar de ser medios utilizados por grupos de aventureros para lograr sus fines...

De golpe, sentí un sacudón tan fuerte que el auto se detuvo. Se trataba de la mujer. Estaba tirada en el camino. Con extraño consuelo, vi que ya no era la bella bailarina sino una anciana de rostro esmirriado, que sin embargo conservaba las mismas facciones.

Al volver al auto había perdido definitivamente al pájaro. El camino me llevó al borde de la colina. Sobre el montículo había una casucha solitaria. Salí del auto y caminé hacia allí. Unos tres kilómetros más abajo reconocí un campamento militar; apenas distinguía los rostros de

los soldados pero los veía trotar, moviéndose en filas y haciendo ejercicios. Verlos entrenar detonó en mí un nuevo *déjà vu*, más potente que los anteriores. Sentí que estaba entrenando con ellos. Mientras los observaba, mis piernas imitaban sus movimientos.

Bajé del montículo, fui a la casa y golpeé sin recibir respuesta. Entré y la habitación estaba en penumbras. Entonces me sorprendió el ruido de unas ramas. Volví al despeñadero y descubrí a un hombre que ascendía tomándose de los arbustos crecidos bajo las piedras. Llevaba un costal al hombro y un enorme sombrero de paja ocultaba su cabeza. Cuando llegó a la cima, vi su rostro enjuto, de ojos azules y penetrantes. Retrocedí instintivamente.

–¡Epa!, no se asuste –exclamó–. Soy el hombre de Cupol, su contacto –me estrechó la mano–. Falté a la cita porque nos enteramos de que planeaban una emboscada.

Le devolví una mirada poco complaciente.

–Perdóneme, pero tuvimos la información a último momento –se disculpó–. Por suerte usted se las ingenió para huir ileso... Mire, llevo dos meses viviendo aquí y sufrimos varias bajas. No quisiera perder más hombres. ¿Tiene el sobre con la lista de infiltrados?

Asentí y regresé al coche.

...Así, no cejaremos hasta el triunfo final y absoluto que será, a despecho de injustificadas impaciencias o intolerables resignaciones.

–Aquí está –le dije mientras entregaba el sobre–. ¿Tendría la amabilidad de indicarme el camino de regreso? El robot dejó de funcionar, no sé que habrá pasado...

–Por supuesto –me interrumpió–. Voy a darle un mapa; dista de ser tan eficiente como el robot pero al menos no va a cargosearlo.

El hombre entró en la casucha y regresó con el mapa. Al extenderlo, de su manga se deslizó una pluma. Los ojos le brillaron suspicaces bajo la penumbra del sombrero y se deslizaron hasta mi pierna.

–Vaya agente, vaya a hacerse atender –dijo condescendiente–. Y apresúrese que está por caer la noche.

Desconcertado, volví al auto y seguí la ruta del mapa. Mientras manejaba, los colores del cielo cambiaban a cada instante. Cómo deseaba haber visto esos mismos colores en casa, en compañía de mi mujer y mis hijos. Quería reencontrarme con ellos, tan pronto como fuera posible. Tiene que haber otro cielo igual, pensé, lejos de este lugar.

Aminoré la marcha y me puse a cantar. Espié con curiosidad por el espejo retrovisor. El hombre ya no estaba. Sólo veía la casucha desamparada. Aceleré y continué entregado a mis pensamientos. El paisaje desértico cambiaba y a cada rato parecía una foto sobrenatural. Me hacía sentir otro hombre, un hombre nuevo, más sensitivo.

Fue un viaje placentero hasta que, en algún momento, mi canto quedó interrumpido por el graznido de un ave.

4. DIARIO DE FLORIÁN II

Todo empezó con un ensayo entre miembros de la resistencia. Nos encontrábamos reunidos en el refugio, como le decían al depósito de paredes descascaradas que usaban de guarida. Lo que más recuerdo son las latas de pintura que había en el suelo, desparrahadas, esperando ser abiertas para darle vida al lugar.

Era un depósito grande, sin divisiones, una caja de zapatos de unos cincuenta metros cuadrados con una ventana al frente y otra lateral. Las ventanas no tenían vidrio, sólo persianas. Todo parecía a medio terminar. A excepción de las latas de pintura, una mesa con cuatro sillas y una lamparita colgando del techo, el depósito estaba completamente vacío. Estaba construido en un primer piso bajo el cual tampoco había nada, salvo la escalera de material.

Sobre la mesa había unos papeles, cajas, dos mazos de cartas y la cocina eléctrica que usábamos para calentar el agua del mate.

—¿Cómo va eso muchachos? —preguntó alguien que venía subiendo la escalera. Mientras, con desgano, Natalio

volvió a anudarse el pañuelo que le tapaba los ojos y me oyó decir:

–La gente cree que los ciegos habitan un vacío, que son torpes y no ver es la mayor de sus privaciones. Nada más equivocado. Ellos ven de otro modo. A cada situación, a la más insignificante, le encuentran una dimensión distinta y perciben todo, incluso los accidentes. Para nosotros, sería como caminar por un campo minado, pero ellos no tienen miedo. El miedo lo tenemos nosotros.

Entrenando a Natalio para su representación de ciego, me daba cuenta de que mi aprendiz no estaba para nada listo. Natalio, por su parte, se ponía cada vez más caprichoso y creía que este ensayo era una pérdida de tiempo.

–¿Tiene que salir exactamente igual? –se quejó, arrancándose el pañuelo de un tirón.

–Sí, igual –respondió con impaciencia Mariano Puente, el que acababa de llegar. Puente era uno de los cabecillas de la resistencia. Así como se sentó, volvió a levantarse y caminó preocupado. Yo aproveché el silencio y fui a la ventana, para asomar la cabeza a la tarde soleada. Desde ahí veía el desarrollo longitudinal de dos casas y sus respectivos fondos, casi idénticos. Ambos contaban con una quinta meticulosamente sembrada de tomates, un gallinero y una parrilla; estaban divididos por una pared de ladrillos que apenas alcanzaba el metro y medio y el resto de la manzana era campo. En el límite, al borde de la calle, se levantaba un tupido grupo de cedros que proyec-

taba una sombra larga sobre los pastizales. Bajo el más grande de los cedros, sentadas en sus gruesas raíces, dos chicas vestidas con uniforme escolar hablaban y se reían.

Puente dio media vuelta y regresó a la reunión. Era delgado y atlético. Vestía una camisa blanca de algodón con los dos botones de arriba desabrochados, un pantalón negro de gabardina, ceñido a la cintura, y zapatos negros terminados en punta. Siempre fue elegante. Les habló y yo me quedé mirándolos desde la ventana.

–El primero que mandamos estaba perfectamente entrenado y la operación resultó un éxito –nos recordó–. Lo único que hizo fue pararse en una esquina y esperar al uniformado. Cuando llegó, lo acompañó a cruzar la calle y al separarse ya le había dejado una granada en el bolsillo. ¡Pum! Después vos hiciste lo tuyo y también hubo intentos fallidos, como los de esos dos que sobreactuaban. Los servicios estaban alertas y los liquidaron. Se acuerdan, ¿no? Ahora tenemos que actuar con cautela y ser creíbles.

–Pero si actuamos tan bien por ahí se cargan a todos los ciegos, por las dudas –se hizo el chistoso un tipo fornido llamado Pessoa. Era subalterno de Puente. Apenas lo conocía, pero no me caía bien.

–Esta tarea debería hacerla yo –intervine–. Es bastante arriesgada.

–No, a vos te reservamos para otras cosas –me respondió Pessoa–. Y además tenés que seguir entrenando gente.

–¿Qué hay de esa droga... la que se rumorea que podríamos usar como arma? –preguntó Natalio–.

–Es un compuesto de ergolina, esteranos y oxitocina –respondió Puente, a quien le encantaba mostrar sus conocimientos–. Lo llamamos Prophet 5. En su última etapa podría llevarnos a un estado de inteligencia plena; el cerebro estará trabajando en todo su potencial y eso incluye la capacidad de vislumbrar el futuro, lo cual nos pondrá al nivel de los invasores. Eso también nos permitirá alterar acontecimientos y nos colocaría un paso delante de ellos, porque no desean alterar la historia.

Cuando terminó su discurso, bastante excéntrico, lo miramos desconcertados. Puente dijo a Natalio:

–Voy a darte una pequeña dosis para que estés lúcido en la tarea. No quiero darte mucho porque la droga aun está en etapa de prueba y desconocemos los efectos a largo plazo. Lo que sí sabemos es que una sobredosis desencadena una esquizofrenia terminal...

–Si alguien contaminara los suministros potables de una población causaría estragos. Y nadie lo notaría, porque el químico no altera el sabor del agua –interrumpió el fornido, que también tenía algo de docente–. En algún momento vamos a experimentar con algún escuadrón – Puente lo miró con gesto reprobatorio. Pessoa era demasiado bocón–. Pero mientras tanto tenemos que continuar con este plan.

Natalio leyó los datos de la víctima en un fichero.

–Se llama Ramírez –dijo taciturno–. Tiene dos hijas de cinco y nueve años.

–Comandante Eugenio Ramírez –lo corrigió Puentes–. Es un pez gordo. Sería una pequeña victoria eliminarlo.

–Está bien. Pero no quiero que caigan inocentes, no como en la última tarea –dijo Natalio.

–Cuando el milico salga no creo que haya gente en la calle –dijo Puentes–. Mañana es feriado. Además, el grupo de Pessoa va a vigilar la zona por si surge alguna complicación.

Natalio miró a Pessoa extrañado.

–¿Y por qué no lo liquidamos de una?

–Porque el tipo siempre tiene custodia y anda armado –respondió Puentes–. Enfrentarlo directamente es un suicidio. ¿Estás listo?



A las seis de la mañana, la esquina acordada tenía un silencio sepulcral. Los cabecillas tenían razón: el feriado había resultado ideal. Exceptuando a la casa de Ramírez y una escuelita aledaña, no había luces encendidas en toda la cuadra. Natalio pensó en la escuelita; supuso que estarían preparando los actos del día patrio. Por un instante se imaginó de vuelta en el patio de recreo, y que en lugar del bastón de ciego llevaba la bandera para izar. Fue

un segundo de melancolía. Cuando se apagaron las luces de la casa la adrenalina quemó la piel, e ingirió la dosis.

Natalio vio a Ramírez saliendo de su casa acompañado por un conscripto, no mucho más joven que él. Palpó la pequeña granada que llevaba en el bolsillo. Tomó el bastón con firmeza y salió al encuentro.

Lo que sus ojos veían, recordó, era residual. Se sumergió en su mundo no vidente y caminó a tientas. Fingió que tropezaba en el cordón de calle y el conscripto habló:

–¿Lo ayudo a cruzar?

Imagino. Todo era oscuridad. Era de noche y esa noche, que imaginó como la más perdurable, vio como jamás había visto. Vio las gamas de los colores; entendió los bermellones, lilas y turquesas, y otras texturas cuyos nombres jamás conoció. Vio a los amigos del secundario, a su primera novia, al mendigo. Y escuchó una voz que decía: “Hace mucho que no te veo”.

Abrió los ojos, sobresaltado. Un automóvil venía a toda velocidad y bajaron dos uniformados. Uno lo golpeó y cayó desmayado. Cuando recuperó el sentido, estaba desnudo, atado y vendado sobre una cama de madera. Le dolía la cabeza. Escuchó voces que gritaban:

–¿Cómo se llama éste?

–Natalio Lucero.

–Lucero, vas a tener que cantar. Desembuchá o la ponemos a cantar a ésta –dijo uno, frotándole el pecho con la picana.

–Yo... no sé nada.

–No flaco, sí sabés. Sabés lo qué pasa si no hablás.

Empezaron picaneándole un pezón. Natalio gritó y al instante perdió el sentido.

–Hace mucho que no te veo –susurró Estela.

–Es que tuve que desaparecer; vos entendés, la clandestinidad...

–¡No digas pavadas! ¡El nene! Deberías estar en casa por él, que te necesita.

–Que más quisiera, pero no puedo...

–Sos una basura.

Un cachetazo lo devolvió a la realidad.

–Conchudo, cantá –gritaba el tipo.

Sentía la picana en la ingle, lista para arrancar, y cuando oyó la descarga pasaron varios nubarrones por su cabeza. Deseó volver a sumergirse en la oscuridad e inmediatamente se encontró frente a una estación de tren. Era de noche y subía los peldaños de la estación mientras un muchacho bajaba con prisa en dirección contraria. Al cruzarlo, sintió el miedo de la proximidad. El muchacho había pasado de largo cuando de pronto giró y se abalanzó sobre él; Natalio reaccionó con un grito desaforado, dicho en la cara, y el muchacho, asustado, retrocedió, pero luego clavó un cuchillo en su abdomen y se largó a correr.

Por segunda vez, en aquella noche perdurable Natalio cayó desplomado, extendido de bruces y oliendo a excrementos. Pero la distracción, esa traidora que a veces se muestra amiga, capturó su curiosidad con un titular de diario tirado al pavimento. Leyó:

A Los 114 Años Muere La Mujer Más Vieja Del Mundo

La fotografía mostraba el rostro cadavérico de una anciana que, pensó, debió haber muerto mucho antes.

Siguió leyendo la bajada de la nota:

Los médicos forenses hablan de un suicidio. "Hace cincuenta años que me dicen vieja", habrían sido sus últimas palabras.

Natalio echó una carcajada. Cuando volvió a mirar el diario, las palabras se habían reconfigurado:

BLIND TIM, ¡P'O!
¡CUPOL!

Entonces lo sorprendió un portazo. Al levantar la vista el escenario había cambiado. ¿Será esto la ultraconsciencia?, se preguntó. El lugar era una amplia y confortable habitación, modernamente equipada, como ninguna que haya conocido. Estaba sentado en el suelo, sujetando a un nene que tendría apenas un año. El chico se deslizó entre sus manos y se despatarró en el suelo, largándose a llorar. Natalio miró alrededor y descubrió objetos elegantes, al borde de lo suntuoso. Había cuadros de expresionismo abstracto y altavoces Bang & Olufsen. Siguió recorriendo el cuarto y se encontró con Estela e Ismael, a quien encontró algo más grande, y se reía.

–¡Nataliooo! –le gritó Estela, riendo un poco también–. ¿En dónde te perdiste? Despertáte querido. Con esa motivación el nene no va a caminar nunca.

Natalio miro al nene con tanto asombro que debió ofuscarlo, porque el pequeño rostro se desfiguró de cólera. El crío agarró un sonajero, que parecía demasiado grande para él, y se lo estrelló en la frente.

Natalio se desvaneció, por tercera vez. Al despertar estaba en una habitación oscura. Vio dos luces rojas titilando a lo lejos. El lugar olía a humedad y las luces iban aproximándose. Cuando estuvieron cerca, vislumbró la silueta de un hombre que emanaba un halo blanquecino.

–No tengas miedo –dijo–. Vengo a salvarte. Tus amigos me dicen ángel de la muerte, porque aun no me conocen. Pero estoy aquí para llevarlos a un lugar mejor, para purificarlos.

La energía del hombre se extendió como una súper nova. Escuchó descargas y la penumbra fue cediendo a una potente luz blanca. Y entonces el hombre ya no estaba. En su lugar, Natalio reconoció a varios compañeros desaparecidos. Estaban sentados en un banco, con los ojos vendados. Cuando se quitaron la venda le dijeron que el lugar era una nave.



Natalio se ausentó una semana y al regresar me contó todo esto. También me mostró una carta de su espo-

sa, donde ella narra las cosas extraordinarias que suceden en el campo. Tengo esa carta conmigo. La carta me ayuda a entender algo que me ocurrió hace poco, y me anima a planear algo que puede alterar este conflicto absurdo. Adjunto la carta al informe.

Volviendo a Natalio, los días siguientes a su reaparición solía encontrarlo con la mirada perdida. Decía que soñaba día y noche. Después, durante un entrenamiento volvió a desaparecer. Hay rumores de gente que lo vio al costado de la ruta, inconsciente y delirando. Hasta el momento no pude dar con ningún testigo. De todos modos, se lo continúa buscando. Los médicos conjeturan que quizá no pudo tolerar la droga, o que el efecto de las torturas lo habría llevado al suicidio.

Como dije, no hay noticias de Natalio, pero de a poco empezaron a regresar más compañeros en las mismas condiciones.

5. CARTA DE ESTEBAN

Querido Gabriel:

¿Cómo estás? No sé si vos te acordás de mí. Yo te conocí cuando eras muy pero muy chiquito, y yo sí me acuerdo de vos. ¿Sabés quién soy? Soy el primo Esteban, el de la tía Tita y que vos viste en muchas fotos donde estoy vestido de gaucho, con una cara de tonto bárbara. Porque tengo cara de tonto, ¿no?

La tía Tita me contó que vas al jardín y que tenés muchos amigos con los que jugás. Además, me contó que te gusta mucho escuchar música, que ya manejas el tocadiscos muy bien y un montón de cosas más.

El otro día, mamá Delia me escribió una carta y allí vos dibujaste a Mickey, a Freddie, a Morty, a Donald, a Minnie y a Margarita. Me gustaron mucho los dibujos y espero que otro día me vuelvas a hacer algunos otros así los guardo. Yo te mando también un dibujo. No sé dibujar pero vos decime si te gustan o no.

Bueno, ahora me despido de vos hasta la próxima carta. Otro día voy a contarte qué estoy haciendo yo, quiénes son mis amigos y muchas cosas más. Te mando un montón grandote de besos y todo mi cariño. Chau.

Esteban

6. CARTA DE ESTELA

Querido Natalio:

Si estás leyéndome significa que papá tuvo éxito. Incluí la carta en un sobre que envié a su casa, oculta entre poemas de Ismael y cartas innecesariamente largas para mis padres. Como verás, escribo más de lo necesario sólo para que me leas. Ese es nuestro secreto. Por otro lado, espero que la visita de papá no te incomode; él tiene un ojo avizor y se cuidará de que lo sigan.

Te cuento que con Ismael fuimos trasladados a una colonia cuyo paraje desconozco. Vivimos en una cabaña rodeada por vastas extensiones de campo y médanos. Nuestros vecinos más cercanos están a un par de kilómetros. Me siento totalmente ajena a este lugar, que según los locales se torna más desértico año tras año. El clima es demasiado seco y ventoso. Ayer se levantó un temporal y voló un montón de arena. Debimos trabar puertas y ventanas.

Para amortiguar la soledad, los fines de semana me reúno con los colonos en la iglesia del pueblo. Al igual que yo, ellos fueron separados de sus familias pero llevan años viviendo aquí y se adaptaron a una vida completamente insular. Visten de un modo peculiar, con ropas antiguas y

holgadas que me recuerdan a los menonitas. Al principio se mostraron fríos y distantes conmigo; desconfían de los recién llegados porque dicen haber roto su vínculo con el pasado y nos juzgan, no sin razón, como gente violenta. Pero de a poco van mostrándose solidarios y me integran a su comunidad, donde la religión cumple un papel esencial.

Precisamente sobre esto quería escribirte hace tiempo, y por favor no creas que me volví loca. Los colonos rinden culto a una divinidad extraterrestre; hicieron un sincretismo del catolicismo con esta divinidad. Según ellos, los extraterrestres vienen a salvarnos y se presentan periódicamente bajo la apariencia de ángeles. Por eso construyeron iglesias en todos los campamentos: para asistir a los ángeles cuando se anuncia una llegada.

Los feligreses concurren al sitio anunciado y estas entidades descienden en una nave con forma de huevo. Al menos eso escuché, pero no sé cómo se enteran de cada llegada. Y para acceder a esos lugares cuentan con personas adiestradas que reclutan de los asentamientos aledaños. Con ellos se estableció un vínculo de servidumbre; hacen lo que los colonos ordenan. Es lo más desagradable del lugar y si a eso agregás los ropajes... ¡parece que estoy en el Medioevo!

Retomando. Los primeros días los colonos asisten a los extraterrestres, pero ellos crecen rápido y parten a mezclarse entre los mortales para preservarnos de la autodestrucción. ¡Ellos no son nuestros enemigos! ¿Podrías creerlo? A mí casi me convencieron.

La última aparición tuvo lugar en este destacamento hará cosa de tres meses, a poco de haberme instalado.

Nadie quiso decirme dónde fue, pero esa noche oí gritos y explosiones, seguidos por una serie de cánticos que me mantuvieron en vela. Lo escuché todo tan claro que no me extrañaría que haya ocurrido aquí cerca.

Los feligreses dicen que estos seres, ángeles o como quieran llamarlos, vienen de un lugar remoto llamado Cupol. Cada tanto, a uno de los feligreses se le concede el privilegio de viajar a Cupol. Ninguno regresa, porque para el Nuevo Evangelio de los colonos aquel lugar es el paraíso.

Actualmente, los colonos están empeñados en convertirme a su credo. Claro que yo no oculto mi escepticismo, pero ellos siempre quieren tener la última palabra. Cuando manifesté mi fe católica durante una conversación, me respondieron que Cristo había sido mitad humano y mitad extraterrestre. Dijeron que fue el más exitoso de los experimentos, porque dio su vida por la raza humana.

Los colonos afirman que hace treinta mil años los extraterrestres empezaron a inocular su ADN en individuos escogidos al azar. De los mamíferos al Homo Sapiens, pasando por los fallidos Neanderthal y Cromañón, cada paso evolutivo fue un ensayo y error. Después, aceleraron el proceso preñando a María. Eso explicaría los milagros de Jesús, y su inmortalidad. ¿Qué te parece?

(No es la primera vez que escucho estas cosas. En su libro Genesis Of The Grail Kings, el historiador Laurence Gardner, maestro masón de la Gran Logia Unida de Inglaterra, asegura que Adán y Eva fueron un híbrido de la misma naturaleza. A su vez, Adán y Eva serían los ancestros de una prole de líderes

iluminados, que se remonta a los reyes de la antigua Mesopotamia. ☼)

Me cuesta dar el brazo a torcer, pero cada vez me convengo más de que hay algo cierto en todo esto. El otro día conocí a un cura de barrio, ahora convertido a la Iglesia de Cupol. Al consultar su opinión me dijo que no existe ninguna evidencia, aunque me haría bien sumarme al rebaño. También me recomendó tomar la droga que acá circula para calmar la ansiedad. Me sorprendió. Nunca imaginé que aquí consumieran droga. Según el cura, la toman todos los colonos, incluso él, y en algún momento va a ofrecérmela. Quiere asegurarse de que puedo guardar el secreto, pero como verás (río), no soy muy confiable.

El hecho es que, según el cura, la droga es más que un tranquilizante. Dice que abre un canal que nos comunica con un plano místico, que ayuda a llegar a Dios. Después, miró al cielo y dijo algo así como: “somos parte de un plan mucho más grande; mirá, sino, los colores del cielo al atardecer.” Me encantó la frase y cómo la dijo.

Al otro día volví a encontrármelo. Me confesó que había sido un cura tercermundista y hasta participó en algunos atentados. Dijo (lo recuerdo bien): “es difícil volver de eso, pero se puede”. Y me guiñó un ojo.

Cuando le pregunté sobre la convivencia con los militares, me reveló que no son muy queridos aquí, menos aún por los extraterrestres. Cada tanto buscan sacárselos de encima mediante ardides como la desertificación, tan incómoda para sus lujos y su tradición ganadera, o

haciendo volar cuarteles, como un incidente que ocurrió aquí cerca.

Ahora se preparan para una nueva aparición. Están entusiasmados. Dicen que el ciclo de apariciones aumentó, pero los seres más importantes ya llegaron. ¿Qué habrán querido decir? Son muy crípticos, ¿sabés? Aunque me lleve mucho tiempo voy a conocer todos sus secretos y ahí veré si me uno a su *rebaño*... como ellos dicen.

Antes de despedirme quisiera hablarte de Ismael. Hace demasiado que no lo ves. Está enorme y su mirada se parece cada vez más a la tuya. Es también un poco melancólico, como vos, pero tiene los pies en la tierra y en esto, disculpáme, se parece más a mí (sonrío).

Ismael te tiene presente. Me pregunta cosas de vos, quiere ver fotos... Como habíamos convenido, cree que te ausentaste por un trabajo, así que invento cosas de tu vida, le explico que tenés un gran proyecto... Me cuesta mucho mentirle, sobre todo al asegurarle que vas a volver. Entonces me pongo tan mal salgo que salgo a descargarme afuera, donde sólo puedan oírme los bichos del campo.

A veces no soporto la angustia y visito a mi vecina más cercana, una mujer solitaria que vive junto a su hija a dos kilómetros de aquí. Su nena es preciosa, de ojos celestes y acuosos, casi transparentes.

La mujer perdió a su marido durante una tarea que fue filtrada. Desde entonces, odia a la guerrilla y se convirtió en una ferviente religiosa. Es, de hecho, la persona que más me alienta para unirme a la iglesia.

Sobre esta mujer circulan varios rumores. Algunos dicen que mantuvo relaciones con un ángel. Otros dicen que tiene algo especial y por eso la veneran. Yo nunca me atreví a preguntarle nada, aunque aguardo el día en que surja el tema.

Su hija Tara se lleva bien con Ismael. Suele venir a jugar y de vez en cuando salen a correr por el campo. A veces viene de noche y entonces me preocupo. Aquí, cuando cae el sol se oyen toda clase de ruidos. No es que tenga miedo, pero en esta soledad hasta el vuelo de una mosca logra inquietarme. Y hablando del tema, hace rato que los chicos no regresan, así que saldré a buscarlos.

Como te decía, estoy bien, pero te extraño mucho. Si bien es imposible vernos, me tranquilizaría tener una señal tuya, algo que me haga saber que estás bien.

Al atardecer, todos los días salgo a mirar el cielo, como dijo el cura, para sentirme parte de algo más grande. Y a veces, entre tantos colores, creo distinguir tu cara a lo lejos, que me sonrío.

Te recuerdo siempre,

Estela

Primer domingo de Adviento, Destacamento 154.

☼: Por el estilo y la caligrafía, la acotación pertenece a Florián, pero la información no pudo ser de otro que Mariano Puente (Nota de Esteban).

7. DIARIO DE FLORIÁN III

Alrededor de las cinco cayeron las primeras gotas. Diez minutos más tarde, la ciudad era sitiada por un aguacero. El servicio meteorológico había previsto lluvias, pero no esto. La gente salía fastidiosa de las oficinas, empuñando un paraguas o corriendo a buscar refugio en las paradas de colectivo. De todos modos, hasta un diluvio era preferible al calor que nos estaba cocinando.

Caminaba a paso lento cuando escuché un trueno terminal, capaz de abrir el cielo para empezar el reparto del Apocalipsis. La tormenta redobló su furia. Faltaba una cuadra para llegar al edificio de inteligencia cuando me detuve a fumar al amparo de un alero. Me desabotoné la camisa, que estaba empapada en sudor. El calor húmedo molesta más que la lluvia.

En la entrada del edificio había un conscripto con cara de bobalicon, a quien mostré mi credencial. El chico me dejó pasar, indicándome el camino. “Lo conozco, gracias”, le respondí y subí al trote la escalera de madera. Al llegar al segundo piso vi la puerta abierta del despacho del coronel. Cuando entré, la atmósfera era surrealista,

digna de una pintura de Gerard Dou, Vermeer o Jan van Eyck. En la penumbra apenas vislumbraba al coronel; me ayudaron a imaginarlo la estela del habano que fumaba y los destellos de su vaso de whisky, que reflejaba la iluminación exterior.

–¡Florián! Estaba esperándolo; siéntese por favor – me recibió borracho y a los gritos. Se tragó una doble medida de whisky, inclinó el voluminoso pecho en el escritorio y me clavó los ojos–. ¿Quiere un trago?

–No, gracias; cuénteme. Estoy ansioso por saber qué pasa.

–Lo llamé por el tema de la droga. Estamos esperando un cargamento para interrogar a los activistas. Pudimos comprobar que una sobredosis provoca esquizofrenia pero una dosis monitoreada causa sumisión y control. Lo comprobamos con nuestros soldados. Quedan estúpidos, chupando esos pseudo anabólicos como si fuesen naranjas. El otro día uno se nos fue de las manos. Estaba paranoico. Subió a un auto y condujo en círculos; se llevó puesto a uno de los oficiales. A otros les dio por un delirio místico. Se fueron dando una bendición, diciendo que no entendían cómo habían llegado acá. En cuanto a los guerrilleros que secuestramos, según lo que leí responden bien.

–Ajá –nada de lo que contaba me concernía–. ¿Entonces?

–Vamos a implementar interrogatorios a base de la droga y me parece importante que usted colabore, ya que conoce la droga, conoce a la guerrilla y tiene amplia expe-

riencia en interrogatorios –propuso. Al verme dubitativo, añadió–. No se preocupe, nadie va a reconocerlo. La idea es que nos ayude a descubrir quién contrabandea droga en los regimientos. Usted presenciará los interrogatorios desde una cámara Gesell, y además no habrá excesos. Vamos a sacarles información pero van a volver sanitos...

Su propuesta me incomodó. Habiéndome infiltrado entre la resistencia yo ya estaba bastante comprometido. Por otro lado, como agente de Interpol mi tarea era custodiar la contienda sin comprometer a ningún bando.

–Espere, eso escapa a mi competencia –le advertí.

–Claro, por eso se lo pido. Pero además... Oiga, ¡no se haga el moralista! –me largó humo en la cara–. ¿Prefiere que volvamos a interrogarlos con los viejos métodos? De este modo al menos disfrutaban un viaje.

–No era parte del trato.

–A usted lo carcome la culpa, Florián, pero no ve todo lo bueno que hizo por ellos, como enseñarles tácticas de combate –dijo y se quedó pensativo–. Mire, voy a hablar claro. El plan de introducir aquí anabólicos adulterados, eso que llaman Prophet 5, era útil a la resistencia por sus efectos colaterales: esquizofrenia alucinatoria, fallas en la memoria que perciben como *dèja vu*, ideas mesiánicas... Algo similar a los cócteles lisérgicos que tomaban los hippies, un viaje...

–Seguro, un viaje de ida y vuelta. No me haga reír.

–Bueno, en algún momento la información se filtró y nos hicimos los boludos. Tuvimos un interés experimen-

tal en la droga y estimulamos su consumo, usted sabe, usando a nuestros hombres como cobayos –el coronel se sirvió otro vaso de whisky. Tenía una borra–chera melancólica. En penumbra parecía una madona de van Eyck; una madona grotesca.

–Pero el experimento terminó al comprobar que la droga no potencia a los soldados, más bien hace todo lo contrario –dijo y suspiró un vaho de alcohol–. La droga es esencialmente subversiva; sirve mejor a la resistencia. Al mismo tiempo, las altas dosis que toman los soldados nunca provocarán una iluminación colectiva, como pretende la guerrilla.

–A los guerrilleros les importa un pito si sus soldados se convierten en Einstein; usted conoce su objetivo, se lo dije mil veces.

El coronel me miró con bronca, como sintiéndose superado.

–El objetivo es conseguir un suicidio en masa, echando droga al agua de los regimientos –le expliqué–. Es lo último que sé.

–Claro, pero mientras la guerrilla siga infiltrada, y para ello no contamos sólo con usted –me confesó–, eso no ocurrirá. En cuanto a nuestros *drug tests*, eran dosis altas pero controladas. No solamente permitimos su contrabando aquí, sino también en las colonias. Y como máximo comprobamos que los sujetos deliran, se vuelven loquitos. En definitiva, si los guerrilleros esperaban que un psicótico cargue a medio batallón...

El coronel bebió su último trago de whisky y siguió jugando con el hielo adentro de la boca.

–No, lo que me preocupa es que la droga abrió un mercado negro dentro del ejército. A la larga quizás eso sea tan dañino como el golpe que estaban planeando.

–Quizás el poder adictivo es demasiado grande –le contesté–. O quizás usted sospecha bien y hay varios infiltrados en el ejército, pero no lo creo. Esto parece más un juego que una táctica de combate.

–Puede ser. Pero lo seguro es que en algún momento el asunto se nos irá de las manos. Por eso necesitamos mayor control, y no vendría mal que usted vuelva a operar desde las sombras, coordinando el flujo de droga.

El coronel bajó la vista, consternado.

–Porque mire, la droga nos llega a diario; su circulación crece día a día. Ya le dije, la compran hasta los colonos, así que imagínese... No sabemos adónde llega su consumo. A esta altura, la pregunta no es quién sino quien no la consume. Por ejemplo, usted mismo...

Sentí que me desmayaba. Al abrir los ojos me encontré celebrando un asado entre desconocidos. Parecía una reunión de amigos. Había tres hombres haciendo asado en el patio de una casa y adentro estaban sus parejas, mirando televisión.

Era de noche y el sonido del televisor se filtraba a través de la puerta de malla metálica. En el informativo decían que un tal Robert Mugabe había ganado las elecciones a primer ministro de un país llamado Zimbabue. La

noticia fue bien recibida por las mujeres. Una de ellas se hizo eco de la novedad a los gritos; se dirigía especialmente a su marido, y otra mujer hizo un chiste, también dirigido a él. El muchacho en cuestión era un morocho de rasgos africanos y pelo largo, ensortijado. Tenía cara de bueno. Coincidentemente, lo llamaban Angelito.

–Suerte que podemos estar en cueros para mitigar este calor –decía con una sonrisa entre cándida y picaresca–, mientras a ellas no les queda otra que sudar en sus vestidos. ¿No es otra de las prebendas que dio el Creador a nuestro género?

Entraron a cargarlo, a decirle feminista y cosas por el estilo. Junto a él había un gordito de anteojos y un tipo alto y delgado, de miembros huesudos y piel curtida por el sol, que contrastaba con su barba y pelo cenicientos. Le decían Quijote, y estaba a las risotadas mientras palmeaba a Angelito con cariño. Parecía el anfitrión. De a ratos me miraba serio. No parecía complacido con mi presencia. Incluso, dio la impresión de que estábamos midiéndonos, tratando de no alterar el buen clima del asado.

Dejé de prestarle atención y eché un vistazo alrededor. Atrás de la parrilla, en un lugar parquizado adonde apenas llegaba la luz de las bombitas, había un cafetal medio podrido y al verlo me invadió una gama de sensaciones, porque con el cafetal llegó el olor a grasa de la carne, a leña quemada, a vino tinto.

Cuando volví al grupo, el Quijote apoyaba las piernas a cada lado del banco y me miraba de soslayo mien-

tras fumaba. Tenía los ojos entornados, quizá por efecto del humo, pero su gesto era desafiante y le sostuve la mirada por un rato que pareció una eternidad. Después, liquidó el vino y se levantó.

–Dale rata –me dijo–, lleváme de una buena vez; ya me cansaron tus jueguitos. Lleváme con tus amigos para que sepan lo que es un hombre.

–Tené cuidado, Quijote. No abuses de tu buena suerte –le contesté–. No crucés la raya que a mí me basta con levantar el teléfono.

–¿Te creés que tengo miedo? –respondió nervioso–. Lleváme. Dale que en una de esas te ganás un ascenso. ¡Dale carajo! –gritó y me empujó–. ¡No seas pusilánime!

Cuando volvió a embestirme le di un golpe en el pecho que lo envió rodando bajo la parrilla. Se quedó ahí, puteando, y yo me volví hacia la casa, sorprendido por los gritos de las mujeres. Cuando sentí el llamado de los otros apenas tuve tiempo de echarme atrás, porque la cuchilla del Quijote me estaba taladrando la pierna.

Ahí enloquecí. Le pegué una patada que lo arrojó sobre la mesa de caballetes, y se derrumbó junto al tablón, echando a volar fuentes de ensalada, cubiertos y chimichurri. Los otros quedaron duros, ni atinaban a moverse. Después, tomé su cabeza y la golpeé sin parar contra uno de los caballetes. Recién cuando vi mis manos ensangrentadas reaccioné. Le miré la cara y la tenía hinchada; sangraba muchísimo. Las mujeres estaban llamando a una ambulancia. Parecía imposible que fuera a sobrevivir y,

sin embargo, el Quijote habló. Tenía la cara de un muñeco de goma carcomido. Movía la boca tirada por hilos; un ventrílocuo hablaba por él.

—¿Acaso no querías conocer el sentido de la vida? —preguntó, mirándome con dos bolas de billar rojas, resquebrajadas—. Esto es la realidad, todos los sueños y pesadillas, incluso aquello que los perturba —seguía a duras penas, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua—. La realidad no son la tierra y los elementos. Ustedes quieren sentirla, pero tienen miedo, la reemplazan con placebos de saber intelectual... Los sueños. ¡Eso es real! —gritó y escupió sangre, mientras dos perros se acercaron a lamerle el rostro—. Por eso les dimos drogas, para que entiendan de qué va esto. Y también les dimos una religión, para que vuelvan a creer en algo. Para que vuelvan a tener un dios. Cupol, el único dios.

8. EL TERROR DE MARCHETTI

Orquiard se encontraba en un callejón sin salida. De la relectura de los diarios no rescataba ninguna idea acerca de cómo y por qué Esteban desapareció ante sus ojos. Todo lo que obtenía era cierta compulsión por corregir barbaridades gramaticales de las que ni Esteban quedaba a salvo. Se cargó a los gerundios y copulativos más radicales e intentó engalanar frases insulsas (por ejemplo, Florián jamás pudo haber escrito: “Cuando entré, la atmósfera era surrealista, digna de una pintura de Gerard Dou, Vermeer o Jan Van Eyck”).

Faltaban pocos diarios por revisar y Orquiard sabía que estaba prolongando el final. La conclusión podía quedar vacante o ser devastadora. Para relegar esa instancia (que llegaría inexorablemente, de eso estaba seguro), malgastaba el tiempo examinando cada renglón, embelleciéndolo, dramatizando diálogos.

Al caer la noche, tan saturado estaba que apenas tenía sueño. Si el insomnio resultaba indómito, salía de la cama tratando de no despertar a su mujer e iba en puntas

de pie al estudio, para relajarse mirando por la buhardilla mientras por la radio los pastores hablaban como cotorras.

Cierta madrugada encontró al pasatiempo adecuado. Llamaba a la radio haciéndose pasar por cocainómano y pedía al operador que lo pusiera con el pastor de turno. Si lo conseguía, Orquiard narraba sus invenciones en tono pausado y escéptico, lo cual redoblaba el esfuerzo de los pastores por hacerlo hombre de fe. Hubo uno, especialmente llamativo, que se hacía llamar obispo.

—¡La fe en el Divino es curativa, hermano Orquiard! —pontificaba el obispo en español neutro—. Sólo con fe vencerás al maligno.

En esa tarea resultó impecable. Grababa las charlas y cuando recibía la visita de algún amigo lo invitaba a escucharlas. El efecto era devastador: mientras rodaba la cinta no paraban de oírse carcajadas.

Hubo una gran producción de casetes y el éxito fue tal que siempre lo visitaba alguien. Los amigos se sentaban en el suelo y al llegar las imploraciones se revolcaban por la alfombra, hacían chistes y volvían a escuchar la grabación. Pero después, al quedar solo, Orquiard sentía culpa. Y si le ocurría un contratiempo se ponía supersticioso. En el fondo, creía que los pastores eran gente poderosa y sin mover un dedo podían cobrarle la humorada.

Entonces ocurrió algo impensado. Cierta tarde, mientras viajaba en colectivo, le pareció ver a alguien con las mismas características del hombre de Cupol: aquel que

los diarios describen como de edad indefinida y tez morena, como de sombra, cara inescrutable, ojos azules y fríos, mirada penetrante, que viste guayabera y un sombrero de alas anchas, estilo mexicano. El sujeto estaba de espaldas, mirando un puesto de diarios. Verlo no hizo más que intensificar su ansiedad y al día siguiente decidió visitar al diariero para sacarle información.

En principio, le costó tomar coraje, pero al final se decidió y tuvo suerte, porque ni bien llegó el viejo estaba cerrando el puesto. El hombre lo miró con cara de pocos amigos, como suelen hacer los diarieros cuando intuyen que uno no va a comprar nada, que simplemente va a cargosear. Entonces, Orquiard explicó que al pasar por allí la tarde anterior vio de pasadas a un hombre de sombrero que conocía, alguien que no veía hace mucho.

–¿Usted me habla del doctor Jiménez? –dijo el diariero, con el tono de quien está por perder la paciencia.

–Sí, busco al Doctor Jiménez –respondió Orquiard, sin tener la menor idea de que el hombre de Cupol se llamaba Jiménez, y que encima era doctor.

Antes de que el diariero sospechara algo, Orquiard inventó que Jiménez era un pariente lejano; le dijo que ambos tenían un primo hermano que andaba muy enfermo y necesitaba verlo para ponerlo al tanto. La mentira ablandó un poco al viejo, y entonces contó que en realidad sabía poco de la vida y paradero del tal Jiménez, salvo que era psiquiatra o psicoanalista, y que venía una vez al mes para comprar la publicación mensual de la Asociación Co-

lombófila, y también, de vez en cuando, alguna revista pornográfica. Dicho esto, Orquiard empezó a dudar que estuvieran hablando de la misma persona.

–Permítame aclarar la situación, buen hombre – trató de interpelarlo con tacto–. Hablamos de un sujeto de edad indefinida y tez morena, como de sombra, cara inescrutable...

–... ojos azules y fríos, mirada penetrante, que viste una guayabera y un sombrero de alas anchas, estilo mexicano –completó el anciano, fastidiado.

Bueno, entonces no había dudas: el doctor Jiménez era el hombre de Cupol. Como información adicional, y cuando notó que esquivaba su mirada ex profeso, plegando las puertitas para echarles candado, el diariero dijo que Jiménez se había establecido hacía poco en la zona, y entre sus pacientes estaba el señor Wenceslao Marchetti, un profesor de inglés con quien la cosa no había terminado bien.

Orquiard estuvo tentado de pedirle la dirección de Marchetti, pero cuando vio la cara del viejo al cerrar el puesto prefirió dar las gracias y siguió caminando. De vuelta en su casa, buscó la dirección en la guía telefónica: Viena 350. Se acostó temprano y a la mañana siguiente, tras una ducha, salió a caminar y encontró la morada. Era una casa antigua, venida a menos, blanqueada con cal y con el rastro de brochazos desprolijos. La entrada era una puerta grande de madera, y arriba había un balcón ventana abarrotado de macetas.

Orquiard tocó timbre pero tardaban en atenderlo. Insistió con un par de timbrazos firmes, apostando con fuerza el índice sobre el botón, pero todo seguía en silencio. Iba a marcharse cuando escuchó unos chistidos, y tras mirar al balcón se sobresaltó. El que chistaba tenía una escafandra en la cabeza y una corona de ajos colgándole del cuello. Además, empuñaba un rifle en una mano y una pulida estaca en la otra.

—¿A quién bufca? —lo interrogó el extraño con voz distorsionada por la escafandra.

—Buen día, buen hombre —saludó cortésmente Orquiard, algo paralizado por el dantesco espectáculo—. Estoy buscando al señor Wenceslao Marchetti.

—Foy shhho. ¿Qué defea?

—Qué tal Marchetti. Desearía conversar con usted. Es acerca de alguien que los dos conocemos. Su nombre es Jiménez; doctor Jiménez.

No terminó de pronunciar aquel nombre cuando Marchetti arremetió con una andanada de perdigones. Una bandada de palomas, que andaba picoteando porquerías en el suelo, voló espantada; segundos después, una torcaza caía en picada al suelo.

Marchetti cerró el balcón y siguió gritando obscenidades desde adentro.

El tipo era un loco peligroso. Orquiard no sabía si olvidar el asunto o indagar un poco más, a riesgo de ligar un perdigonazo. Pero intuyó que la intriga iba a carcomerlo e insistió golpeando a la puerta.

–¡Wenceslao! ¡Abra por favor! Vengo como amigo. Los dos fuimos perjudicados por el doctor... –y se abstuvo de volver a pronunciar el nombre.

–*¿Quién le dio mi dirección?* –gritaban al otro lado de la puerta, y de la escafandra.

–El diariero que trabaja a cuatro cuadras. Nos conocemos desde hace tiempo y me contó que usted tuvo algunos problemitas con este señor...

–*¡Un hijo de puta!*

–Tal cual. Y déjeme decirle que conozco a un par de personas que fueron perjudicadas por él. Así que vine para conocer su tema, a ver si juntos podemos hacer algo...

Segundos después, la puerta se abrió y ahí estaba la escafandra con Marchetti adentro. Era un tipo petizo que, algo más sosegado, lo invitaba a pasar.

–*Pafe y pongafé cómodo* –dijo.

Mientras atravesaban el zaguán, decorado con estampitas de santos y floreros de notable mal gusto, Orquiard cayó en la cuenta de que el lugar era una auténtica romería. Había cosas tiradas por el suelo, platos sucios de comida y gatos que lo miraban entre intrigados y molestos por su visita. Pero lo peor era el olor a fritanga que llegaba de la cocina. Realmente, no daban muchas ganas de entrar ahí, reflexionó, mientras un gato le refregaba el lomo en las piernas.

–*Fon buenitos, no hafen nada* –informó Marchetti. Para Orquiard hubiera sido mejor ir a tomar un trago.

–Venga, vamos a la cocina –añadió–. Eftoy haciendo unas rofquitas de pascua, y las podemos acompañar con un vinito.

Ya en la cocina, Orquiard creyó entender por qué el sujeto tenía una escafandra, aunque vivir con una escafandra no resiste ninguna excusa. En efecto, aparte del olor, sin ventilación a la vista el aire del lugar estaba viciado. Marchetti debió echar al menos tres litros de aceite para freír las rosquitas de pascua. Las sartenes bullían como un volcán que escupe lava y la grasa salpicaba las paredes en una especie de salto en garrocha.

El anfitrión descorchó una botella de vino, se desplomó cual peso muerto en una silla y abrió el visor de la escafandra.

–¡Uff! Mucho mejor así; no podía respirar –exclamó, como si la cocina fuese una pradera.

Orquiard miró la cantidad de rosquitas que lo rodeaba. Alcanzaba para un batallón.

–¿Espera gente? –le dijo.

–¿Cómo? Ah, es que llevo varios días sin comer –respondió Marchetti con naturalidad, y se quedó examinando los manchones de grasa–. Parece que tendré que limpiar –conjeturó.

–Así parece –murmuró Orquiard, más aliviado tras escucharle algo coherente–. La escafandra... ¿no sería mejor sacársela? Se me ocurre, si no lo toma a mal.

–No, no, desde luego –contestó con doble negación de nervioso y, tras sacársela, Orquiard descubrió a un individuo orejudo, de ojos saltones y alertas–. Siéntese, por

favor. Ante todo querrá saber por qué me puse una escafandra, ¿no es cierto? –acotó.

–Cierto –reconoció Orquiard. Y así, tras asentir con la cabeza, el profesor relató la historia de la escafandra.

–Cuando era chico, una tarde de mucho calor, mi tío me llevó a pescar al río –arrancó remontándose en el tiempo, cosa de tener a su interlocutor en vilo–. No era que a mí me fascinara la pesca, la verdad, pero él se fanatizaba, era de esos tíos entusiastas, que disfrutaban impartiendo conocimientos. La cuestión es que salimos en una lancha de fibra de vidrio flamante, recién comprada; mi tío la adoraba...

–¿Era buena la lancha?

–Una lanchita de morondanga. Pero acá viene lo bueno, porque no pescábamos nada y de golpe el cielo se oscureció, como cuando amenaza tormenta. Justo entonces el tío picó algo. Tiraba y tiraba con fuerza, pero nada; la cosa venía brava y recuerdo que dijo, «Mirá Wenceslao, que este trofeo pinta grande y los viejos nos van a recibir con aplausos». Y la verdad, no sé si tendré un sexto sentido, porque sabía que con aplausos no iban a recibirnos, más bien lo contrario...

Volvió a mirar las paredes decoradas de estalagmitas, y siguió:

–En un momento lo vi al borde de la lancha, puteando a lo pavo. Parecía que el bicho iba a llevárselo con lancha y todo, pero el tío, que era cabezón, Dios lo tenga en la gloria, se empecinó y dio vuelta la cosa. Yo creí que

tenía al bicho dominado. Seguía puteándolo y se reía con cara de loco, cuando le vislumbré cara de pánico, porque del río asomaba un sábalo de unos cuatro metros, como esas ballenas que hacen volteretas en el sur. Y habrá durado un segundo, pero recuerdo que el sábalo miró al tío a los ojos, bien fijo; fue una mirada desafiante, y después hizo un clavado en la lancha que la partió y nos mandó a los dos por el aire.

Marchetti pausó el relato. Jugueteó con la mirilla de la escafandra, nervioso.

—Yo habré perdido el conocimiento, porque lo último que recuerdo es que el tío me hacía respiración boca a boca. Estábamos a orillas del río y me decía, «Quedáte tranquilo hijo, que al culeado ese lo achuré a cuchillazos como hubiera hecho Tarzán». Pero al final, nadie supo nada del sábalo acuchillado. Y no sé quién habrá jodido a quién, porque los meses siguientes el tío anduvo en muletas, con un brazo entablillado...

En cuanto a Wenceslao, lo que hubo de traumarlo de por vida fue ese lapso en que perdió el conocimiento y estuvo a punto de morir ahogado. Los primeros síntomas se evidenciaron cuando los padres lo enviaron a la colonia del club de barrio. Ni bien entró a la pileta de natación empezó a berrear y saltar como si estuviera quemándose (cosa de lo más paradójica, pero así son las fobias). Fue tal el ataque que noqueó a un par de pibes mientras intentaba escapar de la pileta.

El profesor creyó que el chico tenía miedo de ahogarse, y recomendó a los padres que le compraran un juego de snorkel para respirar bajo el agua. Pero se nota que los padres entendieron todo mal, porque a la segunda clase Marchetti apareció con una escafandra. Ni bien bajó del vestuario resultó el hazmerreír de todos, en especial de los que había noqueado la clase anterior, que le arrojaron manoplas, barrenadores y demás accesorios acuáticos. La cargada contagió hasta al profesor, que se sacó una foto con Marchetti para tener de recuerdo.

Huelga decir que tras el incidente Wenceslao abandonó la clase (y después, la colonia). Pero lo peor estaba por venir, porque en la retirada subió al vestuario con tal mala suerte que en el último peldaño chocó con la encargada de limpieza, cuyos gritos de espanto asustaron al propio Marchetti, quien perdió el equilibrio y cayó rodando por la escalera.

Pero así como la escafandra fue su espada de Damocles, también fue el objeto que lo salvó, amortiguando los golpes. Y entonces, desde aquel episodio, cada vez que Marchetti vive una situación traumática se protege con la escafandra. Apareció así disfrazado durante el funeral de su tío (en la tumba, recuerda, habían puesto una estatua del hombre alzando al sáballo como trofeo) o cuando se presentó a los últimos finales del instituto de inglés. Y lo estaba haciendo ahora, presumiblemente, tras haber conocido al doctor Jiménez, alias el hombre de Cupol. O viceversa.

–Bastante singular, lo suyo –concluyó Orquiard, admirando la escafandra que descansaba en la mesa cual pieza de museo.

–¿Y cómo conoció a Jiménez? –le preguntó, y ahí nomás tuvo que atajarlo, porque iba directo a ponerse la escafandra.

–Una tarde –comenzó sin apartar la vista del cachivache– pasaron un volante debajo de la puerta que decía: “Doctor Jiménez, psicoanalista a domicilio”. A mí me resultó raro: primero, que un psicoanalista repartiera volantes, y segundo, que atendiera a domicilio. Pero bueno, me dije, ¿por qué no probar? Y lo llamé. Porque como usted verá, todavía hay cosas no resueltas...

El profesor de inglés acercó a Orquiard un plato de rosquitas de dudosa apariencia, y siguió con la historia. Todo empezó el día en que recibió el volante, con un llamado telefónico a Jiménez. Parecía decidido, pero una vez concertada la cita entró a dudar sobre la conveniencia de traer a un desconocido a su casa. Ese remordimiento lo torturó toda la noche, casi no lo dejó dormir. A la mañana siguiente, estaba tan nervioso que los minutos duraron más de lo habitual.

La cita era a las diez. A las nueve y media no resistió más y se puso la escafandra. Estuvo oculto tras la puerta, espiando por las mirillas (las de la puerta y la escafandra), congelado como una armadura medieval, cuando escuchó el motor de un auto que venía corcoveando. Era

un Gordini blanco, y su conductor estuvo un buen rato haciendo maniobras, como si no acertara a leer la numeración de la casa.

Marchetti estuvo por salir a buscarlo, pero se le ocurrió que esas irresolutas maniobras podían significar un augurio, y prefirió aguardar el desenlace. Mientras, le hablaba a uno de los gatos para calmar la ansiedad.

Ya estaba medio olvidado del asunto cuando sonó un timbrazo que lo hizo saltar del susto, susto que consecuentemente espantó al gato. Abrió la puerta con las manos temblando y encontró a un hombre con un sombrero de paja de alas grandes, estilo mexicano, de mirada penetrante...

—... que viste una guayabera y tiene ojos azules y fríos, cara inescrutable, edad indefinida, tez morena, como de sombra —completó Orquiard.

—Y claro, es la sombra que da el sombrero —retrucó el otro dejándolo en *offside*, con uno de sus intermitentes raptos de sentido común.

—Cierto...

—Además no usaba guayabera. Vestía una levita gris topo.

—¿Una levita gris topo?

—¡Sí! ¿Lo conoce? —preguntó espantado.

—No. Pero siga contando.

Ni bien entró, y con poco tacto ante la evidente vulnerabilidad del paciente, Jiménez reprochó la deficitaria numeración de la casa y pasó a elucubrar una rebusca-

da asociación entre ese velo y el de su cara, oculta tras la escafandra. Impresionado por la chicana psicoanalítica, Wenceslao atinó a abrir el visor para hablar con claridad.

–Póngase cómodo, doctor –le invitó amablemente–. Y quítese el sombrero, si lo desea.

–No si usted antes no se quita la escafandra –respondió el otro vaya a saber en qué tono, pero a Wenceslao le pareció que estaban empezando a cargarlo–. ¿Por qué anda con ese aparato en la cabeza...?

Una vez que repitió por enésima vez la anécdota del sábaló, Jiménez estudió a Marchetti como un objeto de tasación y dijo que lo recomendable era hacer terapia de diván; a lo cual Marchetti respondió que le parecía bien, haciendo la salvedad de que en su casa había tan sólo un diván y generalmente estaba ocupado por gatos. Como el analista no veía relación alguna entre la terapia y los gatos, Marchetti explicó que los felinos se habían apropiado del lugar hacía años, e iba a costar no poco esfuerzo desalojarlos. Jiménez lo escuchó impertérrito.

–No se preocupe, querido amigo. Yo me hago cargo –aseguró el analista, y no hizo más que acercarse al diván cuando los gatos pegaron un maullido y huyeron espantados, como si hubieran visto al King Kong de los doberman.

Mientras buscaba lógica al asunto, Marchetti sacudía los pelos adheridos al diván a puro golpe de franela, en tanto Jiménez examinaba las baratijas del zaguán. Cuando terminó de limpiar, Marchetti trajo un cojín del

dormitorio y se recostó, esperando que el analista haga lo propio. Éste agarró una silla y se ubicó a la cabecera.

–¿Está cómodo así? Digo, con el cojín bajo la escafandra.

–No va a parar hasta que me la saque, ¿eh? –se quejó Marchetti, mirándolo cabeza abajo.

–Bien, entonces, ¿cómo era lo de la escafandra? ¿Es una manía reciente o viene de larga data? –le preguntó informalmente, en tono de cargada. Y Wenceslao, que nunca había tomado lo suyo como un chiste, creyó que Jiménez estaba resultando un tapado. Recién ahí entró en confianza, a punto tal que, mientras contaba la historia de la colonia, se sintió aliviado y retiró el amuleto de la cabeza.

–Muy bien, ahora démela – solicitó Jiménez, boca abajo.

–¿Para qué?

–Si no me la da no tiene gracia –replicó el doctor, algo parco.

Marchetti le pasó la escafandra como si entregara un diploma, y entonces empezaron los problemas.

–Perfecto. Ahora contáme, ¿qué están tramando? –preguntó Jiménez, cambiando radicalmente el tono de voz. Un par de felinos habían entrado en confianza y saltaron al diván.

–¿Los gatos?

–No te hagás el mosquita muerta... –susurró Jiménez en tono amenazador, y Wenceslao vio como se arri-

maba cabeza abajo, con los ojos azules chispeando sobre el sombrero.

–Espere, espere que no le di tanta confianza.

Seguidamente, cuenta Marchetti que el doctor, demostrando una fuerza sobrehumana, levantó el diván como si fuera de hule y lo cargó en el hombro hasta el baño. Una vez allí, sujetó a Marchetti con una mano mientras con la otra ponía a correr el agua de la bañera. Wenceslao tenía terror a lo que se venía; de hecho, tenía terror mientras lo contaba, y Orquiard tuvo que poner la escandera fuera de su alcance.

–Me decía que era un hijo de puta, que si no cantaba iba a ser boleta y no sé cuantas cosas más. Con eso confirmé que, como mínimo, el tipo no era psicólogo –despotricaba nervioso–. Pero lo que más me aterrorizó fue su cara de loco... y esa fuerza sobrehumana... Se me cruzó que podía ser un vampiro, algo bastante improbable, por cierto, pero no encontraba otra explicación –siguió mientras preparaba un segundo trago–. Ahí se me ocurrió que el único modo de escapar era mostrándole la crucecita que llevo colgada al cuello, que ni siquiera es de plata, pero bueno, algo es algo, y tuve tanta mala suerte, siempre la mala suerte... –se lamentó, y calmó la angustia con un violento fondo blanco–. Tuve tanta mala suerte, decía, que cuando agarré la crucecita este hijo de puta ya estaba metiéndome la cabeza en el agua.

Así empezó un nuevo calvario para el profesor de inglés. El falso doctor le metía la cabeza en la bañera y

lo dejaba ahí unos segundos. Cuando lo sacaba, Marchetti revivía el terror de aquella tarde frente al sábalo gigante, y Jiménez reclamaba nombres, planes, estratagemas. Hasta que Wenceslao, atravesando el mayor brote fóbico de su vida, pudo arrancar la crucecita.

–Ahí se la mostré, arrodillado y de espaldas. Levanté la crucecita y se la puse en la cara, y se nota que eso lo afectó muchísimo, porque pegó un grito de dolor y cayó desmayado –dijo como si relatara un exorcismo, algo que Orquiard interpretó de modo bien distinto, porque lo que sin duda hizo Marchetti fue clavar la crucecita en un ojo de su adversario.

Wenceslao bebió un vaso colmado cual copita de licor y, aprovechando un descuido de Orquiard, volvió a calzarse la escafandra. Tras hacerlo lanzó un suspiro, como si el armatoste fuera un tubo de oxígeno.

–*¡Ahhh! Ahora está mejor.*

–Vamos, no sea chiquilín. Quítese el chirimbolo.

–*¡Ni loco!*

–Haga un esfuerzo Wenceslao, es por su bien. Total, un poco loco ya está.

–*Feré loco pero no boludo* –respondió con los ojos bailoteando, desafiantes. Orquiard escuchó el eco de su risa en la escafandra.

–Piénselo, Wenceslao, ¿acaso no quería curarse cuando lo llamó a Jiménez?

–*¡Y mire cómo terminó!* –retrucó no sin lógica–. *¡Peor a fido el remedio que la enfermedad!*

–Escúcheme, usted debería exponerse a los temores, es la única forma de curarse. Por ejemplo, un buen ejercicio sería revivir el episodio de la bañadera; suméjase todos los días unos quince minutos, para que el recuerdo pierda su carga traumática. O si no eche a los gatos del diván, acuéstese con ojos cerrados y reviva el episodio una y otra vez, sin recurrir a la escafandra. ¡Ni la mire! En pocos días verá que el temor desaparece, así como ese poder mágico que le da a la escafandra. Eso es un ritual que no le conduce a nada...

La cara de Marchetti fue transformándose. Primero escuchaba con curiosidad, incluso con interés, entornando los ojos de huevo; al rato los abrió en toda su dimensión, como maquinando algo, y terminó echando fuego por las pupilas.

–*Vashhafé de aquí* –dijo secamente.

–¿Por qué?

–*Vashhafé cuanto antes, o shhamo a la polifía. ¿Fe cree que foy boludo...? Defde el primer momento me di cuenta de que a ufted lo mandó aquel hijo de puta para haferme pifar el palito.*

–¡Déjese de joder Wencesalo! Al menos abra esa mirilla, que no le entiendo nada –gritó Orquiard.

Pero el vicio pudo más que la psicología, porque al rato Marchetti abrió el visor de la escafandra y deglutió un cuarto de botella por el hueco. De inmediato, se sirvió un vaso colmado y lo liquidó del mismo modo. Se tambaleó un poco en la silla y, cuando pareció que iba a decir algo,

repitió una mezcla de fritanga con tinto que aniquiló a su interlocutor.

–Perdóneme.

–Está perdonado.

–¿Dónde estábamos?

–En que lo despachó a Jiménez. Puedo nombrarlo, ¿no?, ahora tiene el poder de la escafandra.

–Sí, ahora no hay problema –se quedó meditando, como si evaluara la eficiencia del aparato. Luego, vertió lo que quedaba de la botella en un vaso y al terminarlo abrió otra que bebió directamente del pico, con tal habilidad que parecía acostumbrado a esas piruetas.

–Cuando encontré al doctor inconsciente –siguió– ni siquiera atiné a recuperar la escafandra. Me subí a la bicicleta y escapé tan rápido como pude.

–Bravo, sobrevivió sin la escafandra.

–Más o menos, porque a las pocas cuerdas sentí una explosión en la calle, y era que había pinchado una goma. Era increíble mi mala suerte, pero estaba tan aterrado que seguí pedaleando hasta que encontré una bicicletería. En la vidriera había una pegatina que decía: “Se busca bicicletero CON experiencia”, así como le digo, con la palabra en mayúsculas, y al rato iba a entender el por qué. Cuando entré, había una vieja gorda tejiendo en un escritorio, acompañada de un perrazo atado que dormía en un cajón de fruta. Frente a la dueña había un pibe con cara de dormido. Tenía los pelos parados y los ojos cerrados por el sueño. Cada

tanto hacía un gesto extraño, sacudía la cabeza en círculos. La vieja le gritó: “¡Atendé al señor!, ¿querés?”.

Mientras hablaba, Marchetti bebía copiosamente y embadurnaba las rosquitas en un frasco de azúcar antes de llevarlas al buche.

—El pibe agarró la bicicleta asombrado, como si hubiera encontrado un ovni. Encima, la vieja me entró a dar la lata —dijo Marchetti, que apilaba botellas vacías como si fuera a construir algo. Cuando se aburrí, las hizo rodar en dirección a los gatos, creyendo que podrían divertirse—. La vieja me contó cosas su vida, algo que desde luego me importa un pito, pero la escuché por esas cosas, ¿vio? Creí que mi predisposición haría que el trabajo salga más rápido, cosa que desafortunadamente no ocurrió. Y después habló del perro. Dijo que lo tenía encadenado porque la última vez que escapó volvió de la calle enfermo, lo cual era evidente, porque el animal se despertaba únicamente para estornudar. Decía que había gastado una fortuna en remedios; hablaba y miraba al perro, como si fuera capaz de hacerle un reembolso. La cuestión es que cada tanto yo desviaba la atención al pibe, tratando que la vieja no lo notara, ¿vio? Cuando saben que uno está apurado más lento trabajan. Y así, cada tanto espiaba al pibe, que parecía enfrascado en el trabajo, cuando caí en la cuenta de que ni siquiera podía sacar la cámara... Ahí me impacienté, y la vieja lo habrá notado, porque interrumpió el monólogo para pegarle otro grito. “¡Usá la llave inglesa, boludo!”, le dijo. Y el pibe, sin dejar de sacudir la cabeza,

fue a buscar la llave y sacó la cámara. Mientras la vieja siguió hablándome del perro, preguntó por cortesía algo sobre mí, y yo volví a preocuparme, porque el pibe no encontraba la pinchadura. Hundía la cámara en el balde y cabeceaba para localizar los globitos; una tortura. Y así pasó el tiempo, entre el parloteo de la vieja y los estornudos del perro, pero cuando vi que el pibe no podía fijar el parche casi me da un ataque. “¡Agarrá el pegamento de arriba!”, me asustó la vieja con otro alarido. “¡El que está en aquel estante!” Y allá fue el pibe, cabeceando entre los estantes sin dar en la tecla. “¡Lo tenés al lado tuyo, tarado!”, gritó la vieja, cada vez más sacada, y me dirigió una mirada como diciendo, “si pudiera me lo como crudo...”

Marchetti se detuvo con un aflautado eructo. Miró inquisitivamente a un gato que tenía cerca, como preguntándose de dónde había salido, y continuó:

—En fin. Justo cuando el pibe estaba terminando de emparchar la goma, la vieja le pidió un mandado. “¡Mirá!”, le dijo, “¡allá va el doctor! Andá a buscarlo que quiero hablarle”. ¡Un doctor! Imagínese el pánico que me agarró... —exclamó y calmó su ansiedad chupando media botella de un saque—. Por suerte, el que entró a la bicicletería no era Jiménez sino un tipo desgarbado, que vestía un traje dos o tres talles más grandes que él, como si lo hubiera recibido en donación. Mientras entraba, la vieja me contó por lo bajo que el hombre, un abogado, había enviudado hacía poco y ella quería distraerlo con algo de charla, cosa que, pensé, le salía bárbaro. Éste se sentó frente a la vieja y

cuando ella le contó que yo era profesor de inglés, el viudo, con todas las características de un alma en pena, me miró sorprendido, como si yo fuera un premio Pulitzer. Y antes de que empezara a hablarme, mientras ni el perro dejaba de estornudar ni el pibe de dar cabezazos, decidí que era mejor abandonar la bicicleta y escabullirme en alguna parte...

Orquiard lo interrumpió con un suspiro. La historia de Marchetti y su tóxica gastronomía lo estaban mareando.

–¿Y entonces? –animó un cierre.

–Entonces vi una virgencita en un estante. Le pregunté a la vieja si venía con agua bendita y se la compré, creyendo que podía servirme de antídoto contra el vampiro. Salí y habré caminado dos cuadras cuando escuché un auto que tocaba bocina...

–Jiménez.

–Exacto –dijo y levantó la botella para embuchar otro trago, con esa cancha que tenía para introducir el pico en la escafandra. Orquiard escuchaba la transfusión de vino que circulaba por la garganta como mar de fondo.

–El tipo frenó el Gordini y me hizo señas desde la ventanilla, como si yo fuera un mocosito. Me acerqué haciéndome el boludo, con las manos atrás de la espalda para esconder la virgencita. Y en cuanto me dijo que subiera al auto le tiré todo lo que tenía adentro, con tanta mala suerte que en lugar de agua bendita lo que tenía era alcanfor.

–¡Uh! –Orquiard le siguió la corriente.

–Sí –asintió el otro, y aprovechó la exclamación para embuchar otro trago–. El tipo se cabreó y me dijo: “¿Me estás jodiendo?”. Ahí nomás me metió adentro del auto, a los empujones. Noté que tenía un parche en el ojo, no sé por qué, y largaba una baranda a alcanfor terrible...

Marchetti se detuvo en el recuerdo poniendo los ojos en blanco, hasta que Orquiard lo volvió en sí con un golpe en la mesa.

–Discúlpeme. Entonces, este hijo de puta arrancó y se desvió para las afueras de la ciudad. Mientras manejaba me pedía que lo perdonara, decía que podíamos llegar a un acuerdo y blah, blah, blah, pero largaba un olor insoportable y me pareció que se estaba durmiendo. Al final, parece que lo de la virgencita surtió efecto, porque cuando salimos a la ruta se había desmayado sobre el volante, y tuve que apretar el freno antes de que chocáramos con un eucalipto bastante grande.

Marchetti dio un profundo suspiro. Debía oxigenar los hectolitros de alcohol que llevaba en el cuerpo.

–El tipo se había desmayado, pero en cuanto quise abrir la puerta me dijo, “ni se te ocurra”. Lo miré y estaba igual que antes, con un ojo cerrado y el otro vendado. ¡Estaba más muerto que vivo! Ahí me calenté...

Marchetti venía bebiendo de manera sostenida. No terminaba una botella que ya estaba descorchando otra. Y para que la bebida no sorprenda a su estómago vacío seguía empachándose de rosquitas, un banquete que compartía con algunos gatos que, conscientes de la ebriedad

de su dueño, saltaban a la mesa para servirse *a piacere*. Inevitablemente, ese fermento lo fue afectando. La primera señal de su declive fueron algunas palabras que intercaló en inglés (*oh!, you little rascal...*, regañaba cariñosamente a uno de los gatos). Después, al terminar cada frase quedaba con la mirada perdida, la quijada torcida y el mentón colgando de costado, como si estuviera flojo.

—Ahí nomás me calenté —repitió—. Lo agarré fuerte del cuello y le dije (lo agarró bien fuerte del cuello a Orquiard y le dije): ¡hijo de puta, a mí vos no me mandás! ¡Andá a la concha de tu madre! ¡Beeeeeeeeerrrrrrrrrrppp! *Sorry, I beg you, ¡beerp!, pardon...*

—Al menos hable español, por favor —rogó Orquiard mientras se asomaba al living en busca de aire.

—So... ¡Perdón! Entonces... *I can't remember...* ¡Ah sí! ¡Lo del auto! —en otro lapsus, Marchetti daba la impresión de querer reconocerse, por fin, a sí mismo—. *And about the car ¡beerp!... I was so angry, I pulled this motherfucker off the car, I put myself on the driver's seat and drove the Gordini back home...*

Cuando terminó, el desvanecimiento pareció más profundo. Marchetti mascullaba palabras sueltas en inglés; tenía las piernas cruzadas, como un muñeco de trapo al borde de la silla, cada vez más cerca de caerse. Para colmo, había perdido la curiosa habilidad de beber con el armatoste aquel en la cabeza. Ya ni podía embocar el pico. Se pegaba botellazos en la escafandra, hasta que decidió sacársela y, ahí sí, de un plumazo trasegó una botella de

tres cuartos. El gato que había liquidado la última rosquilla y ahora lamía azúcar de la mesa, se quedó mirando al dueño como si fuera la pantalla de un autocine.

–And then I locked the door, I pulled down the blinds and closed myself at home... Uff... ¡Beerp! And the morning after that...

–No le entiendo nada.

–¡Y A LA MAÑANA SIGUIENTE! –gritó molesto por mis interrupciones–. Perdón, a la mañana ¡beerp!, a la mañana siguiente, encontré a este hijo de puta afuera de mi casa. Estaba esperando que yo saliera, cruzado de brazos... Lo veía por la mirilla y me saludaba...

–Wenceslao, usted tuvo suerte –lo consoló Orquiard–. Este hombre, este individuo, no sé cómo llamarlo, es responsable del secuestro y la desaparición de decenas de personas. Es, por otra parte, un individuo bastante especial; es un... extraterrestre –añadió con cuidado, por temor a marearlo aun más–. Leí reportes que hablan de su capacidad para transformarse en un ave o un encarnizado depredador; se infiltra entre la gente y la persuade para siniestros fines; ha secuestrado personas para estudiarlas a bordo de una nave espacial...

Y al ver la cara del hombre, Orquiard se arrepintió de hablar. Marchetti tenía los ojos de huevo desorbitados. La mandíbula desvencijada se enderezó, como si parte del alcohol se hubiera evaporado por el miedo.

–Puede ser, puede ser –repitió irguiéndose, advirtiendo que su orgullo estaba en juego; pero pese a la vo-

luntad que ponía, volvía a desplomarse-. Mire, yo lo único que sé es que... ¡BEEERP!, que me hacía acordar a las películas de terror que veía de chico –añadió mientras descorchaba, con sus últimas fuerzas, la quincuagésima botella de vino-. Incluso... ¡BEEERP! Incluso en un momento, cuando le pregunté si era el amo de Transilvania se me rió... ¡BEEERP!, se me rió en la cara... Y me dijo que era el amo de Cupol, o algo así.

–De Cupol.

–Algo así... ¿Cuánto?

–Le dicen el hombre de Cupol.

–Cu... ¿Cómo?

–A ese personaje del que estuvimos hablando todo este tiempo, en ciertos ámbitos se lo conoce como el hombre de Cupol.

–Exactamente, ¡BEEEEEEEEEEEEERP! ¿Cómo dijo?

Y viéndolo catatónico, con el equilibrio ultrajado, Orquiard debió repetirle por cuarta vez lo mismo, cosa que dejó a su anfitrión meditando, enredado en la silla cual pugilista apaleado, para luego atinar (en un esfuerzo que, anticipadamente, él sabía vano) a capturar una mosca que pasaba volando. El episodio terminó con un prolongado eructo que ahuyentó a los gatos sumidos al banquete de rosquillas, llenos de grasa hasta los bigotes.

–¡EXACTO! –gritó y golpeó la mesa, mientras el último gato se alejaba maullando. Después, hizo un descomunal esfuerzo por ir a la alacena donde guardaba su inagotable colección de Malbec, pero no bien dio el segundo paso cayó

desmayado en un nocaut que, a falta de campana boxística, sonó cuando la escafandra golpeó el suelo.

Orquiard corrió a asistirlo, y notó con alivio que respiraba. Dejó a Marchetti durmiendo como un angelito, o más bien, como un astronauta caído del cielo, y se retiró ante la escrutadora mirada de los felinos.

Al salir de la casa lo recibió un sol radiante. Eran las cinco de la tarde de un día muy caluroso, algo que no había notado a causa del encierro. Iba pensando en si debía o no llamar a una ambulancia, cuando por la esquina asomaba un Gordini en cuyo interior vislumbró, como no podía ser de otra manera, el contorno de un sombrero mexicano.

“Así que voy a conocer al famoso hombre de Cupol”, se dijo, y siguió caminando, impávido, cuando el auto entró a retroceder. Al principio creyó que el extraño, tal era su costumbre, estaba jugando al gato y al ratón. Pero no: el auto se deslizaba calle abajo por esa especie de colina que había en el pavimento. Y Jiménez, que evidentemente se había quedado sin nafta, y sin freno de mano, no tuvo más remedio que bajar del auto para detener la caída, cosa que, a pesar de su fuerza vampírica, no iba a conseguir, y lo obligó a retornar al asiento para continuar marcha atrás, resignado.

Entonces oyó risas. Se dio vuelta y ahí estaba Marchetti en el balcón, resucitado como Lázaro y sin armas ni escafandra; pertrechado con el coraje de los ebrios, retorciéndose de risa y despatarrado en la baranda. Seguía mal-

trecho, intoxicado por su cuantiosa ingesta etílica, pero levantó la cabeza y obsequió a Orquiard una sonrisa desmedida, saturada. Le guiñó un ojo más colorado que un tomate, tomó aire y gritó: “Jiménez, ¡andá a la puta que te parió!”

9. UNA VISIÓN

Orquiard lee el diario en su casa con el televisor encendido, de puro vicio, porque nada le importa demasiado y todo es acción y murmullo, pero en definitiva, es compañía.

Está cansado y se distrae en el margen superior de la hoja. Estamos a finales de abril, piensa, y se acerca el cumpleaños de Esteban. Pero... ¿dónde está Esteban? ¿Y qué vamos a festejar?

Con el rabillo del ojo distingue algo en el televisor. Parece su reflejo en la pantalla, pero es demasiado nítido. Al acercarse, descubre que es él mismo. Observa a Orquiard por una cámara de seguridad. Lo ve encerrado en penumbras, en una habitación estrecha; quiere huir pero rebota a los tumbos, como una bola de flipper.

Se arrodilla junto al televisor para entender qué pasa. Sube el volumen. Orquiard está temblando. Lo retiene un puñado de reses, colgadas de la habitación. Pega los ojos al televisor y distingue a las reses: tienen forma humana; visten de azul. Y desde allí lo miran, patas arriba.

Suben la escalera a las corridas, seguidos por lamentos.

–Apuráte pibe –le dice– ¡Dale boludo! A ver si escapan.

De vuelta en la superficie, el pibe aspira el cáliz y vuelve a levantar el brazo para hacer otra señal. Parece un saludo nazi, pero es la despedida.

Orquiard queda solo. A su derecha, lejana en el horizonte, distingue una luz entre los pinos. La luz se aproxima, cada vez más grande, parece un sol de noche, hasta que distingue el contorno de un tren. El tren llega, se detiene, lo invita a subir. Arranca, y Orquiard camina por los vagones mientras las luces se prenden y apagan, prenden y apagan. Atraviesa uno, dos, tres vagones, pero no hay nadie; es un tren fantasma.

Se acomoda en un asiento, mira por la ventanilla pero no ve nada. Y adentro no hay nadie, es un tren sin conductor. Entonces, alguien le toca el hombro. Levanta la vista. Es Esteban.

–¡Esteban! ¿Dónde estabas? ¿Qué te hicieron?

Pero Esteban no habla, sólo ríe. Se ríe y hace señas para que lo siga, quiere que caminen juntos. Y así pasan más vagones, mientras las luces del tren se prenden y apagan, prenden y apagan. Y en un rapto de esa cadencia, cuando las luces se encienden, Esteban ya no está.

Hay una madre y su hijo, a la izquierda del vagón. La mujer mira por la ventanilla, mira la nada, porque no hay nada para ver, mientras el chico observa a Orquiard y

se ríe, se ríe con ganas y le dice a la madre que lo mire, y entonces la madre lo mira pero da vuelta la cara; vuelve a la noche cerrada sin luna, donde no hay nada para ver.

Y así viajan los tres, Orquiard a la derecha de madre e hijo, observándolos de tanto en tanto, hasta que aparece una nena rubia y se acerca al chico; lo toma de la mano, salen corriendo mientras la madre los mira como si nada, como quien ve llover, y de golpe se le da por mirar a Orquiard. Entonces, el tren se detiene. Milagrosamente, todo se detiene.

Orquiard despierta. Baja del tren. De nuevo está en el campo, en aquella noche cerrada, sin luna, y se aleja, dos, tres, cuatro pasos, hasta darse vuelta, cuando el maquinista fantasma hace sonar la sirena. El tren arranca. En la ventanilla del vagón, el que va en cámara lenta, reconoce a los chicos. La nena lo mira, y se aleja; deja solo al chico que lo saluda, hace muecas, saca la lengua. Y él desespera.

Ismael, ¿adónde vas? ¿Dónde te llevan?

Pero Ismael continúa haciendo muecas; pega los labios a la ventanilla como una sopapa y se ríe, como loco, mientras el tren lo lleva lejos, lo arrastra y él ya no puede verlo; desaparece.

Orquiard retoma el trayecto, sin rumbo; vagabundea hasta encontrar a un grupo de gente reunida llevando pancartas, pañuelos, rosarios. Llevan de todo menos un

rostro. Son nadie; un nadie rotundo. Tras ellos se acerca un hombre. Lleva un sombrero. Saluda al verlo. Se aproxima, con cautela. El hombre extrae una bolsa que le entrega, haciendo ademanes. Pero él se niega... se niega a respirar.

Diga, qué pasa, ¿está vivo?

Dice, y el hombre se pierde, se mezcla en la multitud. Era un hombre sin rostro y sin nombre. Pero cuanto menos lo ve más lo recuerda. Entonces, se da cuenta de quién es. Es un santo.

–¡Ese hombre es un santo! –grita.

Y a mediodía, un rayo de luz le devolvió la calma.

10. DIARIO DE ESTEBAN II

Todavía no sé qué voy a hacer, pero algo voy a ser, se verá.

Salgo de casa y el sol me golpea; es un flash. Cuánto calor. ¿A cuánto llegará? Ahí va. Doblo la cuadra y la vecina sonrío; me saluda con un beso, raro en ella. Se la ve feliz y nos quedamos hablando. Y bárbaro, todo bien, pero tengo que irme. Disculpáme, chau.

Ahí va. Sigo caminando. Como siempre, a esta hora la anciana baldea la vereda. Claro, aprovecha la mañana, pero que no se distraiga, porque el mediodía viene avanzando. Para cuando yo llegue ahí, la vereda, que parece un espejismo de ruta, ya estará seca. Y no sé hasta cuándo seguirá este clima, agobiante. Que termine pronto, ¿quién lo puede aguantar? Encima yo, cargando este bolso. Cuando llueve se va a inundar todo, con lo fácil que se tapan las cañerías. Y así y todo, caminar las veredas del barrio, especialmente en verano, es un ejercicio que me gusta y no sabría explicar. ¿Será porque en los árboles queda rocío de la mañana y flota el olor de los tilos? ¿O

porque los tanques de agua ofrecen un paisaje inconfundible, mientras el sol los golpea de manera oblicua?

Los tanques de agua son el alma de los barrios de casas bajas; allí donde no hay edificios, o hay unos pocos, son tótems que rompen la linealidad de las calles. Son el marco del cielo, el mojón para distinguir cuando algo (una nube, una bandada de pájaros) quiebra esa solidez celestial.

A las doce todas mis mañanas de verano se pliegan en un clímax cuando los tanques reciben sol a pleno, tan a pleno que se los ve amarillentos. Después, al atardecer, mis *déjà vu* se desvanecen en un relieve tubular que va de las sombras a los planos tornasolados, para acabar desprendiéndose a gajos.

Pero la mañana, esta mañana de verano, tiene algo especial. La vereda baldeada se secó; ¿no lo había previsto? La vieja saluda y saluda el cartero, que pasa raudo en su bicicleta. Qué tipo amable, con ese aspecto gauchesco que le da su barba tupida. Hace un trecho al más allá, frena y llama, hace señas. Pregunta si vi la correspondencia y le respondo que sí; gracias flaco, felices fiestas, dice; igualmente para vos, y vuelvo a la vereda baldeada donde la anciana vuelve a saludarme y sonrío; qué muchacho tan atento, ¿no?; sí, le digo, es de otro planeta. Camino otra cuadra y otra cuadra más. Me alejo y sé que estaré lejos.

Por allá veo un colibrí. Se baña y bebe de un tanque desbordando agua. Después, del manal hace un clavado y va a succionar néctar, entreteje flores. Es una abeja con pico, de movimientos espasmódicos, nervudos, y unos

chicos lo señalan, sonriendo, y cuando uno se acerca el otro le dice no, que se va a espantar; ¡qué!, quiero verlo de cerca, responde, y cuando se aproxima, el pájaro, efectivamente, se aleja.

Todavía no sé qué voy a hacer, pero algo voy a ser, se verá.

Camino y el verano toma consistencia, aprieta. La camisa, húmeda, adquiere otra textura. Un tipo de cincuenta años sale en musculosa a regar las plantas. Admiro lo verde que se vuelven con el agua. Miro al hombre; le pediría un chorro. ¡Pero claro pibe!, me dice. ¿Querés un vaso? No gracias, con la manguera alcanza. Y meto el pulgar en el pico para que salga el chorro con fuerza, en forma de jarra.

El agua apaga mi fuego interno, un fuego incipiente; bajo la cabeza y apunto a la nuca, sintiendo que el líquido me alivia y veo, cabeza abajo, los pelos que caen tiesos, espesos de agua, como ramas enhiestas en una catarata. Agua que cae apagando mi fuego, barro que crece a mis pies. ¿No querés pasar a darte una ducha?, dice el vecino, sarcástico, y río avergonzado. Espere, le digo, espere que tomo un medicamento; trago una pastilla azul con el último sorbo y devuelvo la manguera. Gracias, chau.

Y ahí va. A medida que avanzo las casas y el paisaje cambian de espesor. Todo se vuelve bajo, achaparrado, y las viviendas quedan desperdigadas, separadas por terrenos baldíos. Todavía no es mediodía pero el sol pega fuer-

te. Me tiro en un baldío y del bolso saco la vianda, un sándwich y una botellita, ya caliente.

Termino de comer y me acuesto. Adormilado, creo estar corriendo en medio del campo. Corro y a medida que gano velocidad pego un salto, y me elevo, y al descender sigo corriendo, porque mis piernas no dejan de moverse. La velocidad es mayor y los saltos más altos, hasta que me elevo tanto que planeo, pero vuelvo a descender y a correr, tomo impulso para un nuevo salto; salto alto, vuelvo al vuelo y planeo, cada vez más lejos. Ahora siento total ingravidez, siento que algo me succiona y las vaquitas y tranqueras se alejan. Ya ni siquiera planeo porque pierdo el control. Vuelo demasiado alto y entro en pánico. PIERDO EL CONTROL.

Me descubro en el barro. Todo el baldío está mojado y yo, empapado. Había llovido. Me siento en el lodazal y me sorprende una brisa fresca, ráfagas otoñales que brotan de los árboles, con sus copas cargadas de humedad.

Contemplo el paisaje mientras por encima se dibuja un arco iris, de colores cada vez más nítidos. Me acerco al árbol más robusto, un nogal con los años incrustados en forma de nudos y huecos. Me le arrojo y la lluvia que anida en sus hojas cae como rocío. Me balanceo más y cae un vendaval. Elevo la vista y con las gotas caen hojas, y entre las hojas veo que el arco iris se disipa, suavemente.

Despido al árbol con una palmada y vuelvo al sendero con mi bolso a cuestas, refrescado. El cielo se cubre de nubes chatitas, que nadan el cableado de postes y ante-

nas de televisión. Veo objetos que se oscurecen: casas, árboles, el pavimento, recortados como sombras chinescas mientras a lo lejos el sol larga un manto de luz en su abandono. Hay algo glacial en los atardeceres, por ese prisma de azules que se esfuma, rojos y amarillos, indefinidos.

Todavía no sé qué voy a hacer, pero algo voy a ser, se verá.

Y ahí va. Me sumerjo en el camino como si fuese a un túnel, un caleidoscopio de flores turquesas, lilas y azul petróleo. Doy zancadas con mi bolso a cuestas cuando a lo lejos distingo la figura ancha de alguien que saluda. Lo conozco. Es Pessoa. ¿Pero cómo Pessoa...?

La figura avanza saludando, y cuando estamos cerca alza los brazos. Ahí está ese tipo grandote, que me decía: “Vos sos el cerebro y yo los puños”.

–Pessoa, ¿qué hacés acá?

–¡Y estoy acá! ¿No me ves?

–Sí, pero... ¡qué bueno encontrarte viejo!

–¿Adónde vas?

–Voy para la ruta. ¿Me acompañás?

Y ahí vamos, Pessoa y yo: dos soldados medio andrajosos, venidos a menos; combatientes que vuelven del campo de batalla, que no saben muy bien adónde van ni si van a contar el cuento. Pessoa y yo, de nuevo juntos; ¿quién lo diría? Los dos a las andadas como decía Puente, siempre tan hermético: “Hasta la victoria siempre, como el

Quijote y Sancho, como Leto y el Matemático, como Camilo y el Che”.

–Che, Pessoa.

–¿Qué?

–Estaba pensando. ¿Vos creés que Puente nos traicionó?

–¿Estás loco? ¿De dónde sacaste eso?

–Para mí hubo una batida. Alguien tuvo que soplar. Si no, ¿cómo se enteraron del operativo?

–Y es así, esas cosas pasan. ¿Por qué tenés que culpar a Puente?

Sí, no sé. Me dejó pensando.

–Por guita. ¿Por qué va a ser? Todo es por guita.

–¿Vos querés decir que a Puente lo compraron? Andá al carajo. Mejor cambiá de tema o me voy a la mierda.

–Está bien.

–¿Qué está bien?

–No hablemos más.

Se produce un largo silencio, embarazoso. Pessoa no cuestiona a la autoridad. Es un hombre con una misión. Quisiera hablarle de cualquier cosa para aparentar que todo está bien, aunque no lo está.

Me pregunto por qué le molestó tanto lo de Puente. A veces quisiera que exista un termómetro para las relaciones, algo que, llegado el momento, le impida a uno abrir la boca. ¿Por qué no podemos darnos a entender claramente? Ser suficientemente explícitos, digo; dejar en claro que sólo

quisimos hacer un comentario, sin mala intención, o que quisimos bromear, y la cosa debería quedar en eso.

–Ayer tuve un sueño, ¿sabés? –le digo, tras recordar algo–. Yo estaba con varios amigos en un bar; escuchábamos a una banda de covers y repentinamente el cantante me miró y dijo: “*you’re doing something wrong.*”

–¿Qué es eso? ¿Inglés?

–Claro. Quiere decir, “te estás equivocando.”

–Un sueño en inglés; qué cipayo.

–Bueno, estaba a tono con lo que venía cantando. Por eso digo que era una banda de covers. El estribillo decía “*you’re doing something wrong*”. Pero la banda dejó de tocar. El cantante me miró y repitió esa frase.

–Estás muy loco.

–Es loco, pero para mí fue una advertencia. Significa que estoy haciendo algo mal y no sé qué puede ser. Yo creo esas cosas.

–Para mí son boludeces. ¿Querés que te cuente mi sueño más loco? Una vez soñé que me atacaban soldados dispuestos como una falange romana, pero vestían de civil y hablaban como torturadores. “Largá, largá”, me gritaban. Iban cercándome pero cuando los tuve cerca algunos se pusieron a llorar, se negaban a atacarme. Uno se arrodilló y me suplicó: “Perdonáme”, decía.

–¿Y qué pasó después?

–No me acuerdo. ¿Qué pudo pasar? Fue un sueño.

–Por lo general uno se despierta angustiado, o aliviado, al darse cuenta de que estaba soñando.

–Yo no le doy bola a esas cosas. No soy como vos. Así te va.

Entonces cae un rayo. Que te parta un rayo, Pessoa. El rayo ilumina buena parte del cielo y se ramifica, pero al rato vuelve a contraerse como si no hubiera existido. Quiere engañarnos, hacernos creer que eso fue todo, pero uno sabe bien que un rayo aislado no existe, que es una señal y nada será igual en los próximos segundos, minutos, horas.

Al instante cae un rayo más pequeño, aunque prácticamente igual de ruidoso. Ilumina un vértice del cielo. Después cae otro, y otro. Son chiquitos, venas desprendidas de aquel rayo primitivo.

Los rayos mapean el paisaje como un ojo enardecido. Ahora cae uno cerca nuestro. Es enorme, el padre de todos los rayos, y lo demuestra iluminando el paisaje. Durante unos segundos es de día y creo ver una luz intensa, cegadora, mientras caen pesadas gotas de lluvia. Qué bueno, pienso, y me detengo a mojarme. Porque adentro se siente calor, un ardor que empezó insulso pero, de a poco, tomándose el tiempo, fue intensificándose como un fuego. ¿Y qué es esa luz?

–Boludo, corré que nos vamos a empapar –me grita Pessoa. Y salimos corriendo, deslizándonos por aquella pista embarrada. Patino un par de veces y resbalo hasta caer de espaldas, pero Pessoa me toma de los hombros y me levanta. Corremos y nos apostamos bajo un toldo de

chapa, viendo cómo la lluvia se vuelve amarillenta cuando el viento sacude los faroles en nuestra dirección.

–En un rato para, acordáte –dice Pessoa.

El ardor es molesto y tengo que abrir el bolso. Las pastillas me calman el ardor; me hacen sentir mejor, completo. Lo convido pero niega con la cabeza.

–Pará un poco con eso, ¿querés? No podés tragarlas como si fueran caramelos.

–Soy bastante juicioso.

–Ya veo.

Todavía no sé qué voy a hacer, pero algo voy a ser, se verá.

Ahí va. Como había anunciado Pessoa, deja de llover. Volvemos al sendero y las casuchas son más escasas, igual que la iluminación. El camino es oscuro, pero por el sur el cielo va despejándose y asoma una luna nueva.

–Y cómo va lo de esa chica, ¿cómo se llamaba? –pregunta Pessoa, de la nada.

–Ah, esa piba... No tiene onda. O sea, tiene onda como amiga, nada más.

–Pero tenés que insistir –insiste–. ¿La invitaste a salir?

–Sí, como tres veces. Al principio lo insinué. La última vez fui más directo. Pero ya está. Qué sentido tiene.

–No Esteban, a las minas les ganás por cansancio.

¿Por qué será que me expuse tres veces? ¿Y por qué será que, si tuviera otra oportunidad, volvería a hacerlo? Si ya sé como es. Si sé como es y lo acepto. ¿Por qué todos insistimos? No hace mucho tiempo, antes de conocer a

Julia, sentía vergüenza ajena por esos tipos que insisten y nunca paran, que parecen no registrar con una ingenuidad que al final huele a incoherencia.

–Entonces...

Ahí va. Pessoa vuelve a hablar. Habla y no me importa. Me mira y se ríe. Reíte Pessoa. No tiene sentido hablar. Aunque me encantaría.

–... y bueno, al final me le terminé curtiendo –se ríe el macho Pessoa, como corolario de su perorata.

–Te felicito. Pero no tiene sentido hablar de ella, aunque me encantaría.

Me mira raro. Me mira como diciendo, ¿qué te pasa?, ¿sos mariquita? ¿Tan pronto te rendís?

Y ahí va, ahí vamos. Del camino de tierra pasamos a la ruta. Le dije que hasta aquí venía pero él no pregunta nada, y yo tampoco quiero contárselo. Él me sigue callado, en su mundo. Al rato, la iluminación del pueblo se pierde y la luz de la luna nueva es escasa. Encendemos un par de linternas y avanzamos a campo traviesa, escuchando el canto de los grillos, cada vez más rotundo: un *drome* de murmullos que envuelve y encandila.

Es el festival de la noche y los sentidos se agudizan, amplificando el sonido de ramitas, que se quiebran quien sabe por qué (por animales, seguro, pero mejor no pensarlo), la queja de los búhos, el aleteo de algún pájaro.

Los movimientos de la negrura son filigranas de azabache. Aunque simule quietud, mi campo de visión no es estático: hay pastos que caminan, cuises que mutan en

arañas para tejer la ruta. Mucho menos estático es nuestro haz de luz, que apunta como un acomodador de cine. De vez en cuando enfoco a la copa de los árboles, sobre todo si escucho a algún pájaro. Pero no veo nada.

Pessoa camina en silencio. Le converso, lo incito a recordar cosas, pero balbucea tonterías; no tiene ganas de hablar. De repente se tropieza y putea. La ruta está en pésimo estado, llena de grietas, pozos y fragmentos de material que vamos pateando al andar. Yo también me tropiezo. Enfoco cerca para no caerme.

—¡Ni que la hubieran bombardeado! —exclama Pessoa, y al instante oímos un gemido. Parece el lamento de un gato, que suele confundirse con el llanto de un bebé. Y se repite. Realmente parece el llanto de un bebé. Más lo escuchó y me convenzo de que es un bebé.

—¿Qué será? —le digo. No puedo aparentar indiferencia.

—¡Que se yo!

—¿Qué hacemos?

Enfocamos al lugar de donde vienen los gemidos. No hay nada; nada salvo pastizales y un árbol solitario, perdido a lo lejos.

—¿Qué hacemos? —insisto—. Mirá si es un bebé abandonado.

Creo que los llantos vienen del árbol. Sí, vienen de allá, cada vez más furiosos. Ahora tengo miedo. Enfoco al árbol esperando ver algo horrendo... pero no veo nada.

Distingo unas ramas que apenas se mueven, como si allí hubiera viento. Porque acá no lo hay.

–Tranquilizáte, debe ser un gato –me dice Pessoa.

Y entonces, silencio. Pero en cuanto amagamos a irnos los llantos estallan, estridentes. Aquel fantasma desangelado no quiere que lo abandonemos. Los lamentos se revuelven en la lontananza. Cuando no aguanto más, me tapo los oídos. Miro a Pessoa. Él camino tranquilo, ajeno al aquellarre.

–No se preocupe amigo, ya va a pasar –dice al verme asustado. Y tiene razón, porque vuelve la calma. Pessoa también había anticipado que pararía de llover. Es un buen pronosticador. Vive unos minutos adelantado.

–¡Por Dios! –exclamo al destaparme los oídos–. ¿Qué era eso?

–Eran grillos, sapos y algunos gatos, nomás.

–Sos un boludo.

–Ya no estamos en la ciudad, Esteban –me mira de soslayo. Desde que nos encontramos, es la primera vez que pronuncia mi nombre.

–¿Sabés por qué existen las leyendas del lobisón y la luz mala? –pregunta–. Porque en el campo sobra tiempo para pensar pavadas. Acá la gente se sugestiona fácil. Pero vos sos inteligente, Esteban.

Me mira serio, Pessoa.

–Por ahí te vendría bien una temporada en el campo. En una de esas te amigás con los fantasmas –lanza una carcajada. Entonces me pregunto, ¿cómo podemos ser

amigos? ¿Cómo pudimos pasar tanto tiempo juntos, siendo tan distintos?

Y ahí va, ahí vamos. Todavía me zumban los oídos. A lo lejos, enfoco un bulto tirado en la ruta. Pessoa imita el sonido de las bestias. Relincha, muge; da la impresión de que sabe qué hay allí. Lo alumbro en la cara y veo cómo se le dilatan las pupilas. Apunto de nuevo al bulto. Es una zorra abandonada en un tramo de vía que cruza la ruta.

–¿Esto también lo imagino?

–Dale, subamos –me incita Pessoa, entusiasmado como un chico.

La zorra está sucia y mojada. Tiene motor a bomba. Dudo que haya combustible, pero Pessoa sacude la cuerda y arranca; pega un grito y me tiro con placer sobre la madera.

Pasamos de la ruta a la vía. Vamos a oscuras en el carrito de un tren fantasma. Al internarnos en el campo huelo a flores silvestres; siento a los aromas impregnando mi cuerpo, liberándolo de esa fuerza ígnea.

–Esto es vida, compañero –escucho a Pessoa recostado a mi lado.

–Ni hablar.

En esa oscuridad, calada de luciérnagas, el balanceo de la zorra acuna y adormece. Escucho las ruedas rechinar, grillos, más grillos y un confabulado coro de sapos. El agujero negro multiplica todo. Al rato, también lo escucho roncar a Pessoa: un colado disonante en la orquesta.

Trago dos pastillas y abrazo al bolso entre las piernas, flexionadas en posición fetal. La gran orquesta negra me adormila pero me sobresaltan los tumbos de la zorra, que tropieza con piedras intrusas en la vía. Me incorporo, por suerte, porque a la derecha, algo lejos, una luz se aproxima. En cuanto distingo el ritmo mecánico le grito a Pessoa:

–¡La zorra! ¡Parála que vamos a chocar!

Lo siento retorcerse en el suelo, insultándome, hasta que la velocidad disminuye; las ruedas crujen, escandalosas. Nos detenemos y enciendo la linterna. Llegamos a un cruce de vía y a metros nomás se aproxima la locomotora. Viene a media velocidad, toca bocina. La enfoco pero no veo al conductor. Huelo a excrementos. Es un tren carguero, cargado de vacas. Los vagones desfilan frente a nosotros y los alumbro. Las vacas nos miran curiosas, con esa estúpida expresión bovina que encuentro lastimosa y entregada. Les devuelvo la mirada y siento que hay mutua comprensión. Hay empatía. Yo también estoy triste y entregado. Me cae una lágrima por la mejilla. Pessoa dice, de la nada:

–Creemos tener en cuenta al otro, que lo cuidamos y preservamos de nuestras bajezas. Pero resulta imposible. Siempre acabamos dañándolo.

No sé a santo de qué vino eso. No sé a santo de qué, pero me deja pensando.

Ya pasó el tren, le digo, le aviso. Tirá de la correa. Tira y arranca el motor, por suerte, porque no quiero que-

darme acá, en medio de la nada. La zorra se mueve despacio. Da unos sacudones y atraviesa el cruce, toma velocidad.

Y ahí va, ahí vamos; de vuelta a esa selva campestre de croares y grillares; reducidos a ese balanceo monótono, embriagante. Pareciera que no hay nada ni nadie pero sí lo hay: hay una zona ajena de estímulos múltiples, un microcosmos de sonidos, olores y vuelos atomizados.

Tirado de espaldas, busco su reverso en el cielo estrellado. La totalidad del universo quiere absorberme. Soy el insignificante que va derecho a la nada. Esa sensación me inquieta y cierro los ojos. Y ahí sí, ahí vamos: de vuelta a esa zona menos riesgosa de tinieblas y croares. Pessoa vuelve a roncar y, en ese planetario extraño, yo también me voy apagando.

Amanece. Abro los ojos y es de día. Recuerdo. Estoy en una zorra. Estoy acostado y el sol golpea mi cara. Pero adentro hay melancolía. Siento miedo. ¿Por qué habría de sentir miedo? ¿Por qué no me dejo llevar?, ya que pagué mi ticket, ¿no? O ya que alguien lo pagó por mí. No queda más alternativa que seguir. Es lo más sencillo. Sólo hay que dejarse llevar.

Busco a Pessoa y un hilo de baba cae por la comisura de sus labios. Un espectáculo lamentable. Aparte, ronca y susurra: *dies irae, dharma quintet, cupol...*

–Despertáte.

Lo nuevo y nada. Lo sacudo bastante y se sobresalta.

–¿Qué pasa? ¿Dónde estamos?

–Donde terminan las vías –respondo medio dormido. Estoy tan desorientado como él–. Aparentemente, aquí hay otro pueblo.

Bajamos de la zorra y cruzamos a saltos un lote de pastos crecidos, mojados por la lluvia. Con las zapatillas de tela mojadas invadimos una placita hecha de grava. Vemos un nuevo paisaje suburbano, no muy distinto al anterior: más casas bajas y calles mal pavimentadas, fragmentadas y unidas con alquitrán. Ahora me sorprende el silencio. Es un silencio grande. En este lugar todos duermen.

–La verdad, si no encontramos rápido un almacén voy a morirme de hambre –me dice.

Saco del bolso otro sándwich que comparto con Pessoa. Caminamos por la grava y voy palpando esa sensación extraña, la de hundirme en el canto rodado y emerger pateando piedritas, con las zapatillas cada vez más embarradas. Señalo a Pessoa la canilla del patio de una casa y ahí vamos, desesperados. Abrimos la canilla y bebemos por turnos, con la cabeza pegada al suelo. Dejamos que el agua nos golpee la cara, que circule cada vez más fría para limpiarnos y despertarnos.

Nos levantamos pero vuelvo a beber un poco; necesito extinguir este ardor. Termino, lleno la botellita y antes de tapparla trago otra pastilla sin que Pessoa me vea, para no tener que explicar.

Todavía no sé qué voy a hacer, pero algo voy a ser. Y de a poco, aunque no logre apagar el fuego, las pastillas

disipan la melancolía; me siento distinto, animado. Me fastidia ver a Pessoa malhumorado y quejoso, tener la obligación de arrastrarlo...

–Parece que nada te viene bien –le digo–. Ya comiste, tomaste agua y seguís con esa cara de culo.

–Epa, ¿qué pasa compañero? Hace un rato lloriqueabas y ahora me prepoteás.

–No me tomés por boludo –le digo serio, y no sé qué es, pero es raro. No sé si me gusta. Lo siento en el aire. ¿Quién es Pessoa? ¿Hasta dónde lo conozco?

Damos vueltas sin ver un alma y finalmente aparece alguien. Es una mujer y su hijo, vestido con guardapolvo de escuela. La madre lo despide con un beso y el chico la abraza, no la quiere soltar. Es curioso. Me recuerda las despedidas de mi madre.

Todavía no sé qué voy a hacer, pero algo voy a ser. Todo es cíclico: un recuerdo, un juego de miradas. La mujer y el chico me miran, nos saludamos. Al llegar a la esquina casi nos atropella un diariero en bicicleta. Pessoa le grita una puteada pero el chico nos ignora por completo.

–¡Qué pelotudo! Mirá que tenía toda la calle –se queja el compañero.

Sí, pienso, tenía toda la calle y no nos vio. ¿Y ahora qué pasa? ¿Seremos invisibles? No, no somos invisibles. Me doy vuelta y ahí están la mujer y el chico, que siguen saludando.

–¿Qué mirás? –pregunta Pessoa.

–Nada.

–A fin de cuentas estoy rodeado de locos –dice tras un chistido. Y pienso que no puede ser. No puede ser que en este pueblo no haya nadie.

El cielo se nubla. Entra a soplar viento. Las ramas de los árboles se balancean. Las hojas vuelan; vuela tierra.

–Falta que llueva otra vez, carajo.

La tierra vuela y cómo. Me golpea la cara. Me protejo con una mano mientras con la otra sostengo el bolso. Paro. Me entró algo en el ojo; llora, está irritado. Apoyo una rodilla y dejo el bolso en el suelo. Busco a tientas la botella de agua, la abro y tiro un buen chorro en el ojo; pestañeo para sacar la basura. Enderezo la cabeza y abro los ojos, bien grandes. Arde menos; quizá refracta el calor que llevo dentro. Voy a pasarme un dedo.

–¡No te refriegues! –advierte Pessoa, y tiene razón.

Viento, más viento. Se desprende el cartel de chapa de un negocio y pasa volando cerca nuestro. En la esquina hay un remolino adonde van a parar todas las porquerías: hojas secas, bolsas de papel, envoltorios de golosinas, paquetes aplastados de cigarrillos...

Entonces ocurre algo insólito. El diariero reaparece al final de la calle. Monta la bicicleta con un pie en el piso y actitud desafiante. Parece dispuesto a embestirnos. Empina del pico una botella y al terminarla la tira al suelo; alza la vista. Un ave desciende sobre él. Parece un ave rapaz, pero no estoy seguro. Se posa en el hombro del diariero y ahí va, sí, ahí va. El jinete alado arremete pero lo gramos esquivarlo. Pasa de largo y ya no nos busca, sigue

pedaleando, toma velocidad. Y ahí va, sí, ahí va. El ave bate sus alas y cuando toma suficiente impulso lo levanta junto a la bicicleta, se lo lleva volando.

–¿Viste eso? –grita eufórico Pessoa, y me mira. Está enloquecido. Pero cuando volvemos a mirar ya no hay nada.

–¿Vos también tomaste pastillas? –le digo riendo.

–Eso no fue una alucinación.

Y ahí va, seguimos. Aparecen más casas. Son humildes sin ser chaperíos, básicas sin ser desabridas. Potreros de pastos crecidos las separan. Se destacan algunos chalet; hay quien se animó con una chimenea.

–Dicen que la revolución se termina –dice Pessoa–. Pero yo no les creo. Porque la revolución es permanente. Es un movimiento en evolución y queda mucho por hacer.

Algunas casas están envueltas por ligustrinas. Otras están cercadas por alambrados en donde crecen claveles del aire. Una casa asoma al fondo de un pasillo amarillento, descascarado, y desde allí llega el ladrido de un perro.

Los árboles son frondosos. Todavía no sé qué voy a hacer, pero algo voy a ser.

–Queda mucho por hacer –monologa Pessoa–. Cuando acabemos con las milicias nos queda la guerra con la religión, la madre de todas las batallas. Tenemos que aniquilar la creencia en un dios todopoderoso y tirano, que es la esencia del mal. Pero allí las armas no van a servirnos. El hombre tiene que largar el bastón de la fe y valerse solo, de una buena vez.

Hay plátanos, tipas, fresnos, jacarandás. También tilos, despidiendo un olor penetrante.

—¡Ay de la humanidad si no deja de creer en Dios! Será una especie perdida, sin consuelo. Se consumirá en batallas insensatas hasta que queden sólo simientes...

Por allá veo un pino. En cuanto veo pinos tengo la sensación de que todo se torna azul y vespertino. Y percibo, aunque no los escuche, porque seguro están ahí, el canto de pájaros revoloteando.

—... ese Dios de algodón, sembrado en la oscuridad...

Hay más casas, casas de ladrillo, casas fortificadas. Y al final está la casa que andaba buscando. Parece una casa más, pero no la es. Tiene la persiana baja y cubierta por una reja. La puerta, blanca como la persiana, está cerrada, hermética, blindada.

—... muñado de milagros...

Y en la puerta hay un hombre, un muchacho, un civil que vigila, ajeno a nosotros.

—... como un semáforo.

Todavía no sé qué voy a ser, pero algo voy a hacer. Porque nadie me conoce.

—Pessoa —le digo ahora serio, muy serio—. Preparáte porque vamos a entrar ahí. Esta es la tarea de tu vida. Vos encargáte de liberar a los presos mientras yo me ocupo del resto.

—¿Vamos a entrar ahí? —señala la casa, incrédulo.

—Pessoa, eso no es una casa. Es un centro de detención clandestino. Y no te pongas nervioso —le digo serio,

muy serio—. Pessoa, yo cargo con la responsabilidad de esta tarea. Pero tomé demasiadas pastillas, ¿sabés Pessoa? Estoy preparado.

—¿Preparado para qué? ¿Centro de detención clandestino? ¿De qué mierda hablás?

—Esto que está pasando... Lo que nos están haciendo, no es nada comparado con lo que viene.

Abro el bolso y desenvaino. Huele brillante; golpea más que el sol.

—Estabas hablando de revolución, ¿no? Bueno, es nuestro turno.

Me mira, asustado.

—¿O no hablabas en serio? ¿O no estás seguro?

Pavo, Pessoa; sos un pavo.

—Pessoa, preparáte. Ellos sí están seguros. Planean una masacre.

Apunto y disparo. El guardia se desarticula lentamente, después en espasmos. Los movimientos suben la velocidad, como una danza. El guardia pega giros, sacude los brazos. La danza se ralentiza y él quiere sacar su pistola, pero no puede; le pesa el brazo. Cae de rodillas. Alcanza a empuñar la pistola pero no consigue levantarla, y lo remato de un balazo, limpito. Pateo la puerta y arrastro a Pessoa por un pasillo largo y estrecho. Siento que el corazón me bombea, destila fuego.

Pessoa está pálido. Tengo que empujarlo, todo el tiempo. Pessoa, tu revolución es pura cháchara. Pegada al pasillo hay una ventana chiquita desde donde se oyen gri-

tos, voces que nos llaman. Al fondo se abre una puerta y aparece un uniformado; está armado. Vuelve la cabeza adentro y grita, ordena.

Ahí va, sí, ahí va. No se la esperaban.

El uniformado me apunta y grita:

–¡Quedáte quieto hijo de puta!

Pero no alcanza a completar la puteada. Antes, lo rocía una salva de plomo. El milico queda tendido, boca abajo. Me asombra la cantidad de sangre que brota en segundos. El milico se sacude en convulsiones; es una araña gigante que se expande y contrae; barrena la sangre como un limpiaparabrisas.

–¡Qué hacés loco! ¡Nos van a hacer mierda! –me grita Pessoa, el revolucionario. Está muerto de miedo. Escucho a su estómago retorcerse, tira pedos en una orgía gástrica.

–Cuando entremos –le ordeno–, corré hasta el fondo de la casa, donde está aquella ventana que recién cruzamos, ¿la ves? –le señalo–. ¿LA VES? –le grito–. Entrá y liberá a los presos.

–¿Qué presos? Estás loco, yo me voy.

–Vos hacés lo que te digo –le apunto, sintiéndome extraño, fuera de mí. Y entonces, atraídos por las balas, balas que son carnadas, salen de la misma puerta un par de milicos que se atropellan y disparan, pero no siento nada. Giro y les doy de lleno en la cara. Huelo la pólvora dentro de mi cuerpo; es un olor tan intenso que me enciende.

–¡Dale gordo puto! –le grito– ¡Entremos ya!

Cruzo la puerta y veo tres civiles apostados en la cocina. Me disparan y sus balas son piedras; el impacto me trastabilla pero no lastima, y les respondo, salpico balas como un *action painting*. Uno de ellos, escondido bajo la mesa, pega un alarido y vuelan astillas coloradas; descargo varias veces y las detonaciones retumban. Los otros tres escapan a una habitación y gritan, asustados. Ya no huelo pólvora; huelo miedo.

Pessoa me mira suplicante, como si yo fuera un salvaje. Allá, le digo, corré para allá. Se escuchan lamentos, amenazas. ¿No los escuchás? Andá y sacálos, le ordeno, que yo me ocupo de estos. Pero él se queda quieto. ¡Andá idiota!, le grito. Me mira desorientado pero al final se decide y corre, se tira por el pasillo, un pasillo que lo traga y lo enreda entre manos que asoman desesperadas de las celdas.

Y ahí va, sí, ahí va. Ahora lo miro con orgullo, ajeno a uno de los civiles que, aprovechando mi complacencia, regresa para dispararme; pero al primer tiro le meo una ráfaga que lo parte al medio; media cabeza se desgaja en un vuelo grotesco, inhumano, y empiezo a preguntarme por qué hago esto, esto que tantos otros hacen, también. Qué nos lleva a hacerlo, qué nos volvió antagónicos cuando éramos iguales, tan complejos y bellos, tan sofisticados y frágiles; cuál fue el error de cálculo que nos volvió tan ingratos como para conjurar nuestro origen. ¿Quién logró hundirnos en un final que nadie hubiera deseado? Pero entonces, ese nadie se me presenta dudoso; porque no

puede haber un nadie, un inimputable; porque si no nada de esto estaría pasando.

Y ahí, obnubilado por mi pensamiento, aguardando una bendición, veo a mi cuerpo escarnecido, poroso de aureolas que se extienden porque la flagelación es un segundo bautismo, un instante ignífugo y final, una instancia que mis padres no imaginaron y, en todo caso, hubieran preferido ignorar, para silenciar la sospecha de que bajo el algodón yace un fuego añoso, de voluble belleza, esperándonos a todos, sin excepción.

Todavía no sé qué voy a ser, pero algo voy a hacer. El fuego me abruma. Toma el control de dos individuos que se mueven desfigurados; echan balas sobre mí como en un ritual pagano, como una ceremonia encargada por quién sabe que demiurgo deseoso de exterminarme. Pero ellos se dan cuenta, y yo también, de que soy inmune a su mal. Porque parezco entregado, los contemplo desgastarse en su afán y cuando me canso de verlos tan primitivos, criaturas dañinas premiadas con un armamento letal, cuando me canso, entonces, alzo el fusil y los rocío, los inundo para apagar ese fuego, ese lanzallamas malhadado que habrá de llegar a su fin. Pero el fuego, este fuego que enfrento, no se apagará porque es ancestral; es un fuego que ardió infatigable la eternidad y no dejará de arder por obra de la voluntad humana. Y ahí, cuando inocentemente creo haberlo extinguido, me sorprende oírlo crepitar de nuevo en mi interior.

Horas atrás, ese fuego era una tenue llama, un molesto ardor; ahora siento su posesión. Invadió mi carne y soy espurio, precario, esencial; río demente; siento que retrocedo millones de años hasta sentirme una célula en los albores del cosmos. Y cuando veo que dos, tres, cuatro individuos forman un cerco alrededor, algo dentro de mí grita, grita desaforadamente. Pero no me alcanza.

–*¡Agarren esto hijos de puta!*

Y se desploman, pero atrás vienen otros, todos queriendo ofrecerse a mi fuego y aun los que están medio muertos, los agonizantes, los que consumen su último esfuerzo, mueren sin rasguñarme, porque sus balas son sólo impactos y yo vuelvo, inmortal, a concluir la tarea.

Y ahí, cuando recupero algo de mi mortalidad, cuando llamo a Pessoa y no responde, cuando temo por su vida, alguien cerca de mí dice:

–Pessoa se terminó; olvidálo.

¿Quién es? No es *nadie*. Porque no hay inimputables. Es alguien que llega con precaución; alguien que también fue herido, puedo verlo, pero aun así no teme.

¿Quién será él, que reclama mi fuego? Y ahí, cuando mi fuego quiere liberarse yo vuelvo a sentir miedo. Ya estoy a punto de sentir la gloria, gloria de redención, pero el miedo busca al fuego y vuelvo a encguecerme. Y ahí, con renovado ímpetu abro fuego, fuego contra él, pero cuando está demasiado cerca, enfrente mío, cuando esta-

mos cuerpo a cuerpo, pone su mano en mi cuello y me levanta. Y ahora es él quien ríe. Es más fuerte que yo porque yo, impotente, perdí mi fuego. El fuego es todo suyo. Pero eso no me hace feliz. Porque ya no soy mortal. A mí tan sólo me queda el miedo.

Amanecía. Abrí los ojos y era de día. Recordé. Estaba en una celda. El verdugo merodeaba, lo escuchaba hablar. ¿Con quién? Me dolía el cuerpo; sentía la sensación indescriptible de no sentirme. Miré alrededor y el suelo estaba cubierto de sangre, sangre mía.

Al principio hubo dolor, pero dejó de doler cuando me embargó esa sensación de vacío tan sólo equiparable al dolor físico, aunque también tan distinta.

El verdugo debía estar lavando; oí agua correr, agua de pozo, el agua que tanto me gusta.

El verdugo debía estar hablando, pero lo ahogaba la resonancia.

Después, lo escuché claro.

—Anoche encontraron un camión refrigerante con cuatro canas muertos en el depósito. Estaban degollados. Los colgaron como reses. Son una joyita tus amigos, ¿eh? No se conforman con secuestrar milicos y meterlos en esos calabozos de porquería. Y encima pretenden que los tratemos bien. Piden abogados para volver a casa. ¿Volver para qué? ¿Para seguir matando?

El verdugo estaba agachado a mi lado. Sentía su respiración cansina. Me hablaba al oído que más dolía y por allí todo se traducía a un zumbido.

El verdugo sabía que aquello dañaba y, sin embargo, continuó haciéndolo; lo disfrutaba porque el fuego estaba dentro suyo, y el fuego es mucho, mucho más poderoso que él.

–Hola bella durmiente –dijo con un zumbido de víbora–. ¿Dormiste bien? Y claro, necesitabas un buen descanso después de la tunda que te dimos. ¡Pero cómo te la bancaste che! Te la bancaste como un macho. ¿Qué te dieron para bancártela así? Mirá tu compañero, en cambio, que era tan grandote y se puso a llorar como una nena. Pedía que lo matemos, que no lo torturemos más. ¿Y eso a quién puede ablandar? Si yo sé bien lo que hicieron y lo que van a seguir haciendo si los largamos. ¿Vos te creés que yo puedo ablandarme?

Y todo aquel tiempo, mientras hablaba, el verdugo apoyaba su rodilla en mi espalda para hundirme en su fuego; horadaba mi hombro y en algún momento olvidé todo eso, olvidé no sentir, y grité.

–¡Ah! Te duele, ¡viste como duele! Y eso pasa por no portarte bien. Pero a los tipos como vos vamos a enderezarlos, te lo juro, los vamos a enderezar uno por uno, aunque nos lleve la eternidad. Porque los tipos como vos no sirven para nada. Aunque al menos vos te la bancaste, porque lo que es el otro... Cuando le enchufé los 220 no

aguantó más, el pobre. Tuvo un paro cardíaco, el pobre. ¡Pero qué pobre, si era un hijo de puta como vos!

El verdugo golpeó mi cabeza y regresó en dirección al agua que corría, a lavar no sé qué. Intuí qué estaba lavando. Se estaba lavando él.

–Además –siguió con la voz inmersa en eco, diluida en capas acuosas, sumergidas–, además, vos sí que sos leal. Porque aunque estuve a punto de perderte te la pasaste llamándolo, creías que ibas a salvarlo a él, que no le importaba nada. Él quería salvarse y punto, ¿sabés? Decía cosas sin sentido, palabras que no sé de dónde sacó y por eso le seguí dando, porque a mí nadie me carga. Le di duro y parejo hasta que no se la bancó más, ese maricón...

El verdugo se movía, nervioso. Iba y venía nervioso como un gato enjaulado.

–Y vos también casi te vas. Entonces dijiste un montón de cosas. Al principio pareció un delirio, pero entre todo eso hubo algo que me llamó la atención. Porque se nota que sabés, más que los otros. ¿De dónde sacaste lo de los centros clandestinos de detención? Claro que sí, claro que habrá centros clandestinos. Lo que me intriga es que lo sepas –acercó otra vez su voz, ceceosa, a mi oído–. Es terrible saberlo, porque eso me pone en la obligación de sacudirte más, para que con los golpes seas bueno y me cuentes todo –dijo y volvió a recorrer la celda, el gato enjaulado.

–Y ahora escucháme, escucháme bien, porque voy a darte la única esperanza –dijo pausado, temblando de

nervios, porque hubiera querido seguir, todo su ser quería seguir, pero ya no podía-. Hay un habeas corpus que va sacarte de aquí. No sé por qué, porque se ve que algunos todavía son blanditos, pero danos tiempo, danos más tiempo y esto se termina... Así que te vas de acá y vas a portarte bien, ¿sabés?, porque vamos a estar vigilándote, día y noche, y no vas a zafar nunca de nosotros –volvió a alejarse y escuché al agua correr más fuerte-. Vas a tener que portarte bien, porque en cuanto te mandés la primera macana te traemos de vuelta. ¿Estamos? Entonces sí que no vas a volver más –siguió lavando en silencio-. No vas a volver más –repitió por lo bajo. Y después, mucho después, cuando creí que ya el agua lo había aplcado, gritó:

–¡No vas a volver nunca más!

Tan fuerte, tan fuerte, que aun hoy lo sigo escuchando.

11. YO, CUPOLNIKUS

D *el cuaderno de apuntes de Orquiard:*

De las personas mencionadas en los diarios hay una cuyo protagonismo fue deliberadamente soslayado. ¿La razón? Muy posiblemente se lo haya considerado un traidor. No existe, sin embargo, ninguna prueba que avale tal sospecha. Todo lo que se sabe de él, además de su vocación de liderazgo, es su pasión por el arte y la ciencia. Me refiero, claro, a Mariano Belisario Puente.

Afortunadamente pude conocer una interesante faceta de su vida tras una posterior visita al departamento de Esteban. Entonces encontré un puñado de hojas escritas a mano y atadas con hilo sisal, en donde Puente narra sus impresiones acerca de una extinta y apócrifa biografía de Copérnico, a quien considera “el sabio más grande que dio la humanidad” (sic).

El paquete de hojas, henchido por la humedad de la alacena, estaba, además, parcialmente quemado. Me pareció una obra de sabotaje a medio terminar. Mi esfuerzo

por completar las partes dañadas no fue fácil; tampoco fue en vano.

Ni bien empecé a leer me fascinó el fanatismo de Puente. Era (de no existir tal término, habría que inventarlo) un *copernicómano*. Y a medida que pasaba las páginas yo también me entusiasmé. Dicho en forma cruda, de la lectura de aquella extinta y apócrifa biografía Puente deduce que Copérnico fue secuestrado por extraterrestres en la primavera de 1488, cuando apenas tenía 15 años.

Cito:

“Para la época en que Copérnico escribió *De revolutionibus orbium coelestium*, entre 1507 y 1532, no había tecnología capaz de demostrar sus postulados. En consecuencia, el pasaje donde alude a una visión, cuando confiesa haber conquistado los cielos para ver a los planetas girando en torno al sol, prueba que el astrónomo concibió la teoría heliocéntrica tras ser abducido.”

El modo en que Puente adquirió la biografía es tan apasionante como el libro. En uno de los párrafos más incinerados del lote (y con cierto ingenio de mi parte para completar oraciones), el guerrillero reconoce que todo partió de su curiosidad por el nombre. El astrónomo, que trascendió a la comunidad científica como Nicola Copernicus, fue bautizado como Mikołaj Koppernigk. Ninguno de los dos nombres, reflexionaba Puente, suena suficien-

temente eslavo o germano para Warmia, el disputado enclave entre Prusia y Polonia en donde nació Nicola.

Cito nuevamente:

“Viajé rumbo a Cracovia la última primavera, unos (acá las quemaduras vuelven imposible la lectura) años después de que Nicola tuviera su visión de la teoría heliocéntrica. Una vez allí, visité la universidad donde Copérnico cursó humanidades e hizo sus primeros estudios de astronomía, y descubrí que se había registrado como Nicolaus Nicolai de Toruń.

“Por entonces, ya estaba casi convencido de que Copérnico era un nombre de fantasía. Aquel mismo día partí al norte de Polonia, a Toruń, donde comprobé que, como imaginaba, no existen registros de ningún Koppernigk. Para finalizar mi periplo, la mañana siguiente me trasladé a Frombork, la ciudad donde Nicola fue nombrado canónigo y en cuya catedral descansan sus restos. Al llegar a su tumba, leí emocionado, en letras talladas: *Nicolaus Copernico Thorvensi*. Seguí mirando más abajo y... y bueno, aquí comienza la aventura.

“Mi pesquisa dio un giro completo al ver una pegatina de lo más improvisada, con la foto de un libraco y un título escrito en alfabeto łacinka. Debajo, en la misma pegatina, una traducción al inglés me hizo sentir en uno de esos cambalaches de zonas turísticas. Decía “*I, Copolnikus: The True Story*” - *On sale here!* Era claro, se trataba de la biografía no autorizada del mayor científico europeo (sic)

y desde el anuncio salía una flecha garrapateada en biro-me, apuntando a la nave de la catedral.

“Escamoteadas por el suelo había más flechas dibujadas en pliegos de cartulina. Las seguí y desemboqué en un confesionario, oculto tras la sacristía. Allí había un anciano de barba enmarañada, vestido con una túnica blanca y despidiendo ese olor a rancio de los viejos. Los encontré jugando al solitario mientras bebía una copita de jerez, rodeado por ejemplares de *I, Cupolnikus*. Evidentemente, estaba vendiendo el libro de manera ilegal.

“Al escuchar mis pasos, el viejo alzó la vista y me dedicó la sonrisa más falsa que uno pueda imaginar:

–Eyyyyyyyyyyyyyyyyyyyy!!!!!!! Uona vai uán???”

Puente compró uno, y se puso a hablar con el viejo, un tal Pawel Lukasiewicz, a la sazón corrector, editor y vendedor exclusivo de *I, Cupolnikus*. Aprensivo al principio, cuando el anciano percibió el genuino interés de Puente le contó un anticipo de la historia.

En su lecho de muerte, Copérnico, cuyo verdadero nombre era Nicola Piotrowski, reveló aspectos ocultos de su vida a su alumno favorito, Mariusz Kowalczyk; todo esto, días después de la publicación de *De revolutionibus orbium coelestium*, de la cual su autor siempre renegó. Puente luego sostendrá que *I, Cupolnikus* es una rectificación cardinal: de sus páginas surge que el tratado no resultó de estudios con cuadrantes y astrolabios sino de una videncia que involucra a seres extraños (“cualquier cosa

menos humanos”, destaca Puente que destaca la apócrifa biografía, citando supuestamente al astrónomo).

En cuanto al carácter apócrifo del libro, Lukasiwicz admite la posibilidad de que éste haya sufrido una o dos modificaciones (“no más, no más”, recalca Puente que recalcó el vendedor, alzando las manos en muestra de honestidad), por las transcripciones que sufrió una vez que Mariusz entregó la biografía secreta a sus hijos, y los hijos a sus hijos, y así sucesivamente.

Concluido el preámbulo, el viejo se vio obligado a explicar el tenor clandestino de la operación. Como Piotrowski alias Copérnico no tuvo descendencia, todos sus bienes, incluyendo la publicación de sus revelaciones, fueron legados a Mariusz. Pero la familia Kowalczyk jamás dio el visto bueno a la edición, y se opuso terminantemente a Lukasiwicz cuando éste vio una oportunidad editorial. Incluso, tras ser acusado de “tendero canalla y oportunista” (acusa Puente que acusó su interlocutor), el viejo recibió amenazas contundentes (acá, dice Puente, el viejo raleó su pelo para mostrar la cicatriz de una pedrada).

Las escaramuzas derivaron en un litigio que lo obligó a vender el libro en los subterfugios de la catedral.

Cito:

“Pawel y yo entramos pronto en confianza. Tras hablar por espacio de una hora me dio un fuerte apretón de mano (una tenaza de rulos rubios que me dejó la diestra dolorida), al que siguió un abrazo efusivo e interminable; la clase de abrazo que se prolonga en renovados estru-

jamientos del torso y del cual pude zafarme con cortesía, palmeándole la espalda.

“En el piso del confesionario se apilaban seis columnas de ejemplares. Aparte de la original en polaco y de su traducción al inglés, había versiones en francés, *Je suis Cupolnikus*, alemán, *Ich bin Kopelnikus*, italiano, *Io sono Cupolnico*, y español, *Yo, Cupolnikus*.

“Le pregunté qué tal estaba la traducción española. Pawel reconoció que no se sentía capacitado para las traducciones al español, italiano y alemán, por lo cual delegó esas tareas a tres egresados del liceo donde dictaba clases de latín. Los muchachos colaboraron desinteresadamente, dijo. Continué asintiendo y bostecé. Fuerte.

“Tras escoger la copia en español, Pawel amagó con no cobrármela. Yo insistí. Él dudó. Negó varias veces con la cabeza y me incrustó el libraco en el pecho. Estaba por aceptar el regalo cuando me lo quitó y dijo que sí, que era razonable, que no podía ser tan descortés y si yo quería podía pagarlo, pero con un generoso (aunque no fue tal) descuento.

“Tras recibir su dinero, dijo sonriendo (a esta altura, innecesariamente) que era aun más descortés venderme el libro sin un envoltorio, y pasó el siguiente cuarto de hora revolviendo el confesionario en busca de una cartulina decente (casi todas tenían la flecha garabateada).

“Yo estaba nervioso. Pawel envolvía con más rigurosidad de la que hubiera deseado. Al terminar, dijo que los egresados del liceo habían sido conspicuos repetidores,

de compulsiva inclinación a la rapiña. Confiaba, no obstante, en su talento (decía sin dejar de sonreír), y esperaba que el libro fuese de mi agrado.

“Luego de esta aclaración dudé unos instantes. Estuve a punto de canjear el libro por la versión más fiable de *I, Cupolnicus*, pero el viejo me estaba resultando insoportable, así que huí con *Yo, Cupolnicus* para devorarlo en el hotel.”

Las ulteriores dudas de Puente eran justificadas. La traducción española estaba plagada de horrores gramaticales y conjugaciones imprecisas (“el Papa Pablo III hubo solicitar inmediata respuesta a sus pedidos mientras yo temiese duras respuestas a mi modelo heliocéntrico”, transcribe Puente a modo de ejemplo). En ciertos casos, reconociendo sus limitaciones (¿o pereza?; ¿o malicia?), los alumnos dejaron sentencias completas en inglés. Pero en lo esencial la obra, según el guerrillero, se había preservado con fidelidad.

Cito:

“¡Pobre Anna Schillings! Como si con las calumnias del obispo Dantiscus tuviera poco... Un buen día, harta de dimes y diretes, viendo que la megalomanía del primo iba en ascenso, huyó no sin antes dejarlo al cuidado de Mariusz, el alumno fiel. Buen católico y samaritano, a Mariusz le tenían sin cuidado las acusaciones de incesto que caían sobre su maestro.

“Por eso, cuando Copérnico tuvo en sus manos uno de los mil ejemplares de *De revolutionibus*, indignado por la tergiversación de los hechos (de lo que culpó tanto al copista como al imprentero), hizo a Mariusz depositario de la verdadera historia.

“En su lecho de muerte, Copérnico reveló su visión al cuarto día en que Mariusz empezó a tomar apuntes; los otros tres, confesaría a su alumno el quinto día, se mantuvo en estado de duda existencial, temeroso de que la realidad, o lo que más vale pareció un sueño, acabara de un plumazo con su prestigio.

“Asimismo, resulta interesante descubrir en esta biografía el carácter arrogante y ciclotímico del astrónomo, quizás atribuible a la senilidad en que dictó sus memorias o a las huellas del maltrato de su hermano Andreas, de quien pudo librarse cuando abandonó sus estudios en Italia, alrededor de los treinta años (aunque su acoso persistiría hasta mucho después, durante sus años en Frauenburg, en la forma de un fantasma percutido por la lepra; un ser abominable que acechaba a niñas y ancianas, sobre las que descargaba su resentimiento).

“Pero también, por qué no, esa inestabilidad pudo deberse a la travesura de quienes leyeron estas páginas, intercalando observaciones y humoradas de generación en generación. No es poco común descubrir quejas de Mariusz sobre el comportamiento de su maestro: que un día se niega a hablar, que otro es una catarata de incoherencias; que un día relata anécdotas, desafortado, obligándolo

a escribir como un guanaco; que le esconde las hojas; que amenaza con no tomar medicamentos...

“Ante todo, *Cupolnikus* muestra lo absurdo de la naturaleza humana. Nicola recuerda con horror el día en que descubrió a una niña violada y asesinada por las hordas de Albrecht von Hohenzollern, Gran Maestro de la Orden Teutónica, durante sus primeros asedios a Polonia. Y nos estremece relatando aquella tarde en que visitó a Domenico de Novara en su morada boloñesa, rodeado por una logia de truhanes y magos, cuando un angelical joven de cabello color trigo, eremita como un cangrejo, hermafrodita como el coral, cantó una canción de las entrañas del universo.

*«The company sat rapt,
listening with such intensity that, it appeared,
they were in some way assisting in the making of this
unearthly music.
At length the song ended,
and the singer gazed about him with a lost forsaken look,
fretfully fingering the lank yellow strands of his hair.
The others rose and went to him quickly,
cooing and whispering, solicitous as women.
He was given a beaker of wine to drink but took only a
sip,
and then was helped away, mumbling and sighing.
The room was left limp and somehow satiated,
as after a debauch.*

Novara rose, and with a glance he invited me to follow him.

*Together we went out under the archway,
with a black dog padding softly behind us.*

*The singer sat alone in an antechamber,
ravaged and desolate in the midst of a great light.*

He looked at us blankly out of his strange pale yellowish eyes,

*and could not answer when Novara spoke to him,
and only shook his head a little and turned away.*

*But he smiled at the dog knowingly,
as one conspirator to another.»*

“Pero volvamos a aquella mañana crucial de la primavera de 1488. Nicola se recuerda muy joven, retozando en un prado de Toruń junto a su novia de aquel entonces (una voluptuosa *dziewczyna* a quien, por otra parte, lamenta no haber visto nunca más), cuando el cielo se nubló y lo tragó como por un tubo. Estuvo un rato contemplando la nada; temió haberse quedado ciego y sordo. Cuando volvió la luz, a su lado ya no estaba la *dziewczyna* sino tres moluscos que lo observaban con curiosidad, profiriendo una jerga tan extraña como su aspecto.

“Según Nicola recuerda (y recuerda dolorosamente), los intentos de los moluscos por establecer contacto fueron infructuosos. Empezaron aplicándole descargas eléctricas en los orificios del cuerpo, siguieron con pique-

tes de ojo y golpes en las orejas, para terminar depilándole las axilas y el vello.

“Habiendo agotado lo que para estos seres eran las vías naturales de comunicación, procedieron con sondeos telepáticos y un complicado lenguaje de gestos.

“Cuando el científico se hartó y pudo expresarse verbalmente (ya que antes sólo pudo emitir alaridos), los moluscos decidieron probar con la extensa variedad de idiomas y dialectos que hay en nuestro planeta. Asegura Nicola que, aunque habían elegido la vía correcta, el testeo idiomático iba a prolongarse otro buen rato –lo cual no extraña, considerando que menos del uno por ciento de la población habla polaco–.

“Una vez que lograron entenderse, los alienígenas explicaron a Nicola que su rapto era a fines meramente científicos; una formalidad que les había sido asignada en su planeta de origen, Cupol. Los tres moluscos tenían la misión de capturar a un espécimen terrícola, preferentemente humano y, en lo posible, también culto (algo que a Nicola, en primera instancia, honró).

“Aunque pronto iba a arrepentirse, el astrónomo afirmó que sin duda habían dado con la persona indicada: un joven burgués pero ilustrado, sobrino del obispo de Warmia, cultivado en artes y ciencias, estudiante de lenguas antiguas en San Juan de Toruń y próximo a cursar altos estudios en la Universidad de Cracovia. Añadió que era estudioso de la obra de Ptolomeo y Platón, y la filosofía del mago Trismegisto no le resultaba ajena. Habiendo

ostentado tales credenciales, los moluscos se miraron mutuamente, asintieron con la cabeza y procedieron a atar al joven por sus cuatro miembros a un camastro de metal. Seguidamente le untaron un ungüento de poderoso olor y, ni bien oyó el quejido de una aserradora, el polaco, imaginándose lo peor, estalló en gritos para detener lo que había en marcha.

“Siguió un gran silencio, intercalado por berridos que Nicola tomó por un acalorado debate. Los berridos se acallaron y un molusco se arrimó a hablarle con un dubitativo tartamudeo. El científico negó con la cabeza; trató de explicarle que la jerigonza le era incomprendible cuando el molusco fue bruscamente apartado por otro que, «a Dios gracias (cito al protagonista, cuyo alivio percibo tan vívido) hablaba un polaco claro y fluido».

“Si lo relatado hasta aquí resulta inverosímil, lo que continúa excede todos mis conocimientos sobre vida extraterrestre. Aún más: si no fuera por la falta de información fehaciente acerca del consumo de hongos y otras especies alucinógenas en la Europa del siglo XV, diría que, lejos de ser abducido, Nicola y su novia estaban celebrando un picnic psicodélico.

“Abrumado por lo antedicho, opto por citar:

«Pronto descubriría que los moluscos eran las criaturas más encantadoras del globo. Y digo bien, globo. Porque además de auténticos *gentlemen*, a cuyo lado cualquier lord quedaría reducido a la altura de un primate, un

corsario o un mercader fenicio (cabe notar, admito con asombro, cierto resabio antisemita), los moluscos iban a demostrarme que, como afirmaron el cardenal Pierre d'Ailly, Paolo dal Pozzo Toscanelli, Cicerón, Ptolomeo y el propio Aristóteles, la Tierra es redonda.

«Al menos yo la vi redonda; por ahí medio achatada en los polos, pero redonda al fin. Y además, contradiciendo lo dicho por Ptolomeo y repetido hasta el hartazgo por sus seguidores, descubrí que la Tierra no es el centro del universo. No; por el contrario, la Tierra y los demás planetas giran en torno al sol, cosa que me tomó por sorpresa y me puso en la disyuntiva de comunicárselo o no al Papa, corriendo el riesgo de apuntarme una herejía. Y creo que los moluscos leyeron mis pensamientos, porque me miraron y sonrieron.

«Todo aquello empezó con una ingeniosa broma. A Theo y Olmi, los moluscos más divertidos, se les dio por jugar con mi sombrero. Uno se lo ponía y el otro se lo quitaba, y mientras éste alardeaba el otro volvía a recuperarlo, dejando al segundo cabreado y así sucesivamente, como en un número de circo mientras yo... ¡qué puedo decir!; yo me moría de risa con su desopilante humor, digno de los mejores comediantes polacos.

«Y entonces, ya no recuerdo si fue Theo u Olmi, pero uno de ellos me dijo que íbamos a dar una vuelta por el universo, y desplegó una manta parecida a las que uso para merendar en el campo, pero más grande.

«Todavía estaba riéndome de sus travesuras cuando me subieron a la manta y nos elevamos. Me acerqué al

borde y miré hacia abajo. La ciudad de Toruń se iba perdiendo de vista, y después fue desapareciendo el Vístula, y después las colinas de Moravia, y después el contorno del Reino de Polonia, y después me agarraron, porque estaba a punto de caerme.

«Los moluscos continuaron con su graciosa rutina de comedia. *Jeszcze raz! Jeszcze raz!*, les suplicaba, revolcándome de risa en la manta, pero en vez de atender mis súplicas Theo y Olmi seguían haciendo piruetas, revolcando mi sombrero y embocándolo con esa especie de pico que tenían, y luego se lo pasaban entre ellos cual balón. Peko, el tercer molusco, algo ermitaño, los miraba con gesto reprobador. Vaya, que todavía me causa gracia recordarlo... *(Interviene aquí Mariusz. Su maestro se vio forzado a interrumpir el relato debido a las carcajadas que le provocó el recuerdo. Fue tal la magnitud del episodio que durante diez minutos Mariusz aguardó, pero el viejo no paraba de retorcerse en espasmos; llegó incluso a llorar de risa y entonces el alumno le alcanzó un vaso de agua, a fin de calmarlo un poco. Luego, más sosegado, el viejo retomó el hilo de la historia).*

«Bien, y así fue como, broma va broma viene, nos adentramos en el espacio exterior. Theo dijo que debía protegerme de la falta de oxígeno, y me vistió con una funda transparente parecida a un profiláctico. Y algo de eso debió imaginarse él también, porque a través de la funda vi que me guiñaba un ojo y hacía gestos obscenos... *(Prosigue un nuevo episodio de hilaridad que Mariusz contempló pluma en mano, aguardando su desenlace; y viendo que tal*

cosa no ocurría, calzó la cabeza del viejo con su gorro de dormir y lo acomodó en la cama, sintiendo los espasmos de sus costillas huesudas. Y al cabo de un rato, agobiado por ese descostillar frenético, Mariusz se sintió cansado y también hubo de irse a dormir, aunque jamás podría conciliar el sueño, porque las carcajadas del viejo, desde su lecho en la habitación contigua, interrumpían su descanso. En cuanto estaba por pegar un ojo, una estruendosa carcajada volvía a despertarlo. Mariusz probó todos los métodos disponibles para encontrar sosiego, desde tapar las hendijas de la puerta con frazadas hasta taparse la cabeza con la almohada; pero nada podía silenciar las risas, que alternaban con enajenados llantos. En algún momento el sueño dominó a Mariusz, pero entonces lo despertó la luz diurna. Se levantó y fue arrastrándose hasta la habitación del viejo, al que encontró apaciblemente dormido, con una sonrisa beatífica en los labios. Así lo dejó y volvió a su habitación, ávido por conciliar el sueño; y cuando nuevamente los brazos de Morfeo lo manoteaban, sintió que el viejo lo despertaba, a grito pelado, para terminar de inventariar su cuento).

«Para entonces éramos amigos, Theo, Peko, Olmi y yo. Ellos estaban encariñados conmigo y me apodaron Cupolnikus, que en su idioma significa Amigo de Cupol. Hasta Peko se había ablandado y los tres daban vueltas alrededor mío, bailando una especie de danza y cantando “Oh, Cupolnikus, oh”, que era su forma de demostrarme afecto. Después me tiré agotado en la manta, y Theo me explicó el sentido de la danza. Me señaló el sistema solar; me hizo distinguir a la Tierra y los demás planetas, ex-

pandiéndose cual anillos alrededor del sol. Y también me hizo ver que el sol, que era rey del sistema, no reinaba en los confines del universo. Allí era poca cosa, era tan sólo otra estrella.

Ptolomeo, Prometeo

«Asombrado, escuchaba la maravillosa música de las esferas hasta que Theo me llamó a un lado y dijo: “Ahora ve y difunde la palabra, Cupolnikus”.

«Decidí entonces que iba a estudiar astronomía, que acumularía conocimientos para demostrarle al Vaticano que la Tierra no es centro de nada. Y también decidí que cambiaría de nombre, que me llamaría Nicola Cupolnikus, porque si un día enviaban a la Santa Inquisición no les iba a ser fácil rastrearne...»

Cupolnikus, entonces. No Copérnico; ni Copernicus; ni el nombre de dudosa raíz eslava, Koppernigk. El modo en que Nicola Piotrowski se reinventó a sí mismo como Nicolaus Copérnico (o Copernicus, o Koppernigk, sin olvidar el fallido Cupolnikus, su idea original) prueba que en todo científico se esconde un artista.

Al regreso de su abducción, Piotrowski (o Copérnico, etc.) se encontró tirado en una *strasse* vienesa durante una noche lloviznosa, a punto de ser pisoteado por soldados de la guardia imperial romano-germánica que estaban en su día de franco. Iban muy contentos, cantando *Es war*

einmal ein treue Hussar y otros favoritos del repertorio de alemanes borrachos cuando, al verlo en la calle, lo levantaron y, entre risotadas, se lo llevaron de paseo por las tabernas de la ciudad.

Cito (y finalizo):

“Poco acostumbrado a la bebida, Copérnico, que todavía era Piotrowski, cayó en un profundo coma etílico del que se recuperó tras un par de cachetazos propinados por algún militar interesado en conocer su identidad. Fue así como el astrónomo dio en la cuenta de que no recordaba su nombre, hasta que alcanzó a balbucear algo que los alemanes interpretaron como *Kopelnikus*.

«¿*Kopelnikus*?, me dijeron (cito nuevamente al astrónomo, en un momento decisivo). Sí, sí, les respondí, dado que apenas podía recordar mi nombre, y tampoco tenía intención de contrariarlos. Tras eso no recuerdo más nada, pero a la mañana siguiente desperté en una habitación desconocida, con la cabeza latiéndome como un tambor y una resaca del tamaño del sistema heliocéntrico.

«Me quedé un rato recostado en la cama, meditando acerca de todo lo que había pasado; de la increíble visión que tuve y de cómo fui a parar a las calles de Viena.

«Reflexionaba sobre la posibilidad de que la Tierra girara en torno al sol, junto a los demás planetas. Podría ser, me dije.

«Entonces golpearon la puerta. Cuando atendí, algo ilusionado, porque seguía pensando en aquel trío de gra-

nijas, descubrí a tres de los muchachos que me habían emborrachado la noche anterior. Parecían preocupados. Querían saber si me sentía mejor. *Herr Koperrnikus*, preguntaron, *Ich hoffe Sie fühlsent sich wieder besser?... Ja, bitte*, los tranquilicé. Y me quedé pensando. Kopernikus, qué buen nombre. Kopernikus, qué buen nombre. “Kopernikus, el hombre que descubrió el sistema solar”. Sería un buen titular en los periódicos. “El padre del sistema kopernicano”. Mmmhhh... Queda más lindo con c. Sistema copernicano. Copernicus, entonces. Nicolaus Copernicus. Me gusta.»”

12. CUENTOS DE LA ALHAMBRA

A Esteban lo redujeron una tarde de verano. Lo sorprendieron durmiendo la siesta en el taller mecánico donde trabajaba para concretar una tarea. El secuestro ocurrió después del ataque a un cuartel en el que Esteban también participó. Su tarea consistió en camuflar una camioneta con aspecto de unidad militar; otra persona la cargó de bidones de agua con altas dosis de Prophet 5. Se calcula (siempre se cree, se supone) que alrededor de cincuenta soldados quedaron inutilizados de por vida.

Tras aquel operativo, el ejército se endureció. A Esteban lo torturaron para que confesara planes y nombres de militantes; pero gracias al ocultamiento de identidades bajo nombres de guerra poco pudieron sacar.

Días después la organización lanzó una contraofensiva. Los activistas secuestraron a un diplomático extranjero y exigieron la liberación de Esteban a cambio de su vida. Las cadenas llegaron a televisar el rostro de Esteban para demostrar que estaba vivo. Cabe suponer que era importante para su organización, o que le tenían aprecio.

Sea como fuere, gracias a esa táctica Esteban recuperó la libertad, y su éxito inspiró una escalada de secuestros y trueques entre los bandos antagónicos. Por un momento se olvidaron de los tiroteos a plena calle, de los explosivos ocultos, los coches bomba y demás parafernalia.

La lucha pasó a ser un juego de estrategia en donde ganaba quien obtenía mayor cantidad de rehenes. Militares y guerrilleros invertían horas de sueño en pergeñar minuciosos trabajos de postas: A debía pasarle información a B, quien la transmitía a C para secuestrar a X. Pero una vez que falló, el juego se tornó más violento.

Esteban fue secuestrado mientras camuflaba otra unidad en otro taller, para llevar droga a otro cuartel. Pero esta vez su destino no fue una unidad penitenciaria. Esta vez, su destino fue Cupol.



Mientras pasaban las hojas de los diarios Orquiard recordaba el pasado. Ante todo, lo emocionaba evocar al caserón de Mayor Olivero. La casa y el barrio que la circundaba fueron para él una ciudadela sellada, un barco en una botella. Los momentos transcurridos allí le dejaron una impronta onírica, como también cierta melancolía, propia de aquel hogar de inmigrantes.

La familia de Esteban venía del Mediterráneo. Orquiard no sabía bien de dónde, exactamente. Sin em-

bargo, si buscaba una imagen venía a su mente Esteban disfrazado de gitano (o *gitanillo*, como decía él), en una foto que le mostrara de más grande, en un fugaz encuentro.

Orquiard recordaba haber pisado esas enormes baldosas en forma de damero para encontrar a Esteban y sus primas, Delia y Nora, jugando alrededor del aljibe, en el fondo de la casa. Cruzaba los baldosones para bordear luego esas aun más grandes macetas; sí, podrá olvidar otras cosas pero nunca a esas macetas circulares, más altas que él, de piedra terrosa y cincelada, como arterias de un árbol. Eran obstáculos que demarcaban un intrincado pasillo. Y cuando llegaba al aljibe era como tocar el cielo: final y nuevo punto de partida de esa rayuela morisca.

En el recorrido podían interceptarlo Lolo y Juan, los tíos solteros de Esteban. Al principio le daban miedo, por su expresión taciturna. Ellos lo escrutaban, ceñudos, y después sonreían como quien descubre a una ardilla pelando una nuez.

Cuando había algún altercado familiar, los primos buscaban a los tíos para pedir asilo. Por ser el más demostrativo, hasta propenso al llanto, Lolo era el preferido de las chicas. Le gustaba leer de todo, especialmente ensayos de filosofía, y podía recitar de memoria fragmentos del *Émile* de Rousseau. También le gustaba hablar. Se prestaba al diálogo con cualquiera y no se devolvía fácilmente. Después, se volvió ermitaño y naturista. Decía que el hombre debía regresar a la naturaleza; quería vivir al mo-

do de los penitentes estilistas. Construyó una casa de madera en la cima de un eucalipto y allí pasaba sus días. Orquiard lo sorprendió varias tardes ahí, leyendo y recitando poemas desde las alturas.

Más hosco y ensimismado era Juan, el favorito de Esteban, y viceversa. Había trabajado en varios talleres y tenía dotes para el trabajo manual. Juan quería prolongarse en su sobrino; tácitamente, lo había adoptado como su aprendiz. Y Esteban fue un alumno precoz. Una vuelta fabricó un precario *walkie-talkie* para hablar con sus primas mientras estaba en la escuela. A poco de empezar primer grado, ya sabía leer y escribir, y junto a Nora copiaba noticias de los diarios para hacer su propio pasquín, que vendían a los vecinos del barrio.

Orquiard recordaba las reuniones, a las que nadie debía faltar. Aparte de los cumpleaños (que eran muchos, y bien esparcidos en el año), un gran motivo de reunión era el hallazgo de algún disco proveniente de aquella región mediterránea. Eran grabaciones de guitarristas y cantantes que aullaban como lobos. Alguien ponía a girar la manivela y los cuatro tíos (Lolo, Juan, José y Tita, la mamá de Esteban) se quedaban quietos, momificados por esa música.

Y llegó el turno de que el abuelo transmitiera su legado a los nietos. Contaba anécdotas de aquel país distante; cuentos de héroes y leyendas, sus propias leyendas. Hablaba de las frutas maduras y las mañanas diáfanas,

cuando se recostaba en la playa y podía divisar los contornos de aquel continente exótico: “el África”.

Orquiard presenció muchas alegrías y, al decir del tío José, “rabetas”, momentos de “mala sangre”. Como la tarde en que, triste por una discusión, la abuela se retiró a tomar té en la sala de estar. Y allí, mientras los nietos aun pequeños le hablaban, ella fue durmiéndose despacio, para no volver a despertar.

Eran todos felices y un día se hicieron grandes. Los tíos solteros pasaron a ser tíos solterones, y los demás se hacían mala sangre a costa de ellos, porque no formaban una familia y no les daban sobrino; porque nada les venía bien y se la pasaban criticando. Porque en suma, no querían vivir como Dios manda.

Pero ellos, que vivían a contramano, veían, como suele decirse, lo que los demás no pueden ver, por estar rigurosamente adaptados. Y fue durante una cena, esa instancia de revelación bíblica, cuando Juan advirtió:

–Esta tarde lo crucé a Estebitas, en el puente de la estación. No me gusta prejuizar, pero estaba rodeado de gente rara.

Pasaron algunos años. Esteban abandonó los estudios y fue alejándose de la familia, de los amigos. Fue desapareciendo. Entonces, un día Orquiard decidió visitarlo. En la casa de Mayor Olivero lo recibió Nora; lo hizo pasar, angustiada. Y le habló. Contó mil cosas. Que vuelta a vuelta se lo cargaban, decía, en la calle, en reuniones. Y él nada sabía.

–Vos viste, cómo es él de rubio, que lo apodaron Canario y podés distinguirlo en una multitud –decía nerviosa–. ¿Y podés creer, que la semana pasada apareció todo teñido de negro, el pelo negro, para que no lo reconozcan?

Si lo reconocían pasaba lo que pasó una vez, una de las peores, cuando lo devolvieron con magullones en todo el cuerpo, con laceraciones en los genitales, con el hombro dislocado y pérdida auditiva a causa de los golpes.

Y todo siguió igual, hasta que ocurrió el atentado al destacamento. Esteban pasó a ser el preso VIP de una unidad que experimentaba novedosos métodos de tortura. Iba y venía, la mala sangre. Iba y venía, y llegó el día en que a Esteban nadie lo vio más.

Pero Orquiard regresó a aquella casa. Atravesó por última vez los baldosones en damero y dio vueltas hasta llegar al aljibe, donde lo encontró de espaldas, oculto entre las sombras. De ese abismo fueron emergiendo sus facciones: las cejas inquietas, la tez oscura y los ojos color miel, el relieve distante de aquel hombre que parecía cínico y cuando reía, se diría que reía por no llorar.

Tío Juan. Soy yo, Orquiard.

Y el hombre, al reconocerlo, lo miró igual que siempre, tieso pero con vibraciones en el cuerpo, con las pupilas incómodas, como queriendo escapar; con las cejas

en danza y las manos entrelazadas, reprimiendo una tempestad.

Tío Juan. Soy yo. Ahora él no está.

Lo abrazó y creyó que el hombre se hallaba contenido, hasta que su inquebrantable pudor lo obligó a retractarse. El hombre miró al muchacho con ojos vidriosos, pero firmes; quería refrendar lo ocurrido. Insinuó una sonrisa. Se enjugó la cara y dijo, como solía hacerlo, mirando hacia otro lado:

—Ya ve. Es la vida.

El hombre volvió a quebrarse. Fue algo tenue, controlado. Orquiard atinó a consolarlo pero se fue, pensando, como seguramente habría pensado tantas veces Esteban, en cuánto quería a aquel hombre errante y solitario, el más humano que haya conocido.

Era aquel un hombre que no creía en utopías; un hombre convencido de la existencia de una línea divisoria. Alguien dispuesto a darlo todo, todo lo que estaba del lado de lo permitido.

13. DIARIO DE ESTEBAN III

“**A**gitation Free, Pekka Airaksinen, Airway, Albrecht D, Acatraz... Robert Ashley, Ash Ra Tempel, Association P.C.... Han Bennink, Steve Beresford, Jacques Berrocal... Brainstorm, Brainticket, Brast Burn, Brave New World... Collegium Musicum, Roberto Colombo, Come, Companyia Elèctrica Dharma... Cromagnon, David Cunningham, Cupol ... Dharma Quintet, Dies Irae, Dome... Fernando Grillo, Ragnar Grippe...

Recité como un loro la lista que nos dio Puente, cuando la picana se detuvo. “Está listo”, dijo alguien.

Sentí la sangre derramarse por mis piernas. Me quitaron la venda de los ojos y, pese a que al dolor, crecía mi inquietud. ¿Por qué me habían abandonado con el trabajo a medio terminar? ¿Y qué quisieron decir con que estaba listo?

Me senté en la cama, aturdido. Estaba pensando en todo esto cuando entró a la celda el hombre de Cupol, con su inconfundible sombrero mexicano. Lo levantó en señal

de salud y se paró frente a mí. Curiosamente, ya no sentía tanto dolor.

–Bienvenido. ¿Me recuerda?

–Cómo no voy a recordarlo. Hasta conozco su historial. Usted se transforma en pájaro, ¿no?

–Si la situación lo requiere puedo adoptar diversas formas –dijo sin mirarme, como si hubiera recibido un halago–. Algunos congéneres, por lo general los más ancianos, tenemos una cuota extra de poder. Y cuando pasamos a la tercera dimensión nos damos algún que otro gusto...

–¿Quién era la mujer que asesinó?

–Una traidora. Ella se oponía a lo que hacemos y pasaba a la tercera dimensión para boicotearnos. No actuaba sola. En nuestro mundo también hay grupos de resistencia; claro que son pocos y no les resulta fácil combatirnos.

El tipo sonreía. Poseía un cinismo fuera de serie.

–Me olvidaba de que ahora viene su interrogatorio –dijo, enigmático–. Aproveche el poco tiempo que le queda. En pocos días tendré un nuevo reemplazo y esta vez no habrá Florián que se interponga.

Me miró a los ojos. Estaba aguardando preguntas. Se había puesto (y me pareció inverosímil) a mi servicio. Sus facciones cambiaron. Ese cinismo tan suyo cedió a un gesto adusto, de preocupación. Y la verdad, no sé cuál de las dos expresiones hubiese preferido.

–Espero no desilusionarlo, pero nada de lo que usted cree es cierto –se adelantó paladeando las palabras, sabiendo que disfrutaría la charla–. No tenemos intención de invadir la Tierra. La droga no va a expandir ninguna conciencia y mucho menos fue sintetizada por humanos.

Tras oírlo, me sentí al mismo tiempo aliviado y decepcionado.

–Pero... –protesté–. ¿Acaso no tenemos laboratorios sintetizando una fórmula?

–Claro, pero trabajan con nuestras fórmulas. En la droga hay un componente engañoso, que simula una expansión de la conciencia. En realidad, lo único que genera la droga es... A ver, ¿cómo explicarlo? La droga condiciona a las personas que secuestramos.

Por mi expresión, se dio cuenta de que no entendía nada.

–Desde las últimas décadas –continuó–, las personas que abducimos se encuentran estresadas, en condiciones que dificultan su estudio. Entonces, lo que ustedes creen sentir gracias a la droga es... cierta purificación.

–¿Eso explica el misticismo de algunos adictos?

–En parte sí. Ese misticismo también demuestra que la droga no crea genios –dijo, nuevamente con sarcasmo–. Pero algunos conversos, como les gusta llamarse, nos son útiles. Es el caso de Magdalena, la chica que nos informó que usted y Florián iban a interceptarnos, el día que llegó mi reemplazo; o el del chico que custodiaba la nave. A él,

como a ciertos colonos, le gusta recitar el pasaje de la Anunciación. Es un sinsentido, pero bueno, son felices así y los dejamos. Forma parte de este juego eterno, este juego que conocemos y se repite hasta el cansancio.

El tipo reflexionó y dijo, en tono grave:

–Eheu, malefactum!, nihil profuit. Voluissem ne sanguis illa die verteretur. Eventus fuit gratuitus, sine ulla necessitate. Vide nunc, causa illius facinoris, ubi es.

–No entiendo latín.

–Disculpe, es que la mayor parte del tiempo tenemos que hablar esta lengua meliflua, que predominó por siglos en este planeta –se excusó de lo que, en principio, pareció una fanfarronada–. Yo lamento que aquello no haya servido, y no puedo hacer nada para remediarlo. Lo que ocurrió aquel día fue un hecho gratuito, innecesario. Por culpa de aquel episodio mire ahora usted cómo está.

–Bueno, no se haga el inocente –respondí indignado–. Usted tuvo buena parte de culpa. Estaba enfurecido con Florián.

–¡Y que le parece! Si mi reemplazo estuviese vivo yo ahora estaría disfrutando de unas merecidas vacaciones.

El hombre de Cupol sonreía. Yo no sabía si hablaba en serio o me estaba cargando.

–Y entonces, ¿para qué esta guerra? –le pregunté.

–Explíquemelo usted –respondió encogiéndose de hombros–. Mire, hemos estado abduciendo criaturas du-

rante millones de años. Demasiado tiempo, ¿no le parece? Me cuesta entender por qué ahora, de golpe, se armó todo este alboroto.

–Quiero creer que porque la gente se hartó de que la traten como ganado. El mundo es injusto, aunque a ustedes eso no les importa.

–Se equivoca –me miró fijo, recobrando aquella faceta intimidante–. ¿Cuál es su nombre?

–Qué le importa.

–Esteban. Es su nombre de guerra, ¿no?

–Debe confundirme con otro. Esteban es mi verdadero nombre.

–Bueno. Mire Esteban, deseo que entienda que, a nuestra manera, el futuro de la especie nos importa. ¿Le molesta si tomo asiento?

El hombre de Cupol se sentó en una banqueta metálica, oxidada. Su cinismo volvía a retirarse no sin dejar cierta incomodidad en el ambiente.

–Así como nosotros los estudiamos a ustedes, ustedes nos estudian a nosotros –arrancó con parsimonia–. Es un hecho que muchos conocían o sospechaban, aunque nunca fue confirmado por ningún documento oficial. Pero llegó el día en que a las corporaciones se les ocurrió extorsionarnos. Creyeron que sacarían más beneficio divulgando nuestra existencia, porque era una excusa para fabricar más armas.

–¿Y qué pedían a cambio de guardar el secreto?

–Armas, obviamente –replicó cabizbajo–. Armas para acabar con los grupos rebeldes. Armas para dinamitar el planeta. Su obsesión nos sigue pareciendo una estupidez, pero bueno, buscaban eso. Quisieron usarnos y de algún modo lo consiguieron.

El hombre de Cupol se puso en pie y deambuló por la celda, como reflexionando en si le convenía o no seguir hablando. Después se sentó y la silla lanzó un alarido.

–Como en principio nos negamos, las oficinas de inteligencia salieron a decir lo que ocultaron durante décadas, alarmando a la población con el cuento de que venimos a invadir el planeta.

Hablaba ensimismado, hamacándose en la silla desvencijada.

–Además, descontaban que esa mentira colmaría de voluntarios a los ejércitos. Pero eso les salió mal, porque en vez de alistarse la mayoría prefirió combatir desde las sombras, al sospechar que el poder de turno conspiraba junto a nosotros.

–Y ahí intervinieron ustedes.

–Eso es lo lamentable. Las organizaciones ya no se limitaron a objetivos militares; se dedicaron a cazar hombrecitos verdes, como ustedes dicen. Ya estará enterado. Quisieron copar Área 51; anuncian atentados durante una convención de ufólogos o se infiltran en lugares de avistaje, como la maniobra de su amigo Florián, que se escudaba en su credencial de Interpol.

Se detuvo y me señaló.

–Ahora que todo terminó lo pongo al corriente: a usted ya lo tenían en la mira. Faltó aquel incidente para que se decida a integrar la guerrilla.

Me dejó pensando. Podía ser cierto pero, ¿qué ganaba con contármelo?

–¿Cómo se instaló la droga? –pregunté.

–En medio de la confusión sacamos provecho. Como la estupidez humana es infinita, pusimos a rodar la historia de que el cerebro se utiliza en un diez por ciento de su potencial, y que una estimulación química podría convertirlo en arma. Un arma poderosa. Qué gracioso...

El tipo ríe un buen rato. Se sacudió tanto que rompió la silla y cayó rodando con la liviandad de una pluma. Después, abochornado por la representación, tomó ofuscado otra silla y volvió a ponerse el sombrero.

–Mire, esto de la droga se lo tragaron todos, desde los escépticos que trabajan en los laboratorios hasta los delirantes de los grupos rebeldes. Obviamente, tienen objetivos distintos: unos buscan crear a un súper hombre, pero terminan creando enfermos por la adicción, y los otros, ya sabe, todavía aguardan a un iluminado que los lleve a la cuarta dimensión...

Ahí estuvo por darle otro ataque. Apoyó el respaldo de la silla contra la pared, para evitar una nueva sorpresa, y se quedó con el sombrero en la mano. Me pareció increíble que siendo tan liviano pudiera desfondar esas sillas...

–Entiendo que le cause gracia –dije.

–Para nada –me cortó algo ofuscado–. Lo importante es que la droga nos permita estudiarlos. Los necesitamos estabilizados.

Volvió a esbozar su sarcástica sonrisa.

–Y hablando de entendimiento, resulta interesante, por no encontrar mejor término, el modo en que los militares reaccionaron a los experimentos. Porque ya se dividieron en facciones: están quienes se pliegan al poder y otros que se tragaron el cuento de la invasión.

–Atomizados –murmuré–. Los humanos tendemos a disgregarnos, aunque en el fondo busquemos lo mismo. Paz, felicidad, amor... alguna otra cosa.

–Atomizados –repitió–. Interesante. Creo que nunca lo he escuchado con atención. Voy a comunicar este hallazgo a nuestros científicos. Quizá les sirva; quizá valga la pena alterar algo el curso de la historia. A ustedes seguro, porque evitarían unas cuantas masacres por venir. Ustedes son increíbles.

–¿Qué va a pasar conmigo?

Se produjo un largo silencio.

–¡Oiga! ¡Usted conoce mi vida! –le grité, indignado–. Y yo tengo muchas preguntas para hacerle. Después de todo lo que pasé, es lo mínimo...

–Es lo mínimo que corresponde, cierto –asintió con la cabeza–. Bueno, pregúnteme lo que quiera. Pero tenga en cuenta que mis respuestas serán ambiguas. Y en definitiva, la mejor respuesta la dictará su instinto.

–Primero quisiera saber dónde estoy.

–En la Tierra. En cuestión de minutos una unidad lo llevará de regreso a la guarida que compartía con sus amigos. Del lugar tan queda sólo un montón de revoltijos, le voy anticipando –sonrió–. Sólo esperamos que entre en razón y abandone la militancia.

–¿Usted sabe qué haré?

–Estamos seguros de que hará eso –afirmó–. Hasta donde le permita su voluntad, no querrá interferir más con la historia.

Pensé. Entre tantas revelaciones había algo que no me cerraba.

–Aunque diga que es inocua, de los sueños inducidos por la droga conservo recuerdos demasiado vívidos...

–Se vienen tiempos difíciles, Esteban –me interrumpió–. Ocurrirán cosas terribles, pero luego habrá una purificación –añadió, enigmático.

–Por otra parte, ¿no teme que divulgue estas cosas? ¿Acaso no podría alterar el destino?

– ¿Por qué tendría miedo? Nadie va a creerle. Lo que usted diga será una abstracción, una entelequia –dijo revoleando las manos–. Además, de a poco irá olvidando lo que pasó desde su última captura. Aunque alguien se lo cuente, ni usted mismo lo creería.

Esto me inquietó. Lo que más me interesaba saber era lo que menos me atrevía a preguntar. Pero había el momento llegado.

– ¿Estuve en Cupol?

–Sí –respondió tras un breve silencio–. Estuvo en lo que usted conoce como Cupol para realizar pruebas, como estuvieron miles de personas antes y después de usted. Pero no pierda tiempo y dinero haciéndose estudios para encontrar algún chip implantado en su cabeza. Todo eso es folclore, mi amigo –rió.

–No me refiero a eso. Lo que temo es que mi vida no vuelva a ser la misma –confesé, y lo noté desorientado, como buscando respuesta a una pregunta que no estaba en sus planes.

–Bien, ahí vamos. Veo que usted entiende más de lo habitual –dijo aparentando proximidad–. Cierto, la mayoría de los individuos vuelven desajustados. Un poco a eso me refería con sus futuros olvidos. De todos modos, hay casos que lograron una buena adaptación...

Entonces no escuché más. Era la primera vez que lloraba en años; ni siquiera lo habían logrado el encierro y las torturas, y no me molestó hacerlo delante de ese ser que me inspiraba tanta repulsión.

–Usted sabe qué va a pasarme. Dígalo –insistí.

–En mis registros usted sobrevivirá, pero yo no seré testigo. Nuestros destinos, cronológicamente, jamás volverán a cruzarse. Mi tarea en la Tierra está acabada, aunque esta conversación se repita eternamente. Es así, Esteban. Cueste comprenderlo, pero tengo que supervisar situaciones todo el tiempo.

–Una última pregunta –le dije–, ya que ustedes se las saben todas. ¿Es cierto que la raza humana prospera gradualmente?

–Sería natural, pero con los humanos no hay nada seguro. Todo es ensayo y error, por eso cada tanto debemos visitarlos.

El hombre de Cupol se paró e hizo ademanes de retirarse. Revoleó su sombrero por el aire, haciendo malabares de mano en mano.

–¿Sabe una cosa? Este sombrero me gusta. Lo tomo como un avatar de mi esperanza en la especie. Algún día evolucionarán hacia una vida menos compleja; siempre, claro, dentro de su pequeño universo tridimensional –añadió con irreprimible sarcasmo. Luego, se acercó unos pasos y, tal era su costumbre, volvió a mostrarse conciliador. Se inclinó y susurró al oído:

–Le anticipé que al volver no recordará nada. Y menos aun va a recordarme a mí. Le pido disculpas. Parece usted una buena persona.

Al escucharlo así, tan condescendiente, me invadió un enorme deseo de venganza. Quise abalanzarme, pero tenía las manos atadas. De todos modos, pude hablarle; pude decirle mis últimas palabras.

–Gracias. ¿Quiere que le diga algo? No creo que los seres de Cupol sean la última maravilla de la creación.

– ¿Eh?

–Existen seres más poderosos que usted y su raza. ¿Puede imaginarse una quinta dimensión? ¿Una sexta? Se rumorea que existen hasta once.

–Siempre con los rumores... Qué se yo, puede ser – admitió mosqueado–. Si eso lo hace feliz, disfrute su pequeña victoria.

El hombre de Cupol se dirigió una vez más a la puerta. Estaba a punto de salir cuando me miró y dijo:

–Tantas veces estuve a punto de decírselo... Créame, ustedes no son increíbles. Ustedes son incorregibles.

14. EL VISITANTE

- H**ola.
–Hola. ¿Quién habla?
– ¿Cómo quién habla? ¿A quién busca?
– ¿Usted es el que compila los diarios de Cupol?
–Sí.
–Tenga cuidado.
– ¿Es una amenaza?
–No. Es un consejo.
– ¿Por qué habría de tener cuidado? ¿Quién es usted?
Y colgaban.

El llamado volvió a repetirse. Orquiard ya había perdido la cuenta de las llamadas, más o menos a la misma hora, más o menos con el mismo guión, hasta que una vuelta decidió alterarlo.

- ¿Quién habla? –preguntó.
– ¿Usted es el que compila los diarios de Cupol?
–No.
–...
– ¿Busca algo?

–Estoy buscando al que compila los diarios de Cupol.

–Soy yo.

–Tenga cuidado.

– ¿Por qué no se deja de joder?

–Escúcheme, vengo de muy lejos, y traje conmigo algo que sabrá apreciar. No importa quién soy. Espero que no haya interpretado estos llamados como una amenaza; muy lejos estoy de querer preocuparlo...

–No me preocupa, me saca de quicio.

–Está bien, lo que pasa es que no me atrevo a conocerlo personalmente; y por otra parte, si no nos conocemos personalmente no tiene gracia.

–Usted es un indeciso.

–No voy a negarlo, pero usted tampoco parece muy decidido.

–Y aparte –retrucó Orquiard–, ¿quién le dijo que quiero conocerlo?

–Yo se lo aconsejaría. Puedo ser una pieza clave de su rompecabezas. ¿Qué le parece si arreglamos un encuentro? Ahora que logré decidirme, no vaya a echarse atrás...

Aquella voz le resultaba conocida; también su manera de dar vueltas sobre el asunto.

–¿Usted es el doctor Jiménez?

–¡Nooo! ¡Jaja! Mi nombre es...

Y Orquiard quedó atónito. El intruso se llamaba igual que él. Pero tras el primer impacto, el dato resultó

tranquilizador. Siempre creyó que su nombre lo volvía un paria; que mientras miles de personas compartían un mismo nombre lo suyo era menos una honor que una excentricidad. Pero, ¿podía existir otro Orquiard? Estaba tan habituado a su unicidad que le pareció inverosímil. ¿No sería una cargada?

–Me está cargando –fue lo único que atinó a decir.

–¡Ja! Para nada. Qué le parece si nos encontramos mañana a las 19 en el lugar de siempre.

–¿En qué lugar?

–Vamos... Ya sabe, en su bar favorito.

–Viejo, no me haga perder el tiempo.

–Bueno, bueno, no se altere. Veámonos en El Roble mañana a las 19. ¿Le parece?

–No sé. ¿Quién es usted?

–Soy usted mismo. ¿No se dio cuenta? Pero en algo debo diferenciarme, porque vengo de otro mundo. Sería engorroso explicárselo ahora, pero seguro escuchó hablar de las realidades paralelas...

–Últimamente escucho hablar de cualquier cosa.

–Bueno, no quiero dilatar la charla. Simplemente sepa que tengo algo para darle. Y cuando me conozca le cuento quién soy y de dónde vengo. ¿Nos vemos entonces?

Orquiard llegó temprano porque lo presentía. Sabía que ni bien entrara los mozos iban a cargarlo.

–¡Mirá quién vino! ¿Sos el original o la fotocopia? – dijo uno.

–¡Qué rápido saliste que ni te vimos pasar! –agregó su compañero, y siguió el desfile de ocurrencias de escaso vuelo, que los divertía sobremanera.

Seguramente el otro, la fotocopia, se había anunciado como un hermano gemelo. Estaba esperándolo de espaldas, al fondo del bar. Orquiard fue a su encuentro desbordante de expectativas, y al verlo se conmovió. Lo que había imaginado quedaba corto frente a la realidad. Realmente, pensó, no existen palabras para describir tal sensación. En ese momento bien pudo inventar una.

Su doble vestía una camisa blanca y un saco azul de rayas turquesa, que le pareció buenísimo; tenía pelo largo, como alguna vez tuvo él, anteojos, como debería usar, y aire de intelectual a contrapelo, que le envidió al instante. En conjunto, parecía haber envejecido mejor que él, lo cual hablaba bien de donde venía.

Cuando lo recibió con una sonrisa distendida, Orquiard confirmó que estaba viviendo en el mundo equivocado.

–Me alegra que se haya decidido –dijo el sosías dándole un apretón de manos.

Orquiard no dejaba de asombrarse. Eran dos gotas de agua.

–¿Te parece si nos tuteamos? –le preguntó.

–Dale. Y dejá de mirarme así; me incomodás.

–Tenés razón... ¡Te entiendo! –bromeó Orquiard, y ambos se rieron–. Ahora, para que no me incomodes vos, explicáme lo que dijiste por teléfono, antes de creer que sin saberlo tenía un hermano gemelo.

–Es lo más lógico, pero la realidad carece de lógica y creo que en eso coincidimos. A ver, cómo explicarte... Existen realidades basadas en un eje sincrónico y se reproducen en todo el universo. Son planos superpuestos que tienen lugar ahora mismo, así como cinco segundos antes y después, pero van siempre en paralelo, aunque entre esos mundos las situaciones pueden ser desde similares hasta brutalmente distintas. Un factor de cambio es el azar. Puedo decirte que en algunos mundos ni siquiera existimos, ya sea porque nuestros padres no se conocieron, porque no tuvieron hijos o porque las combinaciones genéticas arrojaron otros resultados. En suma, no hay desenlaces idénticos....

Mientras hablaba, la fotocopia se distraía con un mozo que, sin el menor criterio, los miraba como fenómenos de circo. Orquiard le pidió que no se despiste y siga con el relato.

–Entonces –continuó–, en algún momento tuve curiosidad por conocer la vida de mis sosías, porque poseemos la tecnología para hacerlo. Cuando accedí a un banco de datos me enteré de que no somos muchos, o no tantos como creía. Eso se debe a las variables que te mencioné. Obtuve datos de muertes prematuras, causadas por accidentes o por enfermedades de variada intensidad. Vos...

mejor dicho, tu mundo converge con el mío en mayor grado que los demás. Por eso vine a visitarte.

–¿Y cómo llegaste?

–Nuestra civilización está en contacto con una inteligencia que nos ayuda a manejar la instancia de mundos paralelos. Ellos nos proporcionan portales, como el que usé para ingresar a tu mundo. Tenemos, por decirlo de algún modo, una excelente relación con esta especie, que desde hace miles de años nos ayuda a modificar factores adversos. Esta inteligencia es otra de las variables. Pero su ayuda no es un acto benéfico; nada en el universo lo es. Nos ayudan porque la conveniencia es mutua.

–¿Qué les interesa de ustedes?

–Nos toman como caso testigo para evaluar desajustes de mundos afines, como el tuyo.

–Digamos que esa inteligencia es un gran científico cósmico que se divierte estudiándonos –reprochó Orquiard, quizá contrariado por lo que le tocó en el reparto.

–Puede ser. Desconozco sus fines; si son lúdicos o morales, la verdad no lo sé. Pero gracias a su colaboración mejoramos nuestra calidad de vida. Nuestro planeta Tierra es el grado cero de su intervención. Incluso tiene un nombre: realidad correctiva.

–Por lo que veo las inteligencias se otorgan más atribuciones de las que les corresponden –se quejó Orquiard, que queriendo ser sarcástico sonó rencoroso.

–¿Por qué? Ambos pensamos que el hombre es incapaz de progresar en base a sus errores. ¿O me equivoco?

–¿Y por eso dejamos que nos intervengan? – Orquiard le estaba tomando idea–. Yo estoy convencido de que el hombre evoluciona gradualmente, hasta alcanzar la felicidad de la especie.

–La felicidad de unos pocos, querrás decir.

–Todo lo que venís contándome –le reprochó– suena peligroso. Según tu pensamiento no serían inapropiados los golpes de Estado, por ejemplo.

–Jamás hablé de dictaduras –se atajó el correctivo–. Pero la raza humana es como un árbol recién plantado. Necesita un tutor para crecer fuerte, sin desviaciones.

–Eso es nazi.

–¿Por qué interpretás todo mediante estereotipos? La historia demuestra que el azar precisa correcciones; yo estoy convencido de esto y veo que aquí nos diferenciamos, pese a que en lo esencial estemos de acuerdo...

–¿Te parece? No te veo tan convencido.

Fiel a su origen, el correctivo ignoró a Orquiard e impuso una pausa en la conversación. Bebió un sorbo de café con leche y abrió la boca, extasiado. Seguidamente tragó de un bocado media medialuna y entrecerró los ojos, paladeando el gusto almibarado que tenía en la boca. Orquiard lo miró igual de embelesado. Le encantaba descubrir en el otro sus gestos, sus reacciones, sus gustos.

–¿Son más ricas allá?

–No. Por eso te cité en este lugar –sonrió.

El visitante percibió esa curiosidad y, obviamente, hacía lo propio con Orquiard. Jugaban a un descubrimiento mutuo. Orquiard pudo haberle dicho: “dejá de hacer tantos gestos, que se te arruga la cara”. O: “queda mal que te hagas el interesante”. Pero era su personalidad, y al aceptarlo estaba aceptándose él mismo.

–Hay algo más que quisiera contarte –arremetió el correctivo, sin dejar de masticar la medialuna–. Existe otro sosías que habita un mundo similar al tuyo, un mundo donde también hay secuestros y desapariciones, aunque afortunadamente esa contienda está por terminar. Y te lo menciono porque de allí proviene Mariano Puente, un viajero del tiempo y mundos paralelos que tuvo contacto con nuestra cultura. Él se infiltra en realidades homologables para hacer sus propios ajustes, pero lo que termina haciendo son desbarajustes.

–¿Puente? ¿El estudioso de Copérnico?

–Es un delirante, no creas nada de lo que dice. Queremos detenerlo cada vez que llega a un portal, pero conoce demasiados recovecos y resulta difícil llegar a él. Ha estado introduciendo información de su mundo en el tuyo, moldeando la realidad. Por ejemplo, el nombre de la droga que usa la resistencia es el de un instrumento musical con el que Puente está familiarizado. Otro caso: en su mundo, Cupol no existe. Mucho tiempo atrás hubo un sello grabador con ese nombre, y hace poco lo adoptó un

grupo de rock que también se presenta como Dome, entre otros alias. A Puente le encantan esas cosas.

–¿Puente es músico? No te sigo.

–Trato de ser claro. Es posible que la inteligencia invasora no se llame Cupol. Es posible que Puente la haya bautizado así para darles a ustedes una clave, y que a los invasores los haya seducido el nombre. De ser así, éstos habrían caído en una trampa, porque dentro del juego es donde mejor opera Puente. Quizá logró introducir datos que la inteligencia desconoce, para desactivarla. Por eso los guerrilleros tienen orden de recitar la lista si caen detenidos. Es un catálogo de músicos poco conocidos en su mundo, que incluye a Cupol y también a Dome.

–Desconozco el significado –objeté–. Cupol no me dice nada.

–A vos no te dirá nada, pero tiene un sentido. Originalmente la lista apareció en dos álbumes de otro grupo oscuro, Nurse With Wound. Puente cree que el líder de ese grupo, llamado Steven Stapleton, le envía mensajes cifrados a través de sus discos. Porque según él, desde el origen del cosmos existe una secuencia de fonemas, un código del que Cupol sería un fragmento, cuya unificación recomendaría a todas las realidades sincrónicas en una sola, la nuestra. Eso, en el mejor de los casos.

–¿Y en el peor?

–Provocaría una alteración cósmica, aunque desconocemos la gravedad del alcance. Puente supone que el

códice está disperso en varios mundos paralelos, oculto bajo la forma de claves herméticas. Su misión consiste en echarles luz para convertirlas en paradigmas. De ahí la religión de Cupol y la biografía apócrifa de Copérnico, entre otras cosas que estará planeando.

–¿Los paradigmas develarían el códice?

–Eso cree él, y el códice desarticularía la escisión de mundos afines para terminar unificándolos en el nuestro, que es el grado cero. Pero como te dije, es un experimento peligroso. Por eso sospechamos que Puente busca los mismos resultados mediante otra vía: la síntesis de Prophet 5. Estamos seguros de que la droga amplifica un desorden que ustedes conocen como *déjà vu*, con la finalidad de que el adicto, especialmente si se mueve en círculos, sean físicos o mentales, haga contacto con otras realidades. La percepción de mundos paralelos hará que cada individuo descarte los mundos hostiles hasta acabar, una vez más, en el nuestro. Pero sería ingenuo de su parte creer que los invasores le permitirán ganar el juego; cualquier inteligencia es capaz de absorber elementos extraños y transformarlos para sus fines.

–Pero en los diarios, Puente sugiere que la droga desencadena visiones del porvenir, nociones que cambiarían el rumbo de los acontecimientos para derrotar a los invasores –objetó Orquiard.

–Ese es su argumento para conseguir apoyo de la resistencia –rebatió el correctivo, que tenía explicaciones para todo–. La droga es fundamentalmente un portal del

cerebro. Cuando aparece un *déjà vu* ésta profundiza un canal y el cerebro busca datos en el proceso sináptico más afín, o sea, en el de un *sosías*. Pero como no se trata de una búsqueda guiada, la información puede provenir de otros planos temporales. Para corregir ese desfase Puente necesita una dosis que module los *déjà vu*; sólo así conseguirá la selección de mundos paralelos. De todos modos, lo que te cuento son especulaciones. Puente es un megalómano, un tipo que quiere ordenar el universo a su antojo y por eso tiene enemigos en todas partes –dijo y pidió la cuenta. Luego, corrió la taza vacía y hurgó en un portafolio.

–Bueno, ahora vamos a lo importante –retomó con voz grave–. Porque dije que iba a darte algo, ¿te acordás? Es más valioso que cuanto podamos hablar aquí adentro –añadió, y le extendió un abultado paquete.

Al abrirlo, Orquiard encontró retratos, álbumes familiares, recuerdos de vacaciones. En todas las fotos aparecía Esteban; en todas sonreía. Se lo veía feliz, abrazado a sus padres y amigos. Y había muchas más fotos, tomadas en distintos lugares, donde se mostraba jugando y abrazado a una mujer y dos nenas. Todas las fotos tenían fecha reciente. La más nueva era del día anterior: 19 de octubre de 1980.

Orquiard notó que sus manos temblaban, igual a las de Esteban la última tarde que lo vio, sentado ahí mismo. El correctivo notó el nerviosismo y se las contuvo. Con la otra mano, imperturbable, siguió devorando una medialuna.

–En mi mundo, Esteban vive –susurró el correctivo–. Vive y lleva una vida plena, rodeado de su esposa y sus hijas, sus padres y sus amigos, entre los cuales me encuentro yo.

Orquiard estuvo tentado de arrojar las fotos y salir corriendo. Porque no podía dejarse engañar: esa persona que aparecía en las fotos no era Esteban. O era Esteban si todo hubiera salido bien. Eso que veía era la posibilidad que faltó, esa variable de tiempo y lugar. Una variable trágica.

–Esteban tiene una profesión exitosa, aunque no le damos al éxito la misma connotación que acá. En mi mundo, ser exitoso significa realizarse como persona, y Esteban es un ingeniero exitoso. De chico lo acongojaban las inundaciones, un desastre que afectaba a varias regiones del planeta. Tras estudiar ingeniería se dedicó a construir diques y represas, con lo cual ayudó a millones de personas. Posiblemente, si nuestro mundo fuera una Tierra menos equitativa, como ésta, él también se habría involucrado en una lucha armada. Pero no sé. De donde vengo cuesta creer que las armas traigan soluciones...

–Y según vos, esta inteligencia es responsable de que en tu mundo no haya desigualdad.

–Seguramente, pero no notamos su influencia. Desde hace milenios ellos operan sobre desviaciones puntuales que corrigieron el rumbo de la civilización. Y a la larga, esas correcciones resultaron cada vez más ínfimas. En la realidad correctiva, la inequidad es un concepto tan acci-

dental como el de un conductor que se equivoca de camino.

–De todos modos, todavía hay intervenciones.

–Sí, pero son imperceptibles –suspiró, harto de repetir lo mismo, hasta darse cuenta de que presenciaba sus propias reacciones; entonces sonrió, y siguió hablando–. En la actualidad, sus pruebas están encaminadas a cuestiones como prolongar la vida, algo que acá se relega a los que no tienen en qué pensar, o a los que quieren ganar dinero.

–Resulta tentador tu mundo. Me gustaría ocupar tu lugar, aunque sea por un rato –murmuró Orquiard.

–¿Querés intercambiar nuestros espacios vitales? Te deprimiría mucho el regreso.

–No. Estaba pensando otra cosa.

–¿Cómo matarme para ocupar mi lugar? No te creía un sicópata. Mejor me voy antes de que hagas una locura...

–No, sólo fue un pensamiento. Jamás haría algo así, aunque tu actitud me parece bastante egoísta.

–Seguro, soy egoísta. Igual que vos.

Orquiard se sentía humillado, pero el correctivo no mostraba el menor rencor.

–No tengo la culpa de ser más afortunado –dijo–. Si te sirve de consuelo, a unos cuantos sosías les fue peor que a vos.

–¿Y cómo le fue al otro Esteban? Me refiero al del mundo de Puente.

–Militaron juntos, pero él desapareció mucho antes que tu Esteban. Por otra parte, aquella persona no se llamaba Esteban. No todos los sosías se llaman igual.

El correctivo resopló, como si hubiera dicho una verdad de perogrullo.

–¡Lo nuestro es una singularidad Orquiard! – exclamó subiendo el tono de voz–. A nosotros nos une menos el azar que la coincidencia.

Orquiard le envidiaba una especie de sabiduría que excedía la mera aceptación. Ahora notaba que, en el fondo, eran bien distintos. Mientras su imagen iba distorsionándose, el correctivo trataba de comunicarle algo que él no alcanzaba a comprender.

–Hay tantos caminos posibles... ¿Será posible cambiar mi presente?

Su doble, su clon. ¿Su propia sangre? Él se recostó en la silla, sonriendo con complacencia. Se balanceó en las patas traseras y lo miró de un modo inusual.

–¡El presente! –exclamó–. ¿Y vos qué pensás?

–Que nada puede alterarlo. Seguiré siendo igual a como fui, ahora y siempre.

El correctivo largó una carcajada.

–¡Claro que puede alterarse! Hace un rato pensaste en matarme, ¿no es cierto? Pero no lo hiciste, porque existe el libre albedrío. Y te queda mucho por hacer. Podés vivir cosas que ni imaginás. ¿O vas a resignarte por el resto de tu vida?

Orquiard empezaba a ver de otro modo. Todo lo que había creído hasta entonces se derrumbaba. Llenó otra taza de café con un sentimiento de liberación. Era placentero. Y el visitante le preguntó:

–Me gustaría saber qué querés alterar.

Orquiard se ruborizó. La imagen del correctivo iba desvaneciéndose como una proyección. Podía haber hablado, rápido. Pero no se animó.

–En menos de un minuto voy a estar en mi hogar – dijo poniéndose de pie, y consultó su reloj–. Quizás, aunque te conozco, estos breves instantes sirvan de algo – agregó con esa incomodidad para las despedidas, que a Orquiard no le resultaba extraña. Él sabía, ambos sabían, lo improbable de que fuera a tenerlo en cuenta. Sin embargo, les quedaba la esperanza, que seguro compartían.

–Deseo lo mejor para tu futuro –sonrió el visitante.

Se dieron la mano, se palmearon y le resultó extraña la cercanía de ese cuerpo, sentirle su mismo olor, tocarle el hombro derecho tan huesudo, que era su marca en el orillo, y percibió cómo el otro iba desmaterializándose hasta quedar vacío de simbiosis, conectado a la nada.

Volvió en sí. El bar estaba vacío y había comenzado a nevar; todo era igual al último día en que vio a Esteban. Tras salir, expulsado por ese laberinto de espejos, los copos caían espesos y persistentes. Cuando entró a caminar supo que, como siempre, su vida no iría a cambiar. ¿Podía

alterar eso? Se creía solo; pero quizás, pensó, esta momentánea huella de completud pueda ser el embrión de algo.

15. DIARIO DE ESTEBAN IV

Al principio hubo sonido, que se tradujo en un nombre.
El nombre fue anterior a la creación, y desde entonces mutó.

En todas las civilizaciones hubo registros de aquel nombre, que para nadie es el mismo, ni antes, ni ahora; nunca.

Aparece y desaparece, sin dejar evidencia.

No tiene alma, no tiene rostro. Se oculta y enmascara.

Algún día, dice, lo conocerán. Y cuando ese día llegue, habrá de llevarse todo lo que con él vino.

Mientras tanto, es preciso conocerlo.

Yo, que seguro estoy de haberlo visto, de haber visto su fuego, tengo poco por hacer, salvo escribir.

Mi tiempo es breve. Pero luego, y de esto no estoy seguro, quizás alguien pueda entender la naturaleza del nombre.

Ojalá esto ocurra. Y que cuando ocurra, no sea tarde.
Si no, ya todos habrán partido.

Por la noche va
Un dios en éxtasis
La estrella que amará
Aguarda tormentos

Sigue tras dejar
Secuela de vientos
Vierte y vertirá
Mil años de libación

Él me encontrará
Tendido en silencio
¿Cuándo detendrá
Su espuela, Copérnico?

Dios caducirá
Destila momentos
Nunca un dulce mar
Heridas de segazón

Así que he de encontrar
No más misterios
Dios aplazará
Su muerte, un momento

Ese dios de algodón
Sembrado en la oscuridad
Muñido de milagros
Como un semáforo

16. EPÍLOGO

Ha llegado el momento de que cierre lo que acabó siendo el diario de Orquiard, compuesto por el diario de otro y otros más, como un alma nutrida de experiencias. Porque en definitiva, no es otra cosa sino eso la vida.

Vida, capas de cebolla.

¿Y cuántas capas tiene Cupol? Porque allí, sentado frente a un bajorrelieve de la sacristía, pudo leer en letras góticas: C.U.P.O.L. Así, en mayúsculas. Quizá sea una sigla, entonces. ¿Conciliábulo Universal Para la Opresión de Libertarios? O, ¿Consejo Universitario Para Organizar la Liberación? El nombre podía ser todo eso, y mucho más. Estaba abstraído en aquellos grabados cuando una chica se acercó a hacerle compañía. Tenía el pelo lacio, amarillo, parecido al trigo, y ojos celestes, acuosos de transparentes.

–¿Es usted nuevo? –le preguntó tras sentarse a su lado.

–No –respondió–. Vine en busca de amigos.

–¿Amigos? ¿A quiénes busca?

–A Estela y a su hijo Ismael.

–Ellos están bien, despreocúpese –dijo la chica–. Permítame presentarme, mi nombre es Tara y estoy a cargo de este lugar.

Su mirada y el tono en que hablaba transmitían una extraordinaria calma. Orquiard había encontrado a Tara. Pensó, casi inmediatamente, en los rumores de los que hablaba Estela.

–Encantado de conocerte, Tara.

Ella sonrió, tímida.

–¿Ya llegó el reemplazo de tu padre?

La chica lo miró atónita, al borde de la irritación.

–Yo soy la reemplazante de mi padre –respondió en forma inapelable–. No habrá más apariciones. Ni drogas. Ni secuestros.

Él se notó incómodo.

–Todo eso terminó –dijo secamente, y clavó la vista en el bajorrelieve–. El viajero ha sido neutralizado y por un tiempo no volverá a molestar. Quedan sus ideas en algunos de sus seguidores, de quienes deberemos cuidarnos.

–Pero... ¿Esteban? ¿Y los desaparecidos?

–Fueron mártires –declamó serena pero firme–. Ellos lucharon por una revolución violenta. Ahora es el turno de algo distinto. ¿Quieres acompañarnos? –le preguntó en su español neutro–. Desearía que seas mi discípulo.

Tara era cautivante. Estaba tan obnubilado por ella que apenas podía reflexionar. ¿Qué pasará con Gabriel y Delia?, pensó. ¿Deberé abandonarlos para seguirla?

–Cualquier misión, incluso la más exigua, exige sacrificios –dijo la chica, como si hubiera leído sus pensamientos. Y añadió:

–No dejaremos hasta el triunfo final.

Orquiard fue tras ella. De pronto su vida empezaba a tener sentido. Al paso de ambos rompían fila los militares que flanqueaban la entrada a la iglesia. Alrededor, expectantes, llegaban colonos y gente de los asentamientos; todos sonreían, con expresiones de júbilo y esperanza.

Entonces, le pareció que Tara se camuflaba entre la gente. Era una faraona egipcia, era una reina africana, una geisha; era siempre bella y magnífica, en cualquiera de sus formas. Esa impresión habrá durado segundos, porque enseguida volvía a verla rubia, pura y angelical.

No puedo estar acá, reflexionó. Esto, todo lo que me está pasando, no existe. Y le llegó el recuerdo de algo que vio en los diarios, algo que quedaba afuera del continuo presente. ¿Qué era?

Al salir de la iglesia casi se cae. Había tropezado con un mendigo sentado en el suelo. El anciano le acercó su sombrero. Orquiard se arrodilló, dejó algo de dinero y al ponerse en pie había perdido a Tara.

La gente se desconcentraba en grupos, pero no encontraba a la chica. En la vereda de enfrente, algunos

hombres lo observaban recostados contra un paredón, como interesados en él. Tenían aspecto luctuoso.

–Gracias –gritó el mendigo.

Orquiard volvió hacia la iglesia y lo escrutó. Debía ser ciego, pues llevaba anteojos oscuros.

–¿Puede verme?

–Puedo sentirlo. Gracias, es usted un buen hombre –sonrió el mendigo.

Torpemente, un grupo de personas se acercaba corriendo al lugar. El anciano añadió:

–Ya no busques más. Está entre nosotros.

Cuando la multitud pasó, Orquiard sintió el peso de una mano en su hombro. Al voltear la cabeza no se sorprendió. De algún modo, había esperado este momento.

–Entonces, ¿me acompañas? –recordó la voz.

Le tomó la mano. Y lo siguió.

POP BIZARRA (7)

- Emiliano Correia**, La Fórmula de la fantasía, Milena, 2007.
Sebastián Matías Oliveira, Presente Gourmet, Milena, 2007.
Mariano Quiroga, Canciones, Milena Caserola, 2007.
Andrés Kilstein, Moloko Vellocet, Milena Caserola, 2007.
Silvana Gangi, Lorena, Milena Caserola, 2008.
Esteban Yañez, Sonria, Milena Caserola, 2008.

ARTE (10)

- Christian D. Marelli**, Políticamente In Correcto, Milena, 2007.
Sebastián Kirzner, Axiomas Nocturnos, Ilust.: **Chelo Candia**, 2008.
Madame Barfly - Muertita dibujante, Sorbos de locura, Milena, 2009.
Espino - Riera, Los síntomas del mono, Milena, 2009.
Nico Pesin, Grabados / Engravings, Milena Caserola 2009.
Francisco Ocampo, En Helsinki, Ilust.: **Lino Divas**, Milena, 2009.
Ojo Canibal, Libro Caset, Milena Caserola, 2010
Luis Alberto "Merluza" Juárez, Vicente Nario, Milena, 2010
Christian D. Marelli, Materia Gris, Milena Caserola, 2010
Mariángeles Taroni, Escama-mascara-mente, Milena, 2011

POESÍA POESÍA (39)

- Miguel Ángel Peñarrieta**, La voz del coagulo espera, 2006.
Sebastián Matías Oliveira, Todo texto debe autovalerse.
Mariano Quiroga, formas de morir, Milena Caserola, 2008.
Emanuel Alegre, Cuaderno de apuntes, Milena Caserola, 2007.
Adrián Bechelli, Poemas para volver a mí, Milena, 2008.
Juan Xiet, Metástasis, Milena Caserola, 2008.
Javier Leal, Bitácora de un tiempo, Milena Caserola, 2008.
María Adelina Cammarano, Ego Fusión, Milena, 2008.
Maru Paii, este viento que pedalea por mí, Milena, 2008.
Ioshua, Peq. antología de poemas contemporáneos, Milena, 2008.
Favio Gabriel Kobielusz, Free Shop, Milena Caserola, 2009
Grau Hertt, La otra campaña, Nulú Bonsái, Milena, 2009.
Iván Quiroga, La violencia de los pájaros, Milena, 2009.
Juan Senach García, La Noche líquida, Milena Caserola, 2009.
Leonor Farías, La hembra, Milena Caserola, 2009.
Luciana Siguelboim, la prologal, Milena Caserola, 2009.
Patricia González López, Indecible, Milena Caserola, 2009.
Sofía Luppino, masticándoME, Milena Caserola, 2009.
Stella Maris López, Vivencias, Milena Caserola, 2009.
Agustín Romero, Palabrazos, Milena Caserola, 2009.
Marcos Lizenberg, Luz de Giro, Milena Caserola, 2009.

Héctor Ramón Cuenya, Gore, Milena Caserola, 2009.
<Eliha.anna García>, Azules Manzanas, Milena Caserola, 2010
Mariela Pacin, El amor es la guerra, Milena Caserola, 2010
Ariel Presti, Poesía Completa, Milena Caserola, 2010
Marat, el infanticida imaginario, Milena Caserola, 2010
Agustín Marcenaro, El bardo de Bubón. Milena, 2010
Juan Ignacio Barragán Fuentes, El libro celeste, Milena, 2010
Juan Ignacio Barragán Fuentes, Poseído, Milena, 2010
Héctor Ramón Cuenya, Dolce Vita, Milena Caserola, 2010.
Roberto Riera, De oreja a oreja, Milena Caserola, 2010.
Silvina Nellar, Sexo, dolor y psiquiatras, Milena Caserola, 2010.
Sol Fantin, Un meteorito puede acabar con el planeta esta misma noche, Milena Caserola, 2011.
Andrés Boiero, Texas, Milena Caserola, 2011.
Ad Lihn Fand, Embustero, Milena Caserola, 2011.
Sofía Lino, Apología a Don Nadie, Milena Caserola, 2011.
Teodoro P. Lecman, Villa Pueyrredón y otras ausencias, Milena, 2011.
Sol Fantin, Decime que soy linda, Milena Caserola, 2011.
Ariel Prat, Curiosidad y azar, Milena Caserola, 2011.

REY LARVA (8)

Pecado y Perdón, Milena Caserola, 2008
Milagro Eterno, Milena Caserola, 2008.
Las puertas del viento, Milena Caserola, 2008
Días de vos, Milena Caserola, 2009
Trash, **Grau Hertt – Rey Larva** Nulú Bonsái, Milena, 2009.
El árbol del sueño, **Ix am – Rey Larva**, Nulú,)el asunto(, Milena, 2009.
Sonido Interior, **Eric Thiemer – Rey Larva**, Milena, 2010.
Porque sí, **Pablo Strucchi – Rey Larva**,)el asunto(, Milena, 2010.

CUENTO - MICROCUENTO - NOVELA (18)

Merluza, Cuentos, 2º ed., Milena Caserola, 2007.
Nicolás Reffray, Del amor y otros atropellos, Milena, 2008.
Nicolás R. Correa, Engranajes de sangre, Milena Caserola, 2008.
Enrique del Acebo Ibáñez, Breviario, Milena Caserola, 2008.
Enrique del Acebo Ibáñez, breves encuentros, Milena, 2008.
Felix Quadros, Comedia, Milena Caserola, 2008.
ignacio spagna, pequeñas victorias, Milena Caserola, 2009.
Julia Ester Lanza, Cuentos breves de historias grandes, Milena, 2009.
Gonzalo Unamuno, El vermú de la gente bien, Milena, 2009.
Yair Magrino, Porcelanas, Milena Caserola, 2009.
Cristina Civale, Cuentos Alcohólicos, Milena Caserola, 2009.
Julia Ester Lanza, Todo por ti, Milena Caserola, 2010.
Mariela Puzzo, El monte, Milena Caserola, 2010
Diego Herrera, Maten al Croupier, Milena Caserola, 2010
Leib Malaj, La crucifixión de Don Domingo, Milena, 2011
Julia Ester Lanza, Mujeres, Milena Caserola, 2011.

Juan Marcos Almada, Deforme, Milena Caserola, 2011.
Julia Ester Lanza, Amor en la oscuridad, Milena Caserola, 2012.

NARRATIVA (21)

Diego Rojas, Temporal, 2º edición, Milena Caserola, 2008.
Mariano Quiroga, Mierda, Milena Caserola, 2007.
Sebastián Matías Oliveira, Suaves Dedos Finos, Milena, 2007.
Agustina Viqueira, Callate Nepalí, Milena Caserola, 2008.
Kasaokupada, GOS, Milena Caserola, 2008.
Mateo Ingouville, Natasha, ernesto y yo, Nulu, Milena, 2009.
Darfo L. Estryk, Serendipias, Milena Caserola, 2008.
Favio Gabriel Kobielusz, 1977, Milena Caserola, 2009.
Cesar Guillermo Castro, Obrero Man-El gladiador barrillero, Milena, 2009.
Diego Herrera, Tres Mujeres, Milena Caserola, 2009.
Héctor Ramón Cuenya, Dulces Paralelas, Milena, 2009.
Felipe Herrero, Agua Marina—Otoño y olvido—Bajo Nieve, Milena, 2010.
Ioshua, En la noche, wachodelacalle ediciones, Milena, 2010.
Patricia González López, Dos de azúcar, Milena Caserola, 2010.
Mikel Aboitiz, Contar hasta diez mintiendo,)el asunto (- No hay vergüenza ediciones, Milena, 2011.
Gonzalo Unamuno, Acordes menores para Marion Cotillard, Milena Caserola, 2011.
Ioshua, Los sentimientos, wachodelacalle ediciones, Milena, 2011.
Enzo Maqueira, El Impostor, Milena Caserola, 2011.
Sagrado Sebakis, Gordo, Milena Caserola, 2011.
Alejandro Soifer, El último elemento peronista, Milena Caserola, 2011.
Diego Rodríguez, Pelado con trnzas, Milena Caserola, 2011.
Jorge Luis Fernández, Cupol, Milena Caserola, 2012.

13 LUNAS (5)

Ale Sirkín, El árbol cósmico, 2006.
Alex Portugueseis, El ombú cósmico, Milena Caserola, 2006.
Maximiliano Borovicka, el delirio coherente, Milena, 2008.
Ix Am, Lo único que queda es tratar de expandir nuestra esfera hacia límites inimaginados, Milena Caserola, 2009.
Julián Mur, Universo de luces, Milena Caserola, 2009.

DOBLES - BILINGÜES (3)

Elisabeth Neira, Abjecta – Hard Core Hotel, Milena, 2008.
Rodrigo Domingos, El principio del soplo - O início do assoprado (Portugués/Español), Milena Caserola, 2008.
Patricio Miguel Federico, Tapa – Contratapa, Milena, 2009.

PA COLOREAR (3)

Salvador Jiménez - Merluza Juárez, Los coloridos amigos de Salva..., Milena, 2008.
Micaela Nair Verdún Perazzo, Cuentos, Poesías, Canciones, Milena Caserola, 2010.
Bárbara Molinari, Me duele el pelo, Ilust.: **Delfina Estrada**, Milena, 2010.

CO-EDICIONES CON)EL ASUNTO((34)

- Pablo Om**, la juventud al poder,)el asunto(- milena, ocio verde, 2008.
Emanuel Alegre, 16 golpes,)el asunto(- milena caserola, 2008.
Antonio O'Higgins, vómito de sangre,)el asunto(- milena, 2008.
Ezequiel Abalos, ida y vuelta a la boca,)el asunto(- milena, 2008.
Luis Alberto "Merluza" Juárez, Necesito Alquilar, mionca, trapos y barrabravas ...)el asunto(- Eloisa Carton - milena, 2009.
Emanuel Alegre, Islas,)el asunto(- MDG - milena, 2009.
Ioshua,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.
Pablo Struchi, Locura,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.
Galundia Moera, Nada,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.
Erroristas, Manifiesto Errorista,)el asunto(- Milena, 2009.
Anahí Ferreyra, Máscara y Vacío,)el asunto(- Milena, 2009.
Analia M. Aguilar, La Rosa de los Vientos,)el asunto(- Milena, 2010.
Comité invisible, La insurrección que viene, Hekht-)el asunto(-Milena, FeEnLaErrata, En el aura del sauce, 2010.
Diego Arbit, **Darío Semino**, **Fabio Guerrero Arévalo**, Tríptico,)el asunto(- Milena, 2010.
Ezequiel Abalos, Roble,)el asunto(- milena, 2011.
Graciela Amalfi, Des Palabras Armando,)el asunto(- milena, 2011.
Ramiro Ross, De sabihondos y suicidas,)el asunto(- milena, 2011.
Cristina Ramb, Bendita sed,)el asunto(- milena, 2011.
Javier Antonio Galarza, Grito Cotidiano,)el asunto(- milena, 2011.
Galundia Moera, Haz,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.
Nacho Whisky, Los héroes del amor,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.
Patricia Rojo, Escritos noctámulos,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.
Rosario María Daniel, La Mañana Impermeable,)el asunto(- Milena, 2011.
Ariel Sansolini, Ysot en la espiral,)el asunto(, Milena Caserola, 2011.
Pablo Queralt, Jazz,)el asunto(, Milena Caserola, 2011.
Alberto De Mari, Arin,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.
Graciela Amalfi, Kumiko,)el asunto(- milena, 2011.
Moni Torres, El trampolín, el tobogán y el ladrón,)el asunto(- milena, 2011.
Adrián R. Yanzón, Otras puestas del ocaso,)el asunto(- milena, 2011.
Lucas Alonso, Una construcción simétrica,)el asunto(- milena, 2011.
Alejo Mayor, Resquisios fuera del tiempo,)el asunto(- Milena, 2011.
Pablo Queralt, Perfume animal,)el asunto(, Milena Caserola, 2011.
Fernando Rosale, Vidrio ácido,)el asunto(- Milena, 2011.
Neri Quintana, Sanlamuerte,)el asunto(- Milena, 2011.

IMPERFECTAS -)EL ASUNTO(- MILENA CASEROLA (6)

- Nat**, donde se cuentan algunas cosas,)el asunto(- milena, 2008.
Verónica Gelman, en espiral,)el asunto(- milena caserola, 2008.
Mónica Torres, uvas,)el asunto(- milena caserola, 2008.
Kaudia con K, poemas para vos/z,)el asunto(- milena, 2008.
Mónica Torres, Enero Cristal,)el asunto(- milena, 2009.
Mónica Torres, Bisectriz,)el asunto(- milena caserola, 2009.

IMPENSADOS (3)

Oscar del Barco, El Otro Marx, Milena Caserola, 2008.

Juan Manuel Núñez, Vuestros ochentas, Milena Caserola, 2009.

Peter Pál Pelbart., El hilo de un vértigo. Trad.: **Marta Inés Arabia**, Milena, 2011.

HUMOR – HISTORIETA (8)

Andrés Kilstein, 13 excusas para no comprar este libro, Milena, 2008.

Andrés Kilstein, Esto no es SPAM, [mis mejores conversaciones por medios electrónicos], Milena Caserola, 2008.

Alan Dimaro, Diego Gainza, Niko Battista, Iván Franco, Sr. Valdemar, Milena, 2009.

Andrés Kilstein, Prohibido Fu-Marx, Milena Caserola, 2009.

Tzipe, Humor Gráfico, Milena Caserola, 2009.

Juan Castro, Libro de quejas al destino, Milena Caserola, 2009.

Gimenez-Cuenya, Argentina Superpotencia, Milena, 2010.

Ioshua, Cumbia gei, wachodelacalle ediciones, Milena, 2010.

EN LOS BORDES – MARX(ITSMOS) (6)

León Trotsky, Su moral y la nuestra, León Sedov: hijo, amigo, luchador, Milena, 2008

Enrique del Acebo Ibáñez, Meditaciones del post-sujeto, Milena Caserola, 2008.

Ramiro Ross, Crónicas desde el Borda, Milena Caserola, 2008.

Héctor Fenoglio, La Telépata, Un psicoanálisis de la alucinación y el delirio, Milena, 2009.

Nahuel Moreno, Método de interpretación de la historia Argentina. Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América, Milena, 2009.

Vías Argentinas (ensayos sobre el ferrocarril), Varios, Milena, 2010

Valentina Contino, Prólogo para morder a alguien, Milena, 2010.

Alejandro Esteban García, Teoría del equilibrio de la vida, Milena, 2011.

LEER Y PSICOANALIZAR (3)

Teodoro Lecman, Freud x Masotta (conceptos, aclaraciones y esquemas de Teodoro Pablo Lecman sobre las clases de Freud por Masotta 1972-4), Milena-Leer y psicoanalizar, 2009.

Alfonso Carofile, El endemoniado Esteban Lucich, Milena-Leer y psicoanalizar, 2010

Teodoro Lecman, Cuestiones de la Clínica, Milena-Leer y psicoanalizar, 2011.

IDEOGRAFIAS (16)

Jeremías Maggi, Subterfugio consentido, Milena Caserola, 2009.

Sebastián Kirzner, Trozos del bloque inicial, Milena, 2009.

Sofía Lino, Historia típica, Milena Caserola, 2009.

Sebastián Kirzner, La Salidera, mc, 2009.

Walter Reich, NTNA [niñotravestinizalien], mc, 2009.

Leonardo Capucci, La estrella feroz, mc, 2009.

3.6.1, Bagrejaponés, mc, 2010

Cristino Bogado, Amor Karaíva, 2010

Diego Mora, Historias de Inodoro, 2010

Facundo M. Desimone, Frutilla Li, 2010

Max Orioli, Inanedrama, 2010

2017, Nueva Poesía Contemporánea, Tomo I, Milena, 2017
Alejandro Vilas, Atrapado, Milena Caserola, 2010
Sebastián Kirzner, Risperidona, Milena Caserola, 2017.
Andrés Kilstein, De cómo perder lo que nunca se tuvo, Milena, 2010.
Alberto Díaz, Los Artrópodos, Milena Caserola, 2011.

DETALLES (2)

Ivana González, Todo habla, Milena Caserola, 2009.
Sebastián Kirzner, La salidera, Milena Caserola, 2009.

TEATRO (2)

Bèla Arnau, La Maciel - de todas la más cruel -, Milena Caserola, 2009.
Ignacio Javier Olgúin, Puro Teatro, Milena Caserola, 2010.

MANDRÁGORA PORTEÑA (3)

Matías Mauricio, Bandoneón Blindado, Milena Caserola, 2010
Varios autores. **Antangología**, Milena Caserola, 2011
Carlos Echazarreta, El payador entrerriano, Milena, 2011

CIENCIAS SOCIALES Y ANTROPOLOGÍA (1)

Enrique del Acebo Ibáñez, Homo Sociologicus, 2º ed. Milena, 2011.

LITERATURA PALINDRÓMICA (SORBILIBROS) (2)

Xavi Torres - Pablo Nemirovsky, SobreverboS, Milena, 2011.
Xavi Torres - Pablo Nemirovsky, Miguel de Cervantes, Autor del "Soldado Rod Adlos", Milena Caserola, 2011.

MINIRRELATOS & MINIENSAYOS (3)

Andrés Pérez Molina, Lascivia Brevis, Milena Caserola, 2011.
Enrique del Acebo Ibáñez, Lo mínimo que te puedo contar, Milena Caserola, 2011.
Andrés E. Peribáñez, Breves historias desnudas, Milena, 2011.

CINE (1)

Ricardo Becher, Recta Final (Novela) + **Tomas Ligpot**, Recta Final (Película-DVD), Duermevela,)el asunto(, Milena Caserola, 2011.

MILENA BERLÍN (3)

Cristian Loaiza, Alcohol, Milena Berlin-Milena Caserola, 2011.
Rery Maldonado, La república en el espejo, Milena Berlin-Milena Caserola, 2011.
Varios autores, El mecanismo de estar acá, Milena Berlin-Los Superdemocráticos, 2011.

MILENA PARIS (2)

Anne Gauthey, Tchikitita, Milena Paris-Milena Caserola, 2011.
Roberto "Poroto" Riera, Sancocho, Milena Paris-)el asunto(, Milena Caserola, 2011.

Consiga estos libros en:

Feria del Libro Independiente – FLIA
)el asunto(- www.elasunto.com.ar
MU Punto de Encuentro, Hipólito Yrigoyen 1440

La Periférica – la-periferica.com.ar

La Libre, Bolívar 646, San Telmo
Librería Crak Up, Costa Rica 4767, Palermo Soho
Libros del pasaje, Thames 1762, Palermo
Otra Lluvia, Bulnes 640, Almagro
El Aleph, Corrientes 4790, Villa Crespo
Librería Fedro - Carlos Calvo 578, San Telmo
Librería de Las Madres, H. Yrigoyen 1584, Congreso

CÓRDOBA:

Librería de Rubén, Dean Funes 163 loc 1
Librería Del ciclista, Caseros 45

ROSARIO:

Homo Sapiens Libros, Sarmiento 829

CHACO:

CECUAL (Centro Cultural Alternativo)
Santa María de Oro 471

MONTEVIDEO:

Librería Puro Verso, 18 de Julio 1199
Librería Lupa, Bacacay 1318 bis

PARIS – Librería Salón del libro,
21 rue des Fossés St-Jacques (5^{ème})

ESPAÑA – Canoa Libros

La Gitana distribuye
en: www.distribullalacajita.com.ar



Este libro se terminó de imprimir
en Buenos Aires, otoño de 2012.